



Benito Yrady

La caja
de los
truenos



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

La caja de los truenos
Recuerdos de Bertha Vargas,
Guillermina Ramírez
y Alberta “Berta” Cova

Benito Yrady

La caja de los truenos

Recuerdos de Bertha Vargas,

Guillermina Ramírez

y Alberta “Berta” Cova



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2024

La caja de los truenos
Recuerdos de Bertha Vargas, Guillermina Ramírez
y Alberta “Berta” Cova

© Benito Yrady

DIAGRAMACIÓN
Odalís Vargas

APOYO TÉCNICO A TRANSCRIPCIONES
Concepción Rodríguez

FOTOGRAFÍAS DE PORTADA
Rafael Salvatore

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2024
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,
urbanización El Silencio, Municipio Libertador,
Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.0444 y 482.8989

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal: DC2024001069
ISBN: 978-980-01-2457-4

PRÓLOGO

Las primeras historias se contaron alrededor del fuego después de la faena del día. Los que catalogan en géneros la memoria, ahora la llaman “historias de vida”. Pero estas no se quedaron en el mero recuento cotidiano sino que fueron surgiendo versiones sobre los mismos hechos y allí comenzó un nuevo género: la literatura.

El fuego ha estado encendido a lo largo de los siglos. De los relatos nacidos al calor de las llamas sobrevivieron aquellas que se encontraron con la escritura y más tarde con la imprenta.

Así llegamos a estas tres historias de mujeres en donde Benito Yrady, más que ofrecerse como mediador entre lo oral y la preservación de la memoria a través de la escritura, es un encantado por la belleza del relato, de sus historias que por parecer la de muchas mujeres de nuestra tierra, de nuestro oriente, de nuestras negras, son tan genuinas que merecen todos los oyentes posibles que se encuentren a través de los tiempos con *La caja de los truenos*.

La sonoridad de las palabras de cada una de ellas es la representación de una cosmovisión que escapa a la racionalidad de aquellos que tanto gustan de explicaciones científicas e, inclusive, filosóficas, pero que se sujeta a una identidad que ha sido transmitida de voz en voz, de experiencias, de trabajos, manos, cantos.

La vida no es lineal ni tampoco es única. Con una, se viven tantas en un mismo tiempo y en el transcurrir de la historia cada relato es único y múltiple. En cada frase o canto se siente la respiración, la melodía de cada una de las mujeres que tienen nombre propio: Bertha, Guillermina y Alberta. Podemos ver sus ojos, bocas y caminos.

Benito advierte el fuego y nos lo alcanza. También nos hace recordar aquel testimonio que publicó Miguel Barnet en la década de los 60 que se lee como una novela. Desde el principio el autor cubano revela en *Biografía de un cimarrón* que lo que van a leer es cierto, pero la literatura es esclava del pensamiento a la hora de la escritura. Es por ello que testimonio y literatura a veces, o siempre, son nombre y apellido, sin importar el orden de los géneros,

Estas formas de escribir o leer me han hecho revisar una interrogante de José Martí, que más bien es una aseveración hecha duda: “¿Quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo?”. Y uno se pregunta con Martí, ¿quién no se percata de que Benito Yrady en esta caja también es jinete de esas historias que truenan?

La primera vez que leí la aseveración del poeta y prócer cubano fue como epígrafe en *La máscara, la transparencia*, de Guillermo Sucre; pero luego, con la llegada de Internet he encontrado la cita en innumerables estudios. Hace un buen tiempo conseguí el texto completo y corresponde al prólogo de la publicación en Nueva York de *El poema del Niágara*, de Juan Antonio Pérez Bonalde. Le sigue una oración que cae como perla —negra, en este caso— y que para nada es respuesta ni argumentación de la interrogante: “La imperfección

de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera”.

Los tiempos han cambiado y sin ir a contrapelo de Martí, no hay necesidad de perfección alguna en la lengua de unas vidas que han de perpetuarse orales o escritas.

Benito Yrady es parte de esa caja y es por ello —y muchas cosas más— el escritor homenajeado en la 20.^a Feria Internacional del Libro de Venezuela, Filven 2024, que celebramos con libros, testimonios y literatura, temas que le apasionan como todo lo que tenga que ver con nuestros saberes y culturas.

RAÚL CAZAL

Caracas, 24 de junio de 2024

RELATAR HISTORIAS VIVAS.

UN BREVE COMENTARIO

Oír voces de mujeres en discursos como éstos, acontecimientos de vida transmitidos de generación en generación, no es producto de reportaje alguno, ni obedece a esquemas psicolingüísticos, ni al común de las tareas de campo, como tampoco a un simple testimonio oral transformado en crónicas. Es una honda compenetración con lo insumable que descarta a la literalidad más simple y sus matices. Aquí está presente el afecto, la franqueza y la hermandad entre quienes hablan y quien escucha para escribir en cierto orden temporal. No he querido más que retratar de modo fiel la valentía y dignificación de un pueblo calificado de anónimo en este mundo, al que extrañamente muy poco atiende la historia de las academias.

Hace más de cuatro décadas, y rodando de siglo en siglo, llegué al fondo de los dolores. De Bertha Vargas con sus cuentos cantados y de Guillermina Ramírez con el espíritu de su madrina Sabina Guzmán, fui aprendiendo particularidades de vidas. Se sumaría luego Alberta Cova con su peregrinaje. Y así, cada una por su lado, y en momentos distintos, me brindaron lo que prosigue en un tono de voz que canta, y canta todavía, al sentido de la palabra y a misteriosos conjuros y conjugaciones. Deshice cientos de preguntas, arme otras, traje a la memoria conversaciones jamás planificadas, y busqué la forma de hilvanarlo todo, cada detalle, cada secreto, para que

se entendiera como debe ser, no a quien escribe, lo repito, sino a esas voces tan humanas pertenecientes al mismo territorio que nunca abandonaron. Así surgió la Caja de los Truenos desde la primera descripción. Son ellas las que esencialmente están explicándose a sí mismas, y nos revelan un mundo real que no tiene comienzo ni fin.

BERTHA VARGAS

Cuando uno está como está, de esta manera, apartada y solitaria, llegan al pensamiento reflejos que solo viven en la mente, y eso se engloba allí. Ocurre segundo tras segundo. Lo que se fue se fue, y lo que quedó, quedó. Si estoy trabajando, como ahora, haciendo mis muñecas, y me viene alguna imagen del pasado, yo la agarro, la retengo en mi memoria. Hace rato que comencé ese libro de la caja de los truenos sin saber leer ni escribir bien. Es un libro repleto de verdades, un libro sobre la mirada de mi infancia, un libro de hachazos, de dolores. Un libro que llevo en mis bordados. Explico del año 1928 para acá las cosas que llegué a descubrir como mujer, lo que viví, lo que sentí en carne propia y que sella mi orgullo. Como digo, no es una idea simple. Lo voy haciendo y haciendo con la imaginación, dándole vueltas y más vueltas a tantísimos recuerdos. Vengo persiguiendo la voz de la tierra hasta llegar a Cerezal, donde el viento baja con más rapidez que en otros pueblos. Se mete por todos los ramales. Me doy cuenta entonces de una duda, porque en ese libro, donde asomo las manos como un inmenso pájaro que vuela, no he entrado completamente a Cerezal, aunque lo crea yo misma por el paso del viento con su sonido misterioso, pero ya fui a Sampayo y fui a Campoma en ese libro que sueño. Ya fui también a los Bajos de San Bonifacio, donde luchó el hombre con un tigre hasta

matarlo. Ese hombre se llamaba Nereo Alcalá. Un hombre de veinticinco a treinta años. No sé si vive aún. El tigre lo destrozó, desgarró sus carnes, pero Nereo Alcalá sin vacilación de ningún tipo logra darle muerte al animal. Como el destino estaba de su parte pudo hacerlo en el tiempo preciso, armado de gran valentía y un cuchillo, ¡nada más que un cuchillo! Cuando llegan en su auxilio, lo bajan en hamaca de las montañas donde hurgaba, y al tigre, ya sin vida, le cortan una mano y la traen a Cariaco. Esa mano del animal la pasearon por toda la calle Larga de Cariaco.

Quisiera que se conozca en ese libro el momento de la culebra que se tragó a una mujer. Lo descubren repentinamente, en medio del asombro y de las lágrimas, porque ese monstruo gigantesco enredó en sus colmillos los zapatos de trenzas de la mujer. Eran rojos y desgastados aquellos zapatos. Hay cosas que pasan y no se llegan a borrar, cosas que parecen leyendas y no lo son, como es el caso de las vueltas del muerto de Cachipo que revolcó a Cruz Martínez, y que revolcó a quien estos ojos vieron y conocieron: un muchacho de dieciocho años llamado José Manuel Rodríguez, que vive todavía en Guacarapo. Él fue revolcado por el muerto de Cachipo. Cachipo queda frente a La Peña. Del lado allá del mar se llama Punta de Cachipo, y ese muerto revolcó a muchos más. La gente dice que muerto no sale, pero yo no quiero vivir el momento que sucedió entre esos seres. Primero a uno, después al otro.

A mi esposo también lo atropelló un muerto, el muerto del Maco, y eso le ocurrió por andar de mujeriego. A media noche lo agarró el muerto del Maco y le dio que hacer.

¡Pobrecito él!

En ese libro que pienso y pienso, incorporo también a un muchacho de diecinueve años que igualmente fue revolcado por un muerto, un muerto al que llaman el muerto de Ño Trejo, en la montaña de Ño Trejo. Al muchacho lo encontraron sucio rumbo a la laguna del Tuy. Cuando se detiene en una parte del camino y trata de virar, choca con el muerto. Se dice que hay un entierro allí. Según la gente esto viene sucediendo desde la guerra de los cinco años, que dejaría tantas desgracias, muertes y muertes, y más guerras, cuando aquel hombre llamado Ño Trejo enterró un cofre de dinero junto a un árbol. Ño Trejo le ordena a su esclavo que cuide el dinero, pero el esclavo no llegó a pensar, ni creyó nunca, que ese dinero significaba el costo de su propia vida. Su amo le ordenó entrar a la fosa donde estaba el dinero. Lo mata en el acto. Dejaría el cadáver del esclavo metido en la fosa para siempre.

—Cuida allí —le dijo, y al instante lo cubre de tierra. Lo sepultó junto al dinero.

Cuenta la gente que cuando aparece el muerto de Ño Trejo, es porque quiere dar ese dinero a quien encuentre en el camino, pero el negro esclavo se opone. Y cuando el negro esclavo se siente cansado, y ya no quiere cuidar más el dinero, se opone Ño Trejo. Allí siguen en batalla los dos muertos. Es un gran misterio. Hasta los curas han ido al lugar para dejar sus rezos y derramar bastante agua bendita.

La versión del muchacho que se perdió al chocar con el muerto de Ño Trejo, refiere que ese muerto le echó garras a las riendas del animal en el que andaba, y junto a un bosque de maramarey lanza al suelo al muchacho. Cuando quiso rematarlo a golpes, apareció el otro muerto que era esclavo, y

entonces los dos muertos se pusieron a luchar. Ese muchacho se llama Santiago Moreno y le dicen “El Rayao” por el color de los ojos. Al encontrarlo descubrieron que vomitaba sucio. El lugar de esa leyenda, que verdaderamente no es leyenda ni nada de imaginación, está en Cariaco, detrás de lo que fue el tecnológico, buscando hacia la Laguna, donde llaman Tropezón, antes de llegar a Queremene, metiéndose hacia el norte está esa montaña de Ño Trejo. Allí se ha perdido mucha gente, porque los que se pierden no logran escuchar y sienten que han entrado a un laberinto interminable. Otros han salido locos. Soy testigo de ese infierno desde largo tiempo atrás. Allí me perdí yo una vez cortando mayas. La gente estaba muy cerquita y no escuchaban mi voz cuando hablaba. Todo era silencio. Entonces decidí sentarme sobre un tronco muy grueso, y dije, «Que sea la voluntad de Dios y no la mía», y cuando abrí los ojos me di cuenta que estaba en el camino correcto. Entré de nuevo en mí. Eso es verdad.

Quiero explicar a Cariaco en ese libro y, regresando del pasado, allí estará lo que he vivido, como es el caso del antiguo conuco y las culebras que se ocultan en las moradas más profundas. Nosotros teníamos en aquel tiempo unas matas de coco. Teníamos un ojo de tierra donde el coco estaba bonito, pero muy bonito. Había pantanos y encontramos un hueco como de cuatro metros cuadrados. Tan hondo como amplio. La tierra se abrió, se levantó, y lo que se ocultaba allí, de allí salió. Lo que apareció arrastrándose en ese instante era de gran espesor y estaba húmedo, y metía miedo. Era una serpiente en ruta hacia Campoma. Una serpiente verdadera buscando El Placer de la Laguna. Todos esos animales gigantescos que

sorpresivamente salen de la profundidad de un solar, y de otro solar, entre tantos, se han ido de por aquí.

Sampayo es tierra de ganado, tierra de chivos. Eso está entre La Soledad de Cariaco y la Laguna de Campoma. La Soledad de Cariaco queda al norte, pero al norte de La Soledad queda también el mar Caribe. La primera vez que yo fui a Sampayo, estaba muchachita. Me llevó mi mamá, porque la gente buscando mejor forma de vida iba de un sitio a otro sitio y hacían negocios, y vendían cosas, y entonces uno conoce lo que no conocía. Así de simple. Era como ir a un velorio o a una fiestecita en otro pueblo. Y va la madre y lleva a su muchachita atrás. Así fue como conocí la historia de unos señores que tenían ganado y la historia del tigre que asediaba a esa gente. Un día se dispusieron a cazarlo y el principal protagonista convidó a sus compadres y a otros amigos más. Llevaban cuchillos y escopetas y el tigre se las quitó. Fue una lucha inmensa que dio de qué hablar por largo tiempo. Del grupo de heridos uno muere veinticuatro horas más tarde, y el otro al terminar la semana. Esos señores se llamaban José María Padilla y Juan de Dios Rivas. Aquellos lugares eran pantanales, los cubría el monte, y parecían más selvas que pueblos, porque los bosques lo dominaban todo. Uno salía en un burro y tenía que ir doblándose sobre el sillón para que los ramales no le rasguñaran la cara. Era así como lo estoy contando. Un tejido de monte que a las diez de la mañana daba la impresión de un encuentro con la noche. Eran pasos malos que no se podían transitar. Entonces los comisarios de los pueblos hacían fajinas. Llamaban fajinas a las inventivas de los comisarios, cuando se van a las jefaturas y piden que les den herramientas

como azadones, palas, machetes, chícuras, hachas, y también que les den aguardiente para juntar hombres en los caseríos y salir a trabajar sobre los pasos malos, esos pasos por donde no pueden meter los burros con las cargas, porque en aquellas épocas no se usaba el carro de combustible, como ahora, sino burros, caballos, mulas. Yo recuerdo haber visto los carretones de las mulas, las vi en Cariaco, pero ya todo eso desapareció.

Eran mis tiempos de niña, cuando teniendo nueve años pilaba el maíz en pilones de madera, y con nueve años hice mi primera composición por lo que vi en la casa de un conuco. Había una mujer conocida del dueño de la casa, y esa mujer le pidió un coco.

—¿Cómo estás Andrés? —le dijo la mujer.

—¿Qué buscas por aquí? —le preguntó él extrañado.

—Vengo por acá para que me regales un coco.

—¡Vienes a pedirme un coco y en todo este tiempo pasabas de largo y ni me veías! —le reclamó ese señor.

Aquello que escuché me cayó muy mal, me pegó duro a pesar de mi inocencia de nueve años, y entonces compuse mis primeros versos que dicen así:

♪ Cuando eres tú más dichoso
que a ti no te hagan visita
y como está el tiempo ahorita
te vengán pidiendo un coco ♪

Llegué a mi casa muy contenta y le dije a mi papá que compuse mi primera cantica, y se la repetí. Entonces él comprendió que su chispa estaba pegando por primera vez. Desde

esos tiempos yo componía canciones, pero caían al vacío porque después de cantarlas las fui olvidando. Y empecé a componer otras para aliviar el peso del trabajo en el pilón:

♪ Esta mano de pilón
va subiendo y va bajando
tiene por obligación
el maíz que voy pilando ♪

Eso era pura alegría. Así pilaba yo, con cantos de pilón:

♪ Cuando yo siento el pilón
como que fuera dormida
me encuentro tan divertida
recordando un galerón ♪

♪ A mí me gusta pilar
a toda hora del día
porque me gusta ponerme
vestido con fantasía ♪

Así como era difícil llegar a Sampayo, más difícil resultaba llegar a Cerezal. De Cariaco a El Muelle había que hacer un curso, porque era necesario salir de madrugada para regresar el mismo día. De Cerezal a Cariaco son cinco kilómetros, y uno se tardaba medio día. No había carreteras, sino caminos que no eran caminos, eran puros fangales. Así mismo era Campoma, o peor, porque la ruta a Campoma era también de pasos malos. De Cariaco a Campoma se encontraba un paso

llamado El Funde, de una extensión de tierra de más o menos quinientos metros, un paso largo y malo, muy malo, y después que usted salía de El Funde se encontraba con la obscuridad, la montaña por arriba y el camino por abajo. Salía usted de allí para caer a Tropezón y entrar a Queremene, que también era arenosito, pero cuando usted salía de Queremene se metía en lo que llaman Ña Javiela, entonces eso era otro paso malísimo que robaba mucho tiempo, hasta salir de allí para caer en Los Totumitos, donde el agua le llegaba al cuello, antes de encontrar el paso que ahora es la cabecera del puente, un puente que se lo llevaba el río cada año y lo volvían a armar, una vez y otra vez. Había bombales, sitios cenagosos, donde usted pisaba y se hundía hasta la cintura. Veía la tierra dura y cuando se paraba allí el barro le apretaba en el ombligo. Así seguía ese camino tan malo hacia Chiguana.

Ir a Campoma era un sacrificio. De tantas veces que fui la que más recuerdo, estando niña, fue cuando mi mamá me llevó porque mataron a un tío de ella llamado Ruperto Cova. Yo no tenía ningún conocimiento de la vida. Era de una edad de siete años. Yo fui a la muerte de ese tío y estaba escondida por detrás de la casa del velorio peleando con las hijitas del muerto, que tenían sus cuerpos muy sucios, parecían revolcadas y descuidadas, como en el abandono, y entonces sentí cierta pena al opacarlas con mi manera de vestir. Eso lo recuerdo vivamente. Todo el mundo allí en Campoma era negro como yo, pero al hablar con sus propios modales ellos eran diferentes, y eso me llamaba poderosamente la atención. «¿Por qué de una cuarta de tierra a otra hay un cambio de dialecto?», me preguntaba.

Allí la gente estaba más desnuda que vestida. Era un tiempo en que las telas se compraban por varas. Un real y medio la vara, y había de muchos tipos. Una tela llamada Lágrima de Pobre, costaba un medio la vara, y otra llamada Irlanda, costaba un real, y cuando se hablaba de una tela cara, esa tela costaba un bolívar. En Campoma el hombre vestía con una tela llamada Carlota, que era una tela dura, color de tierra, de saco de harina. Los hombres usaban pantalones y camisas de esa tela. Varones y hembras estaban más desnudos que vestidos, y parecían haraposos, pero allí también había gente con dinero, gente que tenía lo que se llamaba morocota. Yo conocí la morocota, conocí la onza, conocí la libra. Las casas de Campoma eran de eneas y bahareque, y muchas de esas casas tenían una o dos paredes de barro, y las demás cubiertas con palmas de coco. Las casas estaban unas más distantes que otras, y el lugarcito más apartado era el que llaman La Chica. A Campoma le gustó la diversión, y ese Chiriguare que conocemos vivía en Campoma. Cuando el Chiriguare salió no fue con el nombre de Chiriguare, se llamaba Chirigüao, que era lo correcto, porque tengo entendido que el chiriguare es un pájaro normal que existe en el occidente del país, y en el centro, donde también le dicen caricare, y en otros lugares dorodoro, pero el Chirigüao, que es un ave fantástica, es exclusiva de Campoma, del ingenio de los campomeros y de las verdades que se movían entre viejos caminos de los pobres. De tal forma que el canto original dice así:

♪ Cerca e' la laguna
sale el Chirigüao

con rabo de burra
y boca de bagre 🎵

🎵 Dicen los vecinos
del pueblo e' Campoma
que tiene pezuñas
y tiene corona 🎵

Esa historia del Chirigüao es muy antigua. A mi casa ha llegado gente de otras partes que sabe leer y escribir corrido, académicos que han revisado muchos libros, y aseguran que siglos atrás ya se conocía de este animal que ahora el pueblo representa en sus comparsas, y que cerca de la laguna había jaguares, tigres, cocodrilos, serpientes, y ese otro animal tan feo parecido a un dragón, que seguramente fue el famoso Chirigüao, y también muchos huesos de diferentes animales gigantes en los alrededores del cementerio de los indios, quienes vivieron primero que todos nosotros en este lugar de grandes cataclismos. Parece que el golfo de Cariaco antes no era así, parece que era más tierra que mar, pero el mar comenzó a meterse en la tierra, y a hundirla, y a provocar muchos terremotos y volcanes y pantanos, y fue apareciendo todo esto que ya conocemos, como el sitio de la Laguna de Campoma que hiede a azufre, y chilla, y arde de tiempo en tiempo con llamas en sus aguas. No hay que olvidar que la afamada fosa de Cariaco es la más profunda de toda América, y quizás del mundo entero. Allí se acaba de hundir un ferry cargado de carros y de gente, y jamás lo han encontrado. Es un enorme precipicio que no tiene fin en el fondo del mar.

♪ El brujo Machuco
 con sus dos peones
 mata al Chirigüao
 con sus oraciones ♪

Esa es una parte de la comparsa del Chirigüao de Campoma, donde se nombra al brujo Machuco, porque en Campoma se hablaba mucho de brujería, y sacaron una cantica que dice:

♪ Si Campoma fuera brujo
 como bien le dan la fama
 no fueran los Chiguaneros
 los que cortaran la caña ♪

Esa cantica se debe a que la caña de chupar que tenía la gente de Campoma, y que era la misma caña de hacer guarapo, la venían a cortar desde la población de Chigüana. Cuando yo oía que fulano era brujo, era porque se trataba de una persona que enfermaba a cualquiera y los ponía a echar sapos por la boca, a echar cigarrones por la boca hasta matarlo, pero a mi entender toda la brujería es pecado. Campoma es tierra de negros negritos, y además del Chirigüao celebraban otra comparsa con una gran muñeca llamada La Graciosa.

Cerezal en cambio, era tierra de indios y de negros. Más de indios que de negros. En Cerezal, cuando yo llegué, estaba la familia Zapata donde todos eran indios. Hoy son negros y son blancos, y son jabaos. La familia Álvarez era india, pero los Rivas, los Betancourth y los Sánchez García eran negros.

Cuando yo llegué a Cerezal eran apenas diecisiete ranchos y diecisiete familias. Cerezal estaba hacia el cerro y para ir de una casa a otra era lejos. Cerezal era agua. El río llegaba hasta donde hoy está mi casa, y las culebras de agua venían junto a esa casa a comerse a los cochinos y a los chivos. Las mapanares se metían dentro de las casas. Yo recuerdo una noche en las que fui a voltear las vasijas boca abajo. Yo fui a voltear los aripos y los pegué contra la pared, cuando siento caer algo sucio y busco a ver qué animal sería el que ensució, encuentro que es una mapanare. Yo me quería volver loca, porque la mapanare de noche es una voladora, y una mordida de mapanare es la muerte. La mapanare duerme de día y sale de noche a buscar sus presas. Cerezal era puro maramarey, una mata que nace a la orilla del río y se cruza como el mangle a la orilla de la playa. Allá el mangle, y aquí el maramarey. Todo eso desapareció.

Cuando me vine a vivir a Cerezal yo tendría más de diez años, pero ya había andado en estos vericuetos muchas veces antes, porque tenía familia por aquí. Estaban dos tías y mi abuela. Mi papá me traía casi siempre. Una vez mi papá, que era tan mujeriego, se encontró a una mujer y la convidó a vivir a Cerezal, y entonces la señora pidió que me trajeran con ella, porque ella quería tener a la negrita, y ahora siento que fui mala paga, porque yo dejaba a mi mamá en Cariaco y me venía a Cerezal con mi papá y su otra mujer. Mi papá y mi mamá se despartaron estando yo muy pequeña, así que en un tiempo convivía con uno, y en otro tiempo con el otro. Y así me quedé, y así me casé en Cerezal, y así tuve diez hijos. Diez partos. Cinco varones y cinco hembras. Tres de los varones se

me murieron pequeños a causa de la lombriz. Muy pequeños, de quince meses, porque aquí no había médicos ni centros de salud a donde se pudiera acudir. La lombriz en aquel tiempo mató a muchos niños y los muchachitos míos se me murieron en las manos, pero yo tuve una revelación para salvar a mis demás hijos. Yo sentí una voz que me dijo, «No te desbarates corriendo, agarra limones, báñalos con limones crudos y después buscaremos qué hacer».

Y así fue. Yo cobarde, porque cuando a uno se le mueren dos o tres hijos, se acobarda. Yo sentí aquella revelación y salí corriendo a buscar limones en una mata que estaba en el fondo de la casa, para restregárselos en el cuerpo a mi hija Amanda, que estuvo a punto de morir en medio de un ataque de lombriz. Ocurre que cuando la luna está de paso y aparecida, la luna tiene mucho contacto con la naturaleza, con la tierra, y es cuando las lombrices atacan más a los niños. Si son hombres o mujeres epilépticos o locos, se ponen peor, por eso se dice que hay gente lunática, y uno tiene que estar atento en ese paso de la luna. La luna de paso quiere decir cuando la luna ya se va, en los últimos tres días, pero en cambio cuando está de menguante, todo es bien. Antes esta tierra era fría y los niños descalzos, desnudos, barrigones, grifiñafitos, y las madres pobres y descuidadas, y cuando uno viene a darse cuenta lo único que dicen es:

—¡Dios mío! —y no hacen más que apretarse la cabeza entre las manos, delirantes, frente a esa criatura recién bautizada y fallecida.

Yo cansada de suspirar y con llanto, viendo sin ver que es demasiado tarde. Se me murió Pedro Rafael, se me murió

Rómulo y se me murió Jorgito, pero a los demás los salvé a fuerza de limón, porque tenían que vivir. Además del limón yo usaba la mancuerna del ajo, el agua de hierbabuena, la menta, el pasote, la canela, el cilantro, una mata llamada topo-topo y el aceite de coco, que llamaban aceite sin sal, un aceite clarito, todavía semicrudo. Todo eso lo usé yo para combatir a las lombrices y proteger a esos hijos míos, que llegaron a ser los hombres y las mujeres de bien que han sido. Miguel de los Santos, Amanda, Biba, Riquelma, Lenis, Guillerma y el menor de todos, Jorgito, porque yo repetí ese nombre de uno de los hijos que se me murió. A ese Miguel de los Santos también me lo atacó la lombriz, la gran diabla, la que arrebató, porque hay parásitos que se pueden atacar, pero la lombriz es traicionera. A él le agarré la orina y se la llevo a un curioso de mucha fama en Cariaco, de apellido Malavé. Al ver la orina me dice:

—A este muchacho se lo está comiendo la lombriz, está muy lleno de parásitos —y me indicó lo que debía hacer.

Prepara un purgante y explica que esa lombriz no la iba a botar entera, que la iba a botar desecha, como el que come mucho frijol, y me repite lo que siempre repetía:

—Si este purgante no le presta para botar la lombriz, tú vuelves.

Malavé era un gran curioso al que acudía todo el pueblo, él vivía en Cariaco donde llaman Cacagual. Quizás no se levantaría otro curioso como él, porque ese señor le daba a usted un diagnóstico solo con leer la orina y no se equivocaba. Nunca estaba viendo si era brujería para meter embustes. Una vez, queriendo comprobar si de verdad sabía, unos ociosos

le llevaron la orina de una cochina para hacerlo caer en una trampa, y él les dijo:

—Estos meaos son de una cochina que está parida ¿No es así? —y después no hizo nada, solo pidió que lo respetaran.

Yo iba a la casa de ese curioso cada vez que necesitaba sus consejos, porque él tenía mucho acierto. Después que Malavé dejó de curar yo no acudí a ningún otro curioso, porque los curiosos ahora son muy embusteros, lo que hacen es poner a la gente de mala con el vecino, y eso no puede ser.

En la familia de negros donde yo nací éramos cinco hermanas. Nunca hubo varones. Las que murieron primero se llamaban Antonia, Manuela y Juliana. Les seguimos María Vargas y esta que está aquí, Bertha Vargas, la menor de todas. Nací un 24 de octubre de 1918 en una casita de paredes de barro y techo de palma y piso de tierra en la calle Rivas de Cariaco. En esa casita durante el parto mi mamá fue atendida por Ligoria Márquez, una negra grande a la que yo llamaba madrina. Bueno, vamos a decir que era negra porque nosotros llamamos negro al que es color del café, pero nos equivocamos, porque negro es todo aquel que no es blanco. Ligoria Márquez fue mi madrina de maruto y me cortó el ombligo. Donde yo la encontraba le decía:

—Bendición mi madrina —porque la costumbre de antes era pedirle la bendición y besarle la mano.

Antes, al nacer, cuando cortaban el maruto, muchas madres lo guardaban para hacer una reliquia que recibían los hijos cuando estaban crecidos, pero yo nunca llegué a guardar maruto. En cualquier parte del fondo de la casa la partera se-pultaba la placenta cuando hacía el parto. Al padre del recién

nacido le correspondía cavar el hoyo donde se enterraba. Ese sitio siempre quedaría borrado. Yo conocí otras parteras como Petronita Elista, que se ayudaba con la oración de San Ramón y la oración de la Virgen del Carmen cuando se encontraba con partos difíciles. También a Emiliana Arcia y a Mercedita Hernández, que se volvió la partera más conocida de Cariaco por ser la más joven. Yo también he parteado, y aquí hay gente que dice:

—A mí me gusta la señora Bertha, porque esa levanta a un muerto —claro, uno no debe ser tan pesimista, y con el ánimo y la fe en Dios se puede cortar bien un ombligo.

Vinimos a Cerezal buscando mejores maneras de vida. Mi familia por parte de padre es originaria de Guacarapo, pero los malos tiempos hacen emigrar a la gente, unos en la ruta a Cerezal y otros se quedaron en Queremene. La abuela mía por parte de padre fue una de las primeras que llegó a vivir en Cerezal. Mi papá se llamaba Facundo Sánchez y le decían “Colencho” Sánchez. Mi mamá se llamaba Guillerma Vargas. Los dos eran negros, pero mi mamá era mucho más clara, porque procedía de descendencia de indios. La abuela de mi mamá era una india, y la mamá de mi mamá se enamoró de un negro. Mi mamá era una canela clara, con buen pelo, y comete la debilidad de enamorarse de mi papá que era negro, y a mí me castigaron porque yo soy más negra que mi papá. Mi abuela por parte de madre era Inés Vargas, y por parte de padre se llamaba Anita García. A los abuelos varones no los conocí, pero se llamaban Francisco García por parte de madre, y por parte de padre mi abuelo se llamó Francisco Sánchez Rojas.

Cerezal era oscuro. Era incómodo. Era monte intrasitable con malos caminos. La comida aquí se perdía porque no había cómo transportarla a otros pueblos. El ocumo blanco, el ocumo chino, el cambur, la yuca, la caña, la auyama, el chaco, el ñame. Aquellas tierras eran aguas, pantanales, y hoy son sequedades. Siempre fue agricultor mi padre. Ese era el trabajo nuestro. En la agricultura, cuando niña, yo llevaba la comida al campo, llevaba la tapara de agua, espantaba al pájaro que saca el maíz, y por eso no estudié en una escuela. ¿Quién mejor para cuidar la sementera que los niños, espantando a los pájaros con un tambor de hojalata en la mano? Cuando se siembra el maíz, el pájaro es muy amigo de escarbarlo. Hay un pájaro chigüao que saca el maíz del hoyo. Un pajarito negro que parece una paraulata, pero en lo que el maíz comienza a entallar también lo saca de raíz la potoca y daña la siembra. Así que tenemos que estar los muchachos espantando pájaros hasta que al maíz le salgan las primeras hojas. Se deja ese maíz y al tiempo se vuelve a espantar a los pájaros, cuando ya el maíz está tierno, por ejemplo, se espanta al perico, o al pájaro chigüao que es corsario. Mi papá le sacó una vez unos versitos a ese pájaro, que dicen así:

♪ Hay un pájaro chigüao
 que vive en la orilla del río
 y saca el maíz nació
 cuando uno está descuidao. ♪

Desde la mañanita hasta última hora de la tarde, por lo menos durante ocho días cuando el maíz está entallando, hay que pasar el tiempo espantando a esos pájaros.

En Cariaco se sembraba el algodón, se sembraba el maíz, se sembraba la yuca, porque en cualquier lugar que uno parara estaba la yuca y estaba el rallo. En mi casa había dos hornos, dos budares, dos mujeres rallando y una tendiendo, eso era según el casabe que se fuera a tender. El casabe lo tendían para llevarlo a Margarita. Esa isla de Margarita estaba zumbada en el golfo de Cariaco y de allá venían las embarcaciones a abastecerse de nosotros. De aquí el maíz, el café, el cacao y la vitualla. Venían a embarcar por el Muelle de Cariaco. El barco grande traía un bote pequeño llamado alijo, que era un botecito que se echaba a cargar. Cuando el río Carinicuao estaba canalizado, se venían por la boca hasta Cariaco a cargar mercancía. La boca del río está en el Muelle de Cariaco. Se traía la loza de Manicuare y de aquí cargaban el maíz, el cambur, el casabe, el mango, todas esas cosas, mientras ellos traían de Margarita el pescado salado. Ya no hay nada de eso, porque al río lo sacaron del pueblo. El río se metía por la espalda de Cariaco, de manera que cuando el río crecía la gente dormía en tarimas. En catres dormía la gente cuando el río inundaba todo el pueblo y solo clamaban:

—¡Ahí viene el río, el río!

La llaga se hizo crónica y todavía hay personas que viven con llagas de esa época, y hubo personas que murieron por esas llagas. El paludismo vivía perenne. Los niños con la barriga grande de parásitos, el pelo grifñafo, las nalguitas consumidas y el color pálido, ese color ciguato. No había sanidad porque no se conocía dispensario, no se conocía asistencia social sino un farmacéutico que tenía Cariaco llamado Andrés Eloy. Había dos farmacias, la de Patiño y la de Andrés

Eloy. En aquel tiempo Cariaco se llenó de turcos. Todos esos turcos que están en Cumaná prácticamente son cariaqueños, y se fueron de Cariaco por causa del río y de sus crecidas. Allí están los Borgeles, los Manueles, los Saldivia, los Tatá, toda esa gente.

Me acuerdo una vez que pasó Rubí, un gran serpentón. El río echó ese día tres crecientes. Eran las siete de la noche y el río estaba creciendo como la primera vez. El río en los arrabales daba en el centro de las casas y en la cintura de la gente. Yo recuerdo el grito de mi hermana María:

—¡Auxilio, auxilio, auxilio! —y el río tan hondo en el centro de la vivienda, y nosotros, los pequeños, trepados en la troja de la cocina donde se guardaban las cosechas de maíz.

A la gente la sacaban con botes, y para ir de una casa a otra, que estaban pegadas culata con culata, se iba por medio de estacas. Las casas unidas por medio de estacas altas, rellenas con tierra y formando un modelo de acera. Cuando pasaban esos crecientones, eran las culebras las que se veían de largo a largo en el cauce y en medio del tumulto.

—Pasó Mariquita hace tanto tiempo —comentaban—. Y ahora está pasando Rubí —que era un gran culebrón navegando en las crecientes.

Se decía que esas culebras pasaban hacia El Placer de Campo y que salían del Cerro Negro, de las montañas de Caripe del Guácharo, donde el río debe tener sus nacientes. También escuché decir que hubo un mastodonte que se zumbó por los lados del llano, porque el agua de aquí le impedía el paso, y entonces, andando por los pies del cerro, derrumba una piedra gigantesca que cae sobre la culebra. La muerte de la culebra

causó mucho asombro en el lugar de la serranía, porque cada hueso y cada coyuntura resultaban enormes, y las vértebras parecían barriles. Mi garganta aguardaba el momento de explicarlo para que no se vuelva olvido. Yo recuerdo grandes crecientes del río Carinicuaó. Eso era exagerado. Yo recuerdo a esos culebrones. Estaba muy pequeña y me trepaban sobre tarimas que antes se llamaban trojas de guardar el maíz. En tiempo de cuaresma y en tiempo de lluvia se dormía en catre.

—¡Ay Dios mío, el río creció anoche! —era lo que alcanzaba a decir al despertarme.

Resultaba tan terrible el río que iba sacando los objetos de las casas hasta no dejar nada. Recuerdo la vez que me levanté una mañana, muy temprano, y escuché a mi madre exclamar:

—¡Vengan a ver cómo está el patio!

El agua nos daba en la cintura y todo el patio anegado de pan. En la noche el río entró a una panadería, la panadería que llamaban de Manolo Fuentes, sacando todo el pan, y lo lleva a los arrabales que era donde yo vivía. En esos arrabales se recostaba todo lo que arrastraba el río: las pailas, las tablas, las bateas, los cochinos ahogados, y así por el estilo. En esas crecientes tan grandes que echaba el Carinicuaó se escuchaba decir:

—¡Viene Rubí!

Y era que ya estaba anunciada la gran creciente para que pasara el culebrón hacia El Placer de Campoma, porque a esa Laguna de Campoma le llamaban El Placer, otros le decían Bellavista y otros Buenavista. Esa Laguna tiene temblador y tiene tronador. Nunca he estado en el temblador, pero en

el tronador si estuve. Uno está parado en lo seco y de repente, cuando eso comienza a tronar, empiezan los pies a humedecerse, y si se sigue allí se verá lo colorado del fogón. El agua sube por encima del empeine del pie. Yo estuve por allí recogiendo algodón y fui al tronador. Llegué y canté:

♪ Cuál es la caja de truenos
 que quiero oír tronar
 cuando no oigo su sonido
 me dan ganas de llorar ♪

De allá, del tronador, vine cantando la cantica que compuse en el momento y que quiero nombrar en este libro. La caja de truenos significa algo eterno por donde van pasando los recuerdos. ¡Sí!, porque todo es un abismo y yo escucho cómo se retuercen los animales y cómo la gente en lo más profundo de sus moradas gime bajo tierra. Todo es peligro. Todo se inunda. Todo se vuelve un gran misterio del que nadie escapa.

Campoma es la Laguna que tiene Cariaco. Yo no sé si después de esa Laguna hay algo semejante en toda la región. Tampoco sé dónde están sus yacimientos. Esa Laguna no se seca. Esa Laguna tiene partes donde se hacen olas y se llama El Placer, y otras partes despejadas donde se navega en botes. El agua es color café, de mucha obscuridad, y dicen que el fondo de esa Laguna no tiene fin. En esa Laguna viven culebras. Allí viven grandes macaureles, culebras de agua muy distintas a los serpentones que se encierran en la tierra y que en tiempo de invierno braman, pitan y roncan como un toro.

Cuando se oyen sus ronquidos, y la tierra tiembla, los conuqueros dicen que el tiempo es bueno para sembrar.

A veces las culebras comían seres humanos, varones o hembras, porque la gente se perdía. No se hallaban sus rastros, no se tenía más noticias de ellos, y uno puede decir que a esa gente se la comía un animal porque no solamente en las aguas hay culebras. Repito, que también hay macaureles de tierra que son tan enormes como cualquier culebra de agua. Yo estaba muy pequeña cuando conocí a un señor llamado Eleuterio Guzmán, que desapareció, y nunca más se supo qué se hizo ese hombre. También conocí a un muchacho, hijo de Eustoquia La Rosa, del pueblo de Saucedo. Ese muchacho salió de su casa y no regresó jamás, y decían que estaba en la Laguna de Campoma y que se iba a casar con algún encantado, porque los encantados, que son culebras transformadas en gente, se lo llevaron. Yo no lo creo. Yo acepto que la culebra se case con otra culebra, pero no acepto que un hombre pueda casarse con una culebra porque es imposible. Había un curioso llamado Cruz López, que decía que fue a El Placer de Campoma a afeitarse a ese muchacho para el día de su boda con la culebra, que debió ser un sábado. Ese curioso murió, pero había otro que también acertaba mucho con estas cosas, llamado Ambrosio López, quien también murió. La gente de acá tenía a los encantados como personas que viven debajo de la tierra, seres vivos que pueden estar también debajo de las aguas y pueden convertirse en serpientes, a la vez que son personas. Había muchas creencias en Campoma y en Cariaco. Por eso hay una cantica que dice así.

♪ Muchacho no te metas
 con los negros de Cariaco
 que el que no se vuelve tigre
 se vuelve culebra o sapo. ♪

Por allí hubo alguno que le puso a esa cantica Los Negros de Chigüana, pero Chigüana no es. Es:

♪ Muchacho no te metas
 con los negros de Cariaco ♪

En La Macarena conocí la historia de una niña a la que mandaron a llenar una tapara de agua, y llenando esa tapara desapareció de las aguas. Sus padres hasta el último día de vida decían que se la había llevado un encantado. Las culebras macaureles caminan por debajo del agua, derecho, como una vara, y al llegar al sitio donde saben que pueden cometer su fechoría, sacan la cabeza y la ponen firme como un troncón, y usted cree que es un troncón que está en medio del río, y usted puede ser la víctima sino está advertido. Son cosas que no se deben ignorar.

Aquí mismo en Cerezal, junto a la mata de ceiba que está abajito, en toda la entrada, vivió Ángel Mayz con su familia, y no pudieron quedarse en esa casa porque a la familia le tiraban tierra, le tiraban piedras, y a las seis de la tarde la gente del pueblo acudía a esa casa y se acostaban en la sala para oír el tracaleo debajo de la tierra. En esa casa nadie pudo vivir porque se escuchaban lenguas extrañas, traquíos de carretones, muchachos llorando, personas reprendiendo y hablando

fuerte. Eso ocurría a la orilla del río. Son cosas que uno ha visto, y hay que verlas para creer en ellas y poderlo contar.

Como ya he dicho, en el río Carinicuao se navegaba en botes. Yo con mis familiares, para pasar de un lado a otro lo hacíamos en botes, porque había temor por las grandes culebras, por las grandes babas. Las babas relinchaban a la vista, y uno empujaba el bote con el remo para que las babas se apartaran, y ellas se apartaban. Las babas son distintas al caimán. Al caimán lo conocí yo en Guacarapo y en Chiguana. Todavía en los años cincuenta había muchos caimanes en un lugar llamado Punta de Cachipo, en La Peña. Allí los agarraban y los ponían a pelear en Semana Santa para diversión del público. La gente confunde a la baba con el caimán, porque los dos tienen la cabeza larguísima, pero el caimán la tiene muy desproporcionada, demasiado larga. A los caimanes los peleaban como gallos el Viernes Santo y el Sábado Santo. Un señor llamado Eduvigis, el papá de Victoria Jiménez, era el encargado de echar a pelear a esos caimanes. Venía gente de todas partes a ver la lucha de los caimanes cuerpo a cuerpo. Las peleas de caimanes era costumbre de Semana Santa todos los años. Se hacían grandes apuestas, y después que murió el señor Eduvigis, todavía echaron a pelear algunos caimanes en el Muelle de Cariaco, en un lugar llamado Curaguaca, pero eso no duró mucho. Recuerdo ahora que, viniendo de Cariaco para Queremene, una mujer llamada Nésima Codayo se encontró un caimán que le quitó las nalgas al burro donde iba montada. Pasó su gran susto aquella mujer. Donde más había caimanes era entre Punta de Cachipo y Mangle Negro. Había mucho caimán, pero muy poca tortuga. Donde más se encontraba la tortuga era en La Esmeralda.

Una vez estaba yo buscando huevos de caimán porque una caimana iba a poner, y yo estuve perseguida por esa caimana. Ellas cavan la tierra para poner sus huevos lo más distante de la orilla del río. Ellas ponen sus huevos y los tapan con espinas de tunas y cardones, pero yo preparaba unas varillitas de cuchate, y me dedicaba a puyar la tierra. Donde se hundían aquellas varillitas, allí estaban los huevos. Eso era en el mes de abril y yo me dedicaba a sacar huevos. Ocurre que los caimanes están atentos en el momento en que salen las crías de los huevos. Entonces los caimancitos son devorados por los caimanes que se comen a los machos y dejan a las hembras. Los que no son atacados y logran llegar al agua son los que se salvan. Se vuelven caimanes de mar. Tremendos caimanes. Uno los ve muy tranquilos y uno se engaña, y creen que son carreras de piedra, pero no es así, son caimanes de mar. Los huevos de los caimanes son muy sabrosos y muy solicitados. Son huevos grandotes, más grande que huevos de pava. Alguna gente se come la carne del caimán, pero lo que más se aprovecha es la piel y por eso fue que desapareció el caimán de estos lugares, porque los atacaban demasiado para sacarles el cuero.

La gente agarra el colmillo del caimán y lo prepara con secretos. Usaban la piedra de ara y le metían el manto de la virgen. Gente que cree en eso. Le metían el azogue y el imán, de modo que esa gente que trabaja con secretos echaba a pelear los colmillos del caimán. Eso era una pelea de secretos que la gente podía ver. El uso del colmillo del caimán para protegerse era muy común. Mi papá era hombre de colmillo de caimán, de reliquia preparada. Se iba a la iglesia el Viernes

Santo, y sin que nadie viera le cortaba el manto a la virgen para envolver esos colmillos. Hay muchas creencias. Yo recuerdo que cuando había relámpagos y truenos la gente sacaba las palas de machetes, y las cruzaban en el patio, y cogían un poco de cenizas y comenzaban a hacer cruces de cenizas y a decir oraciones que sigo recordando «Por tu madre, Dios benigno, ten piedad del pecador. Dulce Jesús de mi vida ¡Misericordia Señor! Santa Bárbara bendita, en el cielo está un escrito en un papel apuntado. San Bartolomé se levantó de pies y manos, se lavó en el camino y al Señor se encontró. ¿Dónde vas Bartolomé? En la casa donde vives no morirá mujer de parto, ni niño de espanto, ni anciano de rayo», y por eso es que dicen que la gente se acuerda de Santa Bárbara cuando truena. «Válgame el Santo Mahomo, y el hueso del temblador». Eran también palabras dichas con asombro por algunos negros a los que le escuché cantos para espantar a las tempestades, y nombraban el guaco tigre, y el guaco blanco, y el jengibre morado, y la ira que bramaba, y al genio travieso, y tres golpes en pugilato.

Recuerdo esa composición desafiante que decían también los negros en tiempo de tempestades.

♪ Esta es la noche en que rompo
 tres mostradores de un golpe
 y a mí nadie que me ataque
 tengo mi genio travieso
 yo no reconozco peso
 tres golpes en pugilato
 saco uno brazo a brazo

yo me agarré con Sansón
y de una trompá cayó
del suelo se levantó
con una ira que bramaba
y yo de voz en voz lo llamaba
y nada que se paraba 🎵

Yo nunca fui mujer de oración, aunque había oraciones para atravesar el río crecido. La llamaban la oración de los siete ladrillos, y la encuentro parecida a un pasaje de la biblia, sobre Jesús al atravesar las aguas. Como en Cariaco en medio de las calles el agua daba al pecho, y las casas estaban construidas con estacas, la gente hacía oraciones para poder atravesar de casa en casa. Yo no imploraba nada. Yo me sentía segura. Yo me ponía a pescar bastante bagre desde la puerta de la casa, o desde el fondo, cuando el río estaba crecido, y a la vez atendía un fogón con su llama en alto en el centro de la sala, donde no llegaba el agua. El mundo cambia. Yo pescaba bagre, armadillo, guaraguara y camarón para preparar esas comidas que ahora se cruzan en mi pensamiento.

Existían personas que tenían conucos grandes, y después que recogían toda la cosecha dejaban un rinconcito, una esquina del conuco, donde el que quisiera podía ir con su necesidad y se saciaba allí. Otros agarraban una porción del maíz y la quemaban en el conuco con la creencia de que si era bueno iría al cielo, y la lluvia nunca faltaría, y las trojas siempre estarían llenas. Eran costumbres. Mi papá y mi tío Goyo dejaban siempre su rinconcito para las aves del cielo, o para cualquier persona que tuviera necesidad. Eran costumbres que se perdieron en el tiempo.

Había pueblos de montañas cerca de Cariaco. Se les decía los cerros, y allí vivían indios. Se salía de Cariaco y se enfilaba esa serranía y se encontraba aquel lugar llamado Catuaro. Había otra parte llamada La Llanada, otra Sabaneta, otra Garrapata y así sucesivamente. Eran pueblos de indios que tenían sus propios nombres para aquella época, como ese Catuaro que refiero de manera especial por sus ritos y plegarias, y que era pueblo de la montaña de allá arriba, pero la gente decía «Ir a los cerros», y allí los indios ponían bateas, que no se le decían bateas sino canoas, canoas de rallar, la canoa en la que se ralla la yuca para el casabe. En esas bateas los indios ponían un guarapo de caña curtido. Eso ajuma. Y ponían pescado y ponían carne. En primer lugar, carne de caza como la lapa, la carne de curí, de guacharaca, de venado, de danto, que son carnes muy sabrosas. La carne de danto sabe a carne de res. Ellos preparaban todo en forma de banquete, para recibir a tanta gente que iba de Cariaco envuelta en sábanas, haciendo las veces de que eran muertos, porque allá se iba a celebrar con los indios la fiesta de los muertos que siempre es el 2 de noviembre. Eso me lo sabía explicar muy bien mi mamá. Me daba los detalles de cómo la gente de Cariaco, las veces que querían, se envolvían en el misterio de los muertos y llevaban una campanita, un hierrito, y una cantica que decía:

♪ Hoy, mañana y toda la semana
 pidiendo limosnas para el nacimiento
 Hoy, mañana y toda la semana ♪

Y en medio de ese canto, hacían sonar las campanitas «¡tin, tin, tin!».

Los indios estaban en sus chozas, en sus ranchos, adonde se iba a disfrutar de lo que se podía comer. Entonces los dueños de esas casas le decían a su familia que aquellos seres que llegaban de Cariaco envueltos en mantos y cantando, y tocando las campanitas, representaban a sus antepasados. A quien tenía su padre muerto le decían, «Allí viene tu papá». A quien tenía su madre muerta, le decían, «Allí viene tu mamá». Yo eso lo quisiera escribir con el nombre de la fiesta de los muertos. Son cosas que pasaban inadvertidas y no entraban en la historia.

En Cariaco se celebraba de manera diferente la fiesta de los muertos, porque la gente iba a alumbrar a sus difuntos y a rezar. El día del alumbramiento, le decían a cada 2 de noviembre. Siempre fui alérgica a eso, me daba miedo, viendo a la gente envuelta en mantos negros y rezando, otros llorando, otros jipiando, y ese gentío pegado a las sepulturas llenas de luces, de velas de distintos tamaños, y la gran cantidad de esperma. La Cruz del Perdón alumbradita en todo el medio del cementerio, porque era una costumbre iluminar a los muertos desaparecidos que ya no tenían tumba ubicable, de manera que esa Cruz del Perdón se comía la esperma que daba compasión. Esa Cruz que era de madera y gigantesca, ya desapareció. Con el tiempo las costumbres van desapareciendo. Aquí enterraban a los negros y a los blancos en el mismo cementerio, en cambio, como me decía mi tío Goyo, en la iglesia había una pila bautismal para los negros y otra para los blancos. Me decía mi tío Goyo que a los ocho días de nacido José Francisco

Bermúdez fue bautizado en la pila bautismal de los blancos. Cariaco era un pueblo de agua sin muchas posibilidades de desarrollo, ya que Cariaco era muy pobre con un río que corría por el centro de la población. Esa iglesia donde estaba la pila bautismal de negros y la pila bautismal de blancos la destruyó el terremoto de 1929 un mes de enero. Ese terremoto fue tan grande que yo lo recuerdo como un momento que nunca más he visto. Ese terremoto fue muy largo. Yo era una niña y recuerdo un movimiento de algo que reventó debajo de la tierra. Terremoto largo y demorado. Las tierras se abrieron en Cariaco y quien se resbalara, se venía abajo. Pero como todo niño es curioso, uno agarraba una vara larga y la metía hasta lo más profundo de las zanjas, y cuando la sacaba sentía en la nariz el olor del azufre. Hubo muertos, muchos heridos y casas destruidas. El epicentro fue aquí en pleno golfo de Cariaco y destruyó a Cumaná y a otras poblaciones. Fueron miles los muertos en toda la región. En mi hogar se desplomó la cocina.

—¡Ay Dios mío! —porque decían que se iba a unir el golfo de Cariaco con el golfo de Paria, y que el mundo se iba a acabar.

—¡Misericordia señor! —toda la gente de rodillas, ya que los temblores de tierra siguieron por largos días.

Eso eran tiempos de agua, y era mucho el frío, y cada quien tenía una capa sobre sus hombros porque era frío de titiritar. Pasó entonces una gran culebra sobre troncos, y dio tres chillidos como los chillidos que pega un vapor, y la gente se atemorizó más, y corría buscando hacia Camarón, que está pegado allí, arriba del cerro, pero hoy día Camarón desapareció. Después del terremoto quedó un canto que dice:

🎵 Primero fue la lechina
 y después el terremoto
 y ahora viene esta guerra
 para acabar con nosotros. 🎵

Esa cantica se debe a que un año antes del terremoto hubo una gran peste de lechina y también mucha gente murió, y en agosto del año 1929 fue la guerra de Pedro Elías Aristeguieta, donde hubo muerte en cantidad. Ese Pedro Elías Aristeguieta fue muy querido por aquí, y su familia era descendiente del Mariscal Antonio José de Sucre. Cerca de Cariaco, en Marigüitar, y en otros lugares tenía sus pesquerías, sus haciendas, lo que llamamos nosotros El Placer, rodeado siempre de pescadores indios, los famosos guaiqueríes, a quienes nadie les ganaba nadando en esos mares. Ellos conocían todo el golfo y la tierra firme y las islas, como las palmas de sus manos. Pedro Elías Aristeguieta se presentaba en Chiguana y aquí en Cariaco con sus inventos, pero también sabemos que enseñó a sus pescadores de Araya a manejar los fusiles, soñando siempre con una revolución para derrotar al presidente Juan Vicente Gómez, y eso fue lo que lo llevó a la muerte. Por aquí pasó herido de bala en una mula rumbo a Carúpano. Todo comenzaría en Puerto Sucre, cuando el famoso buque El Falke llegó una madrugada, cargado de hombres y de armas, y comandado por el General Román Delgado Chalbaud para invadir Cumaná y derrotar al gobierno. El presidente del Estado Sucre era el General Emilio Fernández, y en la refriega y en medio del cansancio fueron abaleados los dos, muriendo en el campo de batalla junto a muchos otros, leales y contrarios al

gobierno, en la propia calle Larga de Cumaná. Cuando aparece el apoyo de Pedro Elías Arestiguieta, desde Araya con sus hombres armados, ya era muy tarde, pero se logró reunir entre todos los que formaban parte de la conspiración a unos 500 rebeldes procedentes de diversos lugares, incluidos Cariaco, Mariguitar y Cumanacoa. El general Juan Vicente Gómez moviliza a la aviación y parte de sus tropas para derrotar a los revolucionarios que ya no contaban con más armas. Deciden abandonar la ciudad para refugiarse en Carúpano después de una larga persecución. En Cariaco los vimos pasar montando bestias. Yo era una niña de diez años.

En Cariaco hubo mucha muerte por las guerras. Aquí había un árbol de caro, centenario, y mi mamá me contaba que cuando ella abrió los ojos encontró ese caro, y que, en la guerra de los federales, que fue la guerra de los cinco años, allí mataron a demasiada gente. Uno pasaba bajo de ese caro en tiempos de cigarra y salía bañado, porque el árbol cogía un espacio grandísimo y eso era oscuro allí, y todo el mundo le tenía miedo, porque decían que en el lugar murieron muchos cariaqueños durante la guerra de los federales, la guerra de los azules. Ese caro estaba en la entrada de Las Manos y por desgracia tumbaron el árbol. También conocí en Cariaco una ceiba gigantesca debajo de la cual se reunían los guerreros patriotas, y en la Plaza El Congresillo había una ceiba de grandes recuerdos del tiempo del Congresillo de Cariaco, cuando este lugar era conocido como la Villa de San Felipe de Cariaco, y en el año 1817 el General Santiago Mariño instaló aquí un gobierno temporal en medio de la guerra.

Quizás por tantas desgracias la gente de Cariaco es muy devota de la religión. Además de celebrar a San Felipe el 1 de mayo, se celebra a San Isidro el 15 de mayo. En la procesión que le hacen a San Isidro le colocan frutas de diferentes clases, verdes y maduras, y a veces las guindan en el hombro o el brazo de la imagen, le ponen maíz tierno, mangos, nísperos, pan del año, castañas, berenjenas y el maíz nacido. Después de San Isidro viene la Semana Santa, Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. La Semana Santa era muy respetada y nadie se iba a bañar a un río, nadie picaba un tallo. Salían dos o tres hombres a cazar morrocoy para comer toda la semana. Solo se comía pescado y morrocoy. Nada de otro tipo de carnes. La primera procesión era la del lunes, Jesús atado. El martes, Jesús en el huerto. El miércoles, Jesús cargando la cruz. El jueves, Jesús crucificado. El viernes, Jesús en el sepulcro, y como Jesús estaba muerto no se tocaban campanas, solo matracas de madera por las calles. El sábado y el domingo, los repiques de gloria. La gente para pagar promesas llegaba de rodillas a la iglesia desde el lado de afuera, y allí estaba rezando y rezando, hasta ubicarse frente al santuario. Cuando salía la procesión aquella persona que llegaba de rodillas seguía caminando descalza y envuelta en sábanas blancas. Después de la Semana Santa seguía la celebración del día de Corpus Christi, y allí también, bajo las enramadas, las mujeres envueltas en sábanas hacían ritos. Salían los hombres vestidos de diablos a rendirse ante el Santísimo, y en cada esquina se colocaba un altar.

También es muy querido el día de San Juan y se acostumbra a echar suertes. Por ejemplo, se derrama en la noche

un huevo en medio vaso con agua, y si era una joven soltera la que lo hacía, trataba de descubrir quién sería su esposo, y de acuerdo a lo que apareciera en la mañana siguiente en ese vaso, ella sacaba sus deducciones. También un diente de ajo pelado lo echaban en el vaso con agua antes de dormir, y lo que amaneciera de ese diente de ajo era para saber, para adivinar. La gente se cortaba el pelo el día 24 de junio, que es el día de San Juan, porque es el día en que el pelo crece. No se conocía la rockola, no se conocía la planta eléctrica de los discos, solamente se conocía la victrola y nos alumbrábamos con lámparas de aceite de coco. Antes se bailaba joropo, vals, pasodoble, polka y los músicos tocaban bandolín, violín, cuatro, maracas, tambora y el acordeón que se usaba en los campos y le decían cuereta. En Cariaco estaban Eusebio Díaz, Crispulo Valderrama y un señor llamado Chico Franco, cuatrista muy bueno. También estaba Francisco Zapata, violinista, y otro de Casanay llamado Morochito. Esos eran los músicos.

En diciembre aparecían disfraces. Desde esa fecha empezaban a disfrazarse y duraban hasta el carnaval. Además de los disfraces, los trajes propios de las celebraciones. Había muchos diablos con mandadores en las calles, diablos corriendo, huyendo. Esos diablos vestían como bichos, se ponían unos cueros, se ponían espuelas, se ponían unos rabos. Se usaba mucho el satén rojo, muy ceñido al cuerpo el vestido, y ese látigo en la mano. Había un hombre llamado Pedro López que su encanto era ese. Él murió. En todas partes encontraba uno a Pedro López con traje de diablo. Se ponía uñas larguísimas de hojalata y unos cachos arriba, y cogía un palo con un látigo en la punta, y un mapire terciado. Entonces no se podía dejar

la cocina sola, porque él se llevaba todo mientras uno estaba viendo la parranda. Las máscaras se hacían de cuero de chivo o de cartones y cada quien tenía su propio diseño.

En tiempos de navidad y en carnaval salían las moji-gangas, los dramas, comparsas y diversiones que le han dado a Cariaco la importancia que merece. Bernarda Marcano era una de las principales organizadoras de esas comparsas. Se dice «Viene una comparsa» y allí está representado el drama, la comedia, los diálogos. Trajes largos, faldas anchas, sombreros con pluma, pañuelos en el pelo, a los que antes se les nombraba como pañolones, abanicos, alpargatas bordadas, y flores y bufandas, además de la música y el baile. Lo que tiene la comparsa que no lo tiene la diversión es el drama, la teatralidad. Se dice «Viene una diversión», y aparecen símbolos de pájaros, toros, pavos reales, pescados y las guarichas, como se les llama a las muchachas que bailan alrededor de ese objeto gigante. La música de la comparsa es de un tipo y la música de la diversión es de otro tipo, y se representan en las calles, frente a las casas, porque siempre una persona lleva una bandera buscando el hogar donde acepten la celebración, y si se acepta ponen la bandera frente a la puerta y entonces se desarrolla el acto en la calle. Yo además de componer cantos compongo teatro y cuentos en mi mente, cantos de malagueñas, aguinaldos al nacimiento de Jesús, galerones, polos, cantos de amanecer, cantos de pilón, dramas como María Cenona, El toro oriental, El Gavilán, y cuentos como Don Elías, Las dos amigas, Las mariposas policías, La protesta de las moscas, La abeja, La perrita emigrante, El cigarrón y el sapo, La gatita desobediente, La familia gallina, Misia lechosa, El asno

maestro, El sapo y el grillo, La mosca y la araña, El cumpleaños de la gata. Esos son algunos títulos, y día tras día, además de hacer mis muñecas de trapo de las que este pueblo aprendió a vivir, siempre estoy componiendo. Por ejemplo, tengo un canto de amanecer que dice así:

♪ Adiós plátano de olor
 adiós hermoso racimo
 no saben con qué dolor
 me ausento de tu cariño ♪

♪ Soy como la clara luna
 cuando caminando vengo
 yo me desnudo y no tengo
 marca en el cuerpo ninguna ♪

♪ Llevo un dolor en el alma
 y me consume una pena
 soy como la verde palma
 cuando presiente la quema ♪

♪ Que tengo que me conmueve
 que me entristece y me abruma
 con solo poner la pluma
 sobre el papel que se mueve ♪

En mi época los niños se hacían adultos antes de tiempo. Mi juego de muñecas lo vine a utilizar después de vieja, y ahora las fabrico por cantidad. He fabricado miles. Las bordo con el

corazón porque cuando era niña yo no jugaba con muñecas, ni fui a la escuela, yo lo que hacía era ayudar a mis padres con la agricultura, y por eso me quedé bruta, no aprendí a leer ni a escribir. Con el tiempo mis hijos me enseñaron un poquito para que pudiera firmar. Me entregué a las muñecas después de vieja, como he dicho. Desde el año 1968 para acá las trabajo, y todo el pueblo las trabaja también, a pesar de que me tildaron de loca la primera vez que yo salí a la carretera de Cerezal a vender mis muñecas. Me las compraron completicas, y el pueblo entero se dio cuenta que también podían hacerlas siguiendo mi ejemplo, y hasta el sol de hoy es parte de la fama de Cerezal. Esto fue un aprendizaje no solo para el pueblo de Cerezal, sino también para muchos sitios que están en la vía y viven de eso, de tejer muñecas como nosotros. Yo las acaricio, yo las bordo, les pongo sus cejitas, las maquillo con hilo, porque una mujer elegante no se puede vestir sino lleva su maquillaje bien hecho. Sus ojos y su boquita bordados con hilo es lo más natural, y le pongo el vivo de los ojos con el mismo hilo. Yo las tomo en mis manos como si estuviera jugando con ellas, y le pongo sus laci-
tos para recogerle el pelo, después sus zarcillos, y finalmente le coloco sus trajes de distintos colores.

♪ Cuantos no estarán deseando
que me vaya o que me muera
me voy cuando me dé gana
me muero cuando Dios quiera ♪

Eso lo traigo yo de mis generaciones pasadas, porque la distracción nocturna en los hogares era contar cuentos y

cantarlos. Hombres y mujeres, las madres con sus hijas, la abuela contándole cuentos a las nietas, y así. Se sentaba uno en el patio después que lo barría, y se aprovechaban las noches de luna clara para no dormir tan temprano, porque en aquella época cuando eran las siete de la noche ya todo el mundo estaba buscando soñar. En el momento en que se contaban historias, se interrumpía a la vez para cantar un pedacito. Hay por ejemplo una historia que recuerdo de una joven perdida y el enamorado. El novio con gran desesperación la buscaba por todos lados. Ella se llamaba Rosa Ara, y a mitad del relato, el que cuenta la historia, entonces la canta:

♪ Rosa Ara, Rosa Ara
 si eres muerta salme
 si eres viva responde ♪

También conocí la historia de un joven muy consentido de sus padres, y como consentido muy malcriado, porque era hijo de gente con dinero y con muchas posibilidades de éxito. Él se llamaba Giroverde. Una historia de camino, decían entonces. Ese Giroverde pidió una vez la comida y no estaba lista en el momento, y él se molestó, y mató a su papá, y mató a su mamá, y mató a su hermana, y mató a la esclava, entonces, según la historia, a él lo clavaron en una mesa y lo cargaban en procesión y en cada esquina le preguntaban:

♪ Giroverde, Giroverde
 si te acordaras tú
 cuando mataste a tu padre

a tu madre, a tu hermana
y a tu esclava 🎵

Y él decía:

🎵 ¡Si me acuerdo!
Y que siga la marcha de Giroverde, 🎵

Se contaban historias de esclavos también. Había un Juan que era esclavo y el amo lo levantaba para que fuese a llevar las cargas, a ensillar los burros, y esa historia comienza también con un canto. A mí no me gusta esa historia, porque me da dolor y rabia. El dueño lo levantaba y le decía:

🎵 Juan ¡oh!
Juan ¡oh! 🎵

Respondía Juan:

🎵 Mi amo, señóó 🎵

Y el dueño le decía:

🎵 Ensíllate el burro negro
Y anda para la ciudad 🎵

Se levantaba Juan y ensillaba su burro negro, echaba su burro por delante, porque ese era el burro campanero de los otros burros, y salía con su arreo y su carga para la ciudad. Los burros se le caían en el camino y Juan no podía con aquellos animales y entonces Juan lloraba y decía:

♪ Maldita sea hasta mi madre
cuando me dejó empeñado ♪

Y así en esa historia de Juan, una vez llorando oyó una voz que era la de su madre, y ella le dijo dentro del monte «no maldigas a tu madre porque te dejó empeñado, vete a la choza donde vivió tu madre y tu padre y cava allí en tal parte y encontrarás con qué pagar la deuda». Juan estaba viejo de tanto trabajar. Eso es una historia larga. Entonces fue Juan, cavó y saca lo que estaba allí para comprar su libertad. Y de nuevo, una de tantas mañanas le llama el amo y le dice:

♪ Juan ¡oh!
Juan ¡oh!
Mi amo señóó
Ensíllate el burro negro
Y anda para la ciudad. ♪

Entonces le responde Juan:

♪ Hasta hoy mi amo
hasta hoy mi amo acabo de ser su esclavo ♪

Y el amo riéndose le dice:

♪ Tú no Juan, hombre
Tú no Juan, hombre ♪

Entonces al levantarse Juan, en la mañana, el dueño lo llamó y le pregunta que si él tenía la cantidad de dinero que

consideraba que le podía pagar por ser libre. Él le dijo que sí, y le pagó y deja de ser esclavo.

Antes se hablaba mucho de cuentos de esclavos, se hablaba mucho, y a mí me gustaba contar esas historias, y para contar cantaba sin saber lo que estaba cantando. Yo era media adulta y tenía ocho años, y observaba a los pájaros como el balcobá, que era un pájaro grande como un pato que se para en las copas de los árboles y gritaba:

—¡Balcobá! ¡Balcobá! —y la gente se persignaba.

—¡Ay Dios mío! —decían, porque pensaban en muertos, en desastres, y era muy supersticiosa.

Aquí estaba un pájaro que llamaban el berreador, un pájaro grande que berreaba como un becerro. Ese pájaro era terrible y la gente le tenía miedo. Yo nunca lo llegué a ver, pero si lo oí de cerca, ya que una noche tuvimos que meternos corriendo a la casa porque de lejos se oía berrear, y cuando nos percatamos ya el pájaro estaba cerca con esos gritos espantosos. Igual ocurría con las gallinas. Si las gallinas cantaban de noche era anuncio de cosas malas y al otro día las mataban. Hay un tipo de gallina llamada guinea, y dicen que donde hay guinea hay ruina. Eran otros tiempos. Yo iba a los velorios de algún familiar cuando niña, y veía a la gente jugando Mamacoy, que era un juego de gran habilidad para pasarse una piedra de la mano izquierda a la derecha, mientras se cantaba:

♪ Mamacoy, Mamacoy,
Mamacoy, coy, coy, coy, coy ♪

Pero yo no sé lo que quería decirse con esa palabra Mamacoy. También vi jugar la Maluca entre los negros, que era

un juego de latigazos. Se hacía un círculo y una de las personas que estaba dentro tenía el látigo, y cantaba un estribillo.

♪ Mariquita del alma Cubalé ♪

Al instante le lanzaba el latigazo a quien quisiera y se repetía en coro otro canto:

♪ Repícale el lomo Cubalé
Mira donde va Cubalé ♪

Yo era muy curiosa desde niña, y cuando abrí mis ojos encontré a un señor llamado Ño Cachicamo y a una señora llamada Micaela. Ellos eran negros y no le decían señor o señora, sino Ño y después que mueren se inventó una cantica dedicada a los dos:

♪ Se murió Ño Cachicamo
y también Ña Micaela
y queda Ña María del Carmen
que es la que regenera ♪

Conocí a ese Ño Cachicamo. Lo recuerdo muy anciano con las manos dobladas, y a la viejita negra Ña Micaela le vi sus espaldas donde le pusieron candela. Era una viejita encorvada y siempre llevaba su cuerpo desnudo. Le pregunté a mi mamá y me dijo que eso le ocurrió durante la época de la esclavitud. Era demasiado viejita, con la espalda marcada, eran cangrios que tenía donde la marcaron con candela, y me dijo

mi mamá que esa era la huella de los hierros y de los latigazos. Eran cicatrices sanadas. Solamente las marcas de lo que fue, pero que ya no es. Ella dejó de ser esclava y como ella muchos otros que sufrieron castigos, azotes desde muy niños, porque no eran considerados como humanos, y unos morían y otros lograban refugiarse en el monte como cimarrones para seguir padeciendo, y si los capturaban eran rematados en lo que se llamaba venta y pregón de esclavos. Fueron años horribles los de la esclavitud, cuando marcaban a los negros con el famoso carimbo. Después de la esclavitud vino la servidumbre, y así ha pasado el tiempo, donde yo ahora entono mis cantares recordando a mi madre Guillerma Vargas.

♪ Sola soy, sola nací
sola me parió mi madre
y sola debo de andar
como una pluma en el aire ♪

Nota del autor: Bertha Vargas nace el 24 de octubre de 1918, y fallece el 7 de agosto de 1994.

GUILLERMINA RAMÍREZ

Cuando mi mamá María Isabel Cova se murió el río estaba en la calle. Ese río salió en la tarde y a ella tuvieron que enterrarla al día siguiente en la mañana, porque luego el río podía estar más repleto. El río se había metido muy bajito en la calle, pero en la noche echa una creciente inmensa, y solo llegaron al velorio de mi mamá los que estaban dispuestos a quedarse, porque no se podían regresar de nuevo con el río desbordado. Esa noche que mamá murió las bodegas no cerraron, ni el señor Domingo Navarro, ni el señor Félix, ni el señor Pablo Acosta, ni las Espinoza. Esas casas no las cerraron, pero el río seguía en la calle y era parte de la vida, como se dice. Cuando alguien moría los vecinos dejaban sus puertas abiertas. Tener una puerta cerrada podía causar disgustos entre los familiares del difunto. Así se veía la unión de los vecinos al no trancar sus puertas la noche del velorio. Por la mañana cuatro hombres la fueron a enterrar, pero además llevaron a un señor llamado Ángel Morán, que era familiar de mi papá. Ángel Morán iba con una chícura y una pala a hacer la sepultura, porque el río podía llenar más, agrandarse, como ocurría casi siempre. Encima de sus cabezas cargaban la urna con mi madre y tomaron la ruta por donde hoy queda el banco. El agua les arrojaba hasta los hombros. Nadie más pudo ir a ese entierro, nada más que ellos cuatro que trasladaron el cadáver

y Ángel Morán, el que haría la sepultura. El río era feo. En el velorio se repartió cacao, café, tabaco y ron. Ella tenía un solo hermano, Justo Rufino Cova, cuando la mamá de mi mamá lo dejó de once años y a ella de nueve, porque todas nosotras éramos únicas hijas y con un único hermano. La que rompió la doctrina fui yo que tuve quince.

Mi mamá murió de parto, le dio frenesí. Hoy le dicen ataque de eclampsia, pero antes le decían frenesí. Ocurre previo al momento de la persona dar a luz, le da el ataque y se muere, y a veces fallece en pleno parto. Muere la persona con convulsiones en medio del ataque. Mi mamá dio a luz a su muchachito antes de tiempo. Ella lo dio a luz y estaba nada más que mi tío allí, mi tío Justo Rufino Cova, al lado de ella cuando le dio el dolor de tener al muchachito. En aquel entonces yo tenía siete años. Todavía lo recuerdo. Yo estaba del lado afuera del cuartico y escuché cuando le dijo a mi tío:

—Justo, mi hermano, ven aquí.

Apoyadita en él dio a luz, pero cayó el muchachito y ella queda en un solo quejido, en esa convulsión de muerte. Cuando mi tío la vio así la acostó en el catre y salió a la única farmacia del pueblo, y el farmacéuta le preparó un remedio. Yo me acuerdo del remedio que mi tío Justo llevaba en la mano para salvarle la vida, un remedio blanquito, pero cuando llegó mi tío y se lo echó en la boca, se quedó en un quejido y allí murió, y muerta, así como estaba, mi tío nos llamó a nosotros y nos mete en el cuartico para que la besáramos. Él cargó al muchachito que acababa de nacer. Así murió ella una tarde de agosto, y el muchachito también nació muerto. A esos muchachitos antes los enterraban en la misma casa, y a mi

hermanito lo enterraron en un rincón del cuarto. Lo envolvieron y lo enterraron después que le pusieron su agua, porque decían que de no ponerle el agua serían duendes. Sus padrinos fueron mi tío Justo y la señora Emiliana o la señora Luisa. No me acuerdo bien, pero sé que fue una de esas dos señoras que llegaron aquí, le pusieron el agua y lo enterraron. Se le puso el agua como ponerle el agua a un muchachito bueno, solo que a los muchachitos buenos se les dice por su nombre. «¡Fulano de tal, yo te pongo el agua!», pero a ese muertico, hermano mío, que no tuvo nombre le dijeron, «Criatura de Dios, yo te pongo el agua en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Se le rezó el credo y después por tres veces seguidas le volvieron a repetir esas palabras antes de derramarle un agua bendita que teníamos en la casa. No le colocaron velas ni nada, porque no estaba vivo. Así enterraron a mi hermano en un rincón del cuartico donde murió mi mamá.

A mi mamá muerta le hicieron un vestido blanco, cuello alto, manga larga, esa era la mortaja, y la mortaja de mi mamá la hizo mi tía Luisa Gregoria Guzmán que era costurera, y el señor Domingo Navarro donó las telas para que le confeccionaran ese vestido blanco. La urna de tablas se la hizo a mi mamá un señor llamado Agapito Zabala, que era compadre de mi papá. Vino ese señor, midió a mi mamá muerta sobre su catre y sale a hacerle la urna. Le dedicaron también su novena. Le rezaron novena y rosario. El rosario se rezó en cuerpo presente y al otro día continuaron los rezos hasta completar las nueve noches. En los velorios la gente jugaba mucho el juego de la chola, Antón Pirulero, el ratón y el gato, el matrimonio en público, el burro. El Antón Pirulero era una rueda donde

había una persona con un látigo, y se daban los papeles de lo que debía hacer la gente. Era como una actuación en público:

—Tú vas a halar machete y hacha, tú vas a lavar, tú vas a cantar, tú vas a moler —era un secreto.

El que cargaba el látigo decía:

—Antón, Antón Pirulero, que cada quien atienda su juego —entonces cada quien debía atender el trabajo para lo que fue escogido. El que no hiciera su trabajo, se le daba látigo, chaparro, cuero, porque el que cargaba ese látigo para el castigo quedaba en medio de la rueda.

También se jugaba La Falúa, que era un juego de esconderse, y el juego del café, que se hace con una rama sobre la que hay que saltar. Aparte de juegos de velorio se jugaba arroz con coco y la pájara pinta tapada. La pájara pinta se hacía en una rueda con una persona en el medio, y se empezaba a cantar:

♪ Estaba la pájara pinta
sentadita en su verde limón
con el pico recoge la hoja
y la hoja recoge la flor ♪

♪ ¡Ay dolor! ♪

Ahora esos juegos se han terminado, porque para jugar el juego del gato y el ratón, el ratón salta acá y brinca allá y se lleva todo lo que está por delante para no dejarse agarrar.

La urna con mi mamá la pusieron en dos sillas, una hacia el lado de la cabeza y otra hacia el lado de los pies. En

el altar donde estaban los santos colocaron un vaso con una luz de aceite y al frente estaba la mesita. Una mujer se sentó a dirigir el rezo y por un lado de la urna estábamos los que rezamos con ella. Cuando la mujer decía «¡Santa María!», nosotros contestábamos «¡Dios te Salve María!», cuando ella decía «¡Dios te Salve María!» a nosotros nos tocaba «¡Santa María!». Los santicos que estaban en el altar eran de mamá Rojas. Estaba la Inmaculada talladita en madera, estaba una Virgen del Carmen, Nuestra Señora del Rosario y el Sagrado Corazón de María, que era un cuadro. Yo no sé cuál sería el santo de la devoción de ella, porque cada persona tiene su santo. Yo, por ejemplo, tengo a Santa Elena y a la Santísima Cruz, y por eso mis hijos se llaman Lucía Elena, María Elena, Luisa Elena. Mi madre murió un 19 de agosto, como digo en un galerón:

♪ Un 19 de agosto
 fue el día de mi tristeza
 desde entonces mi cabeza
 cogió el camino al revés
 hoy padre ni me ve
 ni me da su bendición
 y yo pienso con razón
 ¡Que tarde he venido a ver! ♪

Quando muere mi mamá yo tenía siete años, por eso pienso que sería en el año 1933. A ella la enterraron en la montañita como a las ocho o a las nueve de la mañana. Yo ni iba a ese cementerio. Al cementerio iba mucho a verla mi tía

Higinia que también era su tía y quedaba más cerca de allá. Iba una hija de mi tía llamada Isidora. Isidora siempre iba al cementerio a sembrarle unas matas de cocuiza junto a su sepultura porque mi padre no le puso ni cruz, entonces por esas maticas nosotros siempre nos guiábamos, y cuando íbamos viendo las cocuizas reconocíamos el sitio del cementerio donde estaba enterrada. Yo siempre le decía a mi hermano Leoncio que la mamá de nosotros estaba enterrada cerca de los muertos de la casa de mi tía Cachón, y que había unas matas de cocuiza. Le explicaba lo que antes había visto.

Cuando se murió mi abuelo Benito Bejarano, veinte años después, y le fueron a hacer la sepultura, entonces se acordó de nuevo Ángel Morán de lo que yo decía y midió allí junto a las cocuizas, y cuando empezaron a cavar y a cavar y a cavar, encontraron los restos de mi mamá. Entonces Ángel Morán que fue su enterrador, el que le había hecho la sepultura a mi mamá con el río crecido, y que también era como un hijo para mi abuelo Benito, al conseguir los restos dijo:

—No vayan a coger eso con odiosidad, recójalos tranquilos, con cariño, que voy a buscar una cajita para que los metan.

Salió y trajo una cajita de madera de las que tenían en las bodegas para la venta del jabón, entonces con una cajita de esas él repitió:

—Recojan estos restos y métenlos dentro de la cajita para clavarla, y colocarlos por los pies de Benito.

Cuando mi padre llegó, él le preguntó:

—Javier, ¿Tú reconoces estos restos?

Entonces él le vio la cara a mi hermano Leoncio y no le dio contesta, porque mi hermano Leoncio le iba a decir algo y

se abstuvo. Después que mi padre salió del cementerio le dijo a mi hermano Leoncio:

—Asegura esos restos que son los de tu mamá.

Ellos están enterrados juntos, y hoy sé que donde está mi abuelo está mi mamá, porque ella quedó enterrada a sus pies en una cajita de jabón, pero a mi abuelo si le pusieron su cruz.

El Día de los Muertos, 2 de noviembre, se alumbraba el cementerio. Había bastantes velas y no existía ese desorden de ahora que, si uno va a ponerle una corona a su muerto, entonces llega otro y se la quita y se la pone al muerto que mejor le parezca. Antes no, porque antes respetaban. Antes, el que no tenía a sus muertos localizados, porque en Cariaco muy poco acostumbraban a hacerle cruces a los muertos y después uno se moría como si se hubiera muerto un perro, entonces él que no tenía a sus muertos localizados iba a la Cruz del Perdón, una cruz grande que había en el medio del cementerio. Allí les prendían velas a sus muertos, allí en esa Cruz del Perdón les dejaban sus recordatorios, los cuidaban y les rezaban. Antes no le ponían cruz al muerto, el muerto permanecía sin cruz porque los pobres no teníamos dinero para mandarla a hacer. Yo no conozco un solo muerto de la casa que tenga una cruz que te diga, «Aquí se murió mi tío Jesús, esto es la tumba de mi tío Jesús, aquí se murió mamá Rojas, y esta es la tumba de mamá Rojas, aquí se murió fulano, y esta es la tumba de fulano». ¡No!, yo no daría razón de los muertos de la casa. Yo llego solo donde está enterrado mi abuelo y mi mamá, porque hoy, donde está mi abuelo está mi mamá, porque el único familiar mío al que le pusieron cruz fue a ese, a mi abuelo Benito, entonces yo por la cruz de mi abuelo puedo saber que ahí

está mi mamá, porque a mamá, como dije, la enterraron en un cajoncito de jabón a los pies de mi abuelo Benito.

Por ahí, por donde está enterrada mi mamá, está todavía una bóveda vieja que es de Mestrocarlo. Él era el maestro del pueblo y se llamaba verdaderamente Carlos Salazar, pero todo el mundo le decía Mestrocarlo. Fue también el dueño de una casa de esas de la calle Larga donde quedaba la farmacia, cuando le decían la botica. Esa misma casa una vez fue iglesia. Cuando la iglesia no estaba en pie esa casa fue la iglesia que tuvo el pueblo, la casa del Señor Carlos Salazar, y por cierto, el Corazón de Jesús grandísimo que está en la iglesia era de Mestrocarlo. Cuando él ya estaba viejito era un hombre delgadito, arruinadito, que visitaba mucho a la gente del pueblo por los arrabales. Él era un señor al que todo el mundo quería, Carlos Salazar, Mestrocarlo, el maestro de carpintería que hizo el púlpito de la iglesia de Cariaco, el coro y el confesionario. Está enterrado en Cariaco y su esposa Presentación era familia del Mariscal Antonio José de Sucre.

Mi abuelo Benito muere estando yo grande, después que había regresado de vivir en Catuaro. Los restos de mi mamá, como ella no murió de mala enfermedad, estaban enteritos, tenía desde su pelo, su pelo largote, que cuando murió se lo habían enrollado todo arriba de su cabeza, y veinte años después de muerta se le veía aguantado con su cortejo, eso sí, que al pegarle la mano ese pelo se volvió tierra. Sus dientes estaban completicos, porque ella tenía un diente partido y como yo era curiosa desde chiquita le preguntaba cómo era que se había partido ese diente, y ella me decía que eso fue jugando gallinita ciega en la plazoleta del patio de mamá

Petra. Ella había pegado el diente de un palo donde papá tenía amarrado el burro, entonces el diente se le partió. Tenía su diente partido.

María mi hija se parece a mucho a mi mamá, tiene el mismo cuerpo de ella, su cara, lo claro de los ojos, su color. La única diferencia es que María tiene su pelo corto y mi mamá lo tenía muy largo. Ella era un tipo de mestiza, y si se sentaba en la silla, el pelo que le cubría toda la espalda se le veía como si fuera a rozar el piso, era un pelo negrito, cortejadito, bonito. Así como María, mi hija, era mamá. Ni gordo ni flaco era su cuerpecito, con su lunar de verruga en la cara, porque nosotros somos descendientes de los Morales, y los Morales siempre tienen ese lunar. En cualquier parte de sus cuerpos tienen ese lunar y así también son los descendientes de los Vargas.

Yo conocí a mamá con luto y por eso le preguntaba:

—Mamá ¿De quién tienes ese luto si tu mamá nunca se murió? ¿Por qué tienes luto?

Ella me decía que tenía luto de un tío que se llamaba Nicolás Bárcenas, que se murió después que se fue por la costa, y yo llegué a descubrir que era mentira. Lo que ocurrió fue que a ella le dieron esa noticia, y creyó que ese hombre tío suyo se había muerto, pero yo lo vine a encontrar vivo cincuenta años después de que ella se murió, que fue cuando lo conocí, pero ella siempre creyó que ese hombre había muerto. Con luto conocí yo a mamá y con luto la vi morir. Ella murió teniendo luto, y la ropa negra que usaba la desbarataron unas tías mías que cosían. Esa Luisa Gregoria Guzmán me hizo varios vestiditos de aquel luto. En ese tiempo no había luz

eléctrica, y cuando mi mamá murió los vecinos prestaron sus lámparas de carburo para el velorio. El señor Félix Mata y el señor Ricardo Acosta, que eran los vecinos del frente más cercanos, prestaron las de ellos y la casa donde velaban a mi mamá se veía alumbradita con su cortinita blanca y su lazo negro en la puerta. Como yo era más mala que gato negro nunca más vi a mi mamá después de muerta. Una única vez soñé con ella y la encontré así, vestida de negro. Cuando yo paso me llama por mis dos nombres como siempre acostumbraba, «Guillermina Eloisa» me dijo, y yo le pregunté quién era, y ella me respondió, «Tu mamá». Largué la risa esa vez que soñé con ella. Yo me metía en la casa donde murió mi mamá, porque esa casa quedó sola por un tiempo y quería buscarla, pero nunca la volví a ver.

La calle Larga era de la gente rica, los pobres serían la gente de mi papá, porque ahí se escondía una casa pequeña que quedaba metida entre las dos casas grandes. No era la del telégrafo, sino una casa donde había estado una gallera hecha con carata. Esa era la casa fija, la que era de mi abuela, porque esta casa chiquita era el depósito de Benito Espinoza en los tiempos en que guardaba allí lo que traía de Curazao, y como ellas no tenían un marido que se las arreglara porque estaba en muy mal estado, entonces el señor Benito Espinoza hizo el cambio de la casa grande, el solar ese, por la casita chiquita que era con techo de tejas. Esa era la casa que le tocaba a mamá Rojas, Isabel Rojas, yo creo que mi papá nació también allí. Esa casa tenía su historia, una casita de bastante respeto por su edad, era una casa de tejas, pero antes había estado una de carata, que era la casa donde tenían la gallera. La casita

está donde nacimos nosotros y quedaba al lado de la casa de las Espinoza. La casa de la esquina grande y la casa de la gallera arrimadas a un lado, donde hoy está el telégrafo. La casa del telégrafo es de Esperanza Acosta. Esa era la casa de Benito Espinoza, el que viajaba a Curazao a comprar mercancías. Él tenía bodega y tenía embarcaciones que iban a Saucedo. Él encargaba y compraba lo que era contrabando, traía loza, cosas de cama. De Curazao traía muchos muebles y tenía sus embarcaciones en Saucedo. Aquella casa donde yo viví era de un patio grande, su cocina de eneas, siempre la cocina estaba distante de la salita y con su fogón de leña.

Atrás de un flamboyán muy grande tenía su mata de alatrique, una mata que parece como aguacate y daba sombra espesa. Se llama alatrique y en el monte hay mucho. En el patio de las Espinoza quedaba una mata de coco que dividía el corral y también daba bastante sombra para la casa del lado de papá. Había en ese patio gallinas, cochinos, burros. El patio era cercado y por la mitad de atrás metíamos a los animales. Se cocinaba en piedras con sus leñas, y allí estaban el fogón de cocinar arepas y el fogón de poner a cocinar otros alimentos, un fogón de seis piedras. Los platos eran de peltre y de loza. Mamá Rojas mataba cochino, jugaba mucha lotería y vendía majarete. Ella molía el maíz bien molidito, y lo asentaba y lo volvía a moler para que no quedara con grano, y lo ponía en la candela y le agregaba papelón rayado y leche de coco para cocinarlo hasta que quedara blanquito. Era un majarete muy fino porque el maíz quedaba bien molidito. Ella tenía sus platos que justamente se los compraba al señor Benito Espinoza, loza fina.

Mamá Rojas tenía su baúl de cuando se hablaba de mortuorio, un baúl de mortuorio. En aquellos tiempos, las familias que tenían su baúl de mortuorio lo prestaban. Si yo era más pobre que otros que tenían baúl de mortuorio, y a mí se me presentaba un caso como, por ejemplo, si se moría cualquiera de mi familia, entonces yo iba donde los otros a que me prestaran las cosas de mortuorio. Prestaban las sábanas que se le ponían al catre para montar la urna arriba, el pañito de recubrir la pared, el paño de cubrir la mesa donde iban los santos, el paño de tapar al muerto. Después de esto, cuando se pasaba al entierro, que se llevaban el cuerpo a sepultar, se volvían a lavar y a almidonar, se planchaban y se mandaban en un canasto, porque había un canasto donde iban a buscar las cosas prestadas. Entre esos corotos venía también la bandeja con las doce tacitas, ya fueran doce o fueran veinticuatro tacitas donde iban a brindar el café y veinticuatro tazas más grandes donde iban a brindar el cacao del velorio. Luego de que todo terminaba se devolvían los objetos del baúl de mortuorio.

Mamá Rojas era pobre a pesar de que trabajaba mucho, pero no era parecida a las Espinoza que tenían sus casas con sus vitrolas, con sus muebles, con sus camas de cuerpo alto, como se le decía a las que llevaban el mosquitero. Esas casas tenían camas de lujo. La casa de mamá Rojas no tenía esas camas hasta allá, tenía su cama de más pobre, su catre, pero lo que sí tenía era su baúl de mortuorio, porque ella no necesitaba pedir esto prestado. Lo tenía y se lo prestaba a cualquiera que fuera más pobre. También mi tía Cachón, Cachón Arcia, tenía su baúl de mortuorio. A las telas con que hacían eso, que eran telas blancas, no le decían estopilla sino género blanco,

polán. Se distinguía la colcha y la sábana. Sábana era la que era blanca, pero la colcha era la que tenía flores, entonces había distinción dentro de las cosas en que uno dormía, entre la colcha y la sábana. A las telas del baúl de mortuorio se les decía género blanco, género o polán, y la vendían en la tienda de los Carrera, y también en la tienda de Benito Espinoza. Después que ellos se fueron de Cariaco, la tienda de Domingo Navarro, el papá de Gastón Navarro Dona, que vivía en la esquina cerca de la casa de mi papá, vendía esas telas.

La gente importante toda estaba en la calle Larga. Los Carrera, los Salaverría, los Ramírez Salaverría, los Acosta Padilla, los Mata, los Rangel, los Rivas, los Villegas, la gente de Penzo. Allí donde está el banco había trapiche, había alambique, había una cuadra completa de casas y todo el que venía de fuera llegaba a los cuarticos. Cuando preguntaban:

—¿Dónde estás?

— En los cuarticos de Anuncia Mariani —respondía la gente, porque eso era de Anuncia Mariani, y eran cuartos que se usaban especialmente en tiempo de la fiesta de San Felipe, todos esos cuarticos cogían gente.

Los Mariani eran corsos, gente corsa, esos eran gente de verdad. Los Mariani y los Pietrini que vivían en la calle Larga. Los Borgeles eran turcos, entre los Ramírez y la gente de Andrés Eloy Blanco, los Blanco Salaverría, los Blanco Ramírez, los Ramírez Sandiú, los Vásquez Ramírez. La calle Larga era de la gente rica, y como dice el dicho, que de las sobras de un rico vive un pobre, tal vez ahí se quedó la gente de mi papá, metiditos dentro de su casita y ahí nos criamos con el viento de los ricos, estando cerca de ellos.

Mamá Rojas no era la mamá de la mamá de mi papá, Francisco Javier Ramírez, no era su abuela, su relación familiar era otra. Siempre oía decir que mamá Rojas y mi abuela Francisca Antonia Ramírez vivieron juntas, que fueron dos mujeres que vivieron juntas y ahí se quedaron, entonces mi abuela murió y dejó sus hijos y mamá Rojas se los acabó de criar, y nosotros la encontramos como la abuela. Allí en esa casa había catres, chinchorros, allí vivía mi mamá, vivía mi tía Luisa, vivía mamá Rojas y yo, mi papá y mi tío Jesús Ramírez, porque en ese tiempo a Pío Ramírez yo no lo conocí. Tampoco a la mamá de mi tía Rosa yo la conocí. Yo era chiquita y mi hermano Manuel también. Él no vivía allí, pero llegaba allí. Como era hijo de mi papá, siempre llegaba donde mi tía Luisa, donde mi mamá, y así nosotros nos criamos pegaditos, porque a él lo crió otra abuela que se llamaba Norberta Vallenilla.

La casa tenía dos cuarticos y yo siempre usaba un chinchorro de moriche. A uno le compraban su chinchorro y dormía en chinchorro, el que no, dormía en su estera. Las casas no tenían piso, hacían una tarimba de palo y, como cualquiera tenía en el cuarto su tarimba y su estera puesta, ahí dormía. Esas tarimbas se hacían como si fuera a prepararse un fogón. Cuatro horquetas enterradas y los palos que llevan por arriba lo amarraban con bejuco, y le ponían su estera, no muy alto como una cama, pero los palos clavados en la tierra. Cuando el río crecía también usaban mucho la tarimba aunque tuvieran los catres y tuvieran eso. Usaban la tarimba porque ya sabían lo que el río llenaba. Con una tarimba grande en el cuarto se acomodaban arriba dos o tres esteras, y ahí dormían los de

uno y los que no eran de uno. A todo muchachito pequeño lo acostaban allí y cuando el río se metía en la casa al menos sabían sus padres que estaban en lo alto, que no se les iban a ahogar, porque el río vivía en el pueblo.

Mi abuela mamá Rojas también murió en esa misma casa, ella murió primero que mi mamá, como un año antes o dos años antes, pero murió de vieja porque ella tenía más de cien años. Cuando mamá Rojas murió le metieron en la urna todas las cosas que le pertenecían, toda su ropa, todo lo que había en el baúl de mortuorio y no hubo necesidad de comprarle nada. Yo no sé dónde enterraron a mi abuela, sólo me acuerdo de los rezos. Mamá Rojas era bien clara de piel y se le veían azulitas las venas de la cara.

Yo era Cova, yo no era Ramírez porque mi mamá no fue casada. Vine a ser Ramírez después que mi mamá se murió. Nosotros teníamos una tía en Saucedo que se llamaba Eustaquia Cova, que no era hermana de mi mamá sino su tía, porque mi mamá no tenía hermana, y al vernos huérfanos nos vino a buscar para que volviéramos con ella, entonces mi papá para no entregarnos a otros fue que nos reconoció a mí y a mi hermano Leoncio. A los dos nos dio el apellido Ramírez, porque siendo Ramírez éramos de él y nadie nos podía llevar.

Yo seguía haciendo maldades, y como todo el mundo se quejaba de mí comportamiento, el papá mío no hacía más que pegarme. A cada rato me daba una pela porque yo me agarraba con cualquiera, con el que fuera, yo no tenía en cuenta si resultaba más grande que yo ni nada para fajarme a pelear. Sea hembra o varón, yo a la hora de pelear lo hacía con cualquiera. Andaba más con los varones que con las hembras,

porque veía más sinceros a los varones. Las hembras no, las hembras por chismosas casi siempre se la pasaban vendiéndome, y por culpa de ellas yo aguantaba mucho palo. Con los varones, en cambio, yo hacía maldades y siempre estaba bien con ellos, especialmente con Justo que era mi primo hermano, el que me acompañaba en las maldades. Yo salía a vender arepas con Justo, salía a vender las arepas de Isabel Marcano, salíamos los dos. Ella le ponía una totuma a él y otra totuma me la ponía a mí, pero yo ahí mismo vendía las mías y él andaba tranquilo y no vendía las arepas, entonces yo tenía que darle mí totuma vacía a él y quitarle su totuma llena de arepas y vendérselas. Después que yo vendía las de él, que íbamos llegando a la casa, yo le decía:

—¡Párate un momentico Justo! —y en seguida le metía un cocotazo en la cabeza.

—Para que no seas zoquete, porque sales a vender arepas y quién te las vende soy yo.

Él me zumbaba la totuma en el suelo, y nos agarrábamos en una pelea antes de llegar a entregarle a Isabel Marcano la cuenta de las arepas. Él llegaba llorando y yo llegaba tranquila, pero ya sabía que me iban a dar palo por haberle pegado a Justo, y así era casi siempre.

Un día se atravesó un policía que se llamaba Antonio Pinto, y al que mi papá le había dicho que, cuando me viera en la calle haciendo maldades me agarrara y me metiera dos correazos, y yo estaba dando como un mitin, hoy es mitin, antes decían «¡fulano va a predicar!», eso fue sobre unas maderas que estaban amontonadas donde llamaban el patio de Luis Márquez. Me encaramaba ahí y empezaba a hablar de

toda pendejada un poquito, y la gente se ponía a oírme, como si de verdad estaban en una reunión y llega el policía Antonio Pinto y me dice delante de todo el mundo:

—Mira muchacha, te bajas de ahí, que el compadre Javier me dijo que te metiera dos correazos.

—Mejor me da tres, los dos que él te mandó y uno más por cuenta tuya —así le contesté.

Él se quitó la correa del pantalón y empezó a subir la madera para castigarme, y como yo me estaba comiendo un cambur zumbí y todavía cargaba la concha en la mano, salí corriendo con todas mis fuerzas de arriba abajo, y cuando voy pasando junto a él le pegó bien duro esa mano con todo y concha en la cara, y salí corriendo por un lado y él se bajó por otro derecho a la casa de mi papá a ponerle las quejas, y ahí mismo me buscaron y me dieron una pela con chaparro, pero a mí eso no me hacía nada.

Yo vendía arepas para ayudar a Isabel Marcano, la señora donde me fui a vivir cuando muere mi mamá. Me quedé viviendo con mi papá en la casa de Isabel Marcano en la Calle Bolívar. También viví con mi tía Goya tres meses en la calle Carabobo. Él siempre se iba para el conuco que tenía y, los sábados al llegar, dormía en su casa en la calle Larga, luego iba a buscar su comida en casa de las Marcano donde yo estaba. Yo salía a vender las arepas que hacían las Marcano y a veces, cuando hacían turrón, salía a vender turrón. Al amanecer, iba con mi primer viaje de arepas para el desayuno, después al mediodía salía a vender las del almuerzo y en la tarde a vender las de la cena. En ese tiempo el maíz de hacer la arepa se molía en piedras y quedaban blanquitas las arepas, y fue por esos

días que llegó a Cariaco la máquina de moler, y las Marcano tuvieron máquina, pero decían que las arepas no quedaban iguales, y después de moler el maíz en la máquina volvían a pasar la masa por la piedra, porque ellas decían que la piedra era la que le daba el gusto a la arepa.

Cuando yo salía a vender en Cariaco ya a mí me esperaban, porque esas arepas de las Marcano eran unas arepas con preferencia, esas arepas las probaba todo el mundo. Vendiendo esas arepas fue que conocí al Doctor Rojas. Él vivía en la calle Larga, en la casa donde vive hoy la señora Emiliana Pazos, donde está la carnicería, donde es la zapatería, él vivía justamente en un cuartico que estaba donde hoy está esa zapatería. Allí había una ventana alta, grande, una ventana que quitaron después para remodelar la casa, y por esa ventana él me llamaba y me compraba mis arepas, y le gustarían porque cada vez que yo pasaba él siempre estaba esperando en la ventana las arepas. Me decía que si alguna vez yo pasaba y no estaba en la ventana, lo llamara. A veces me compraba mis arepas en la mañana y en la tarde, otras veces me pagaba la arepa, pero no la cogía y me decía:

—Cómete hoy la arepa con tu hermano —porque me veía con Justo.

Y yo le repetía que ese no era hermano mío. En el pueblo comentaban que el Doctor Rojas estaba pagando cuarta parte, así decía la gente, que estaba pagando ciudad por cárcel, porque estaba preso allí en el pueblo. Era un señor ojón, alto, blanco, tenía unos ojos que le saltaban. No sé de dónde traerían a ese doctor, yo lo que sí sé es que de por aquí no era, él tenía un tipo de hombre andino, y andino también era

Pacheco Torres, el Jefe Civil del pueblo. En ese tiempo Héctor González era el secretario del Jefe Civil.

Un día de esos que yo pasé por la calle Larga con mis arepas, él estaba acomodando sus cosas en una capotera y yo le hablaba por la ventana:

—Señor, señor, aquí está la arepa.

—Vete y llévate a tu hermano. Vaya donde su mamá y dígale que con eso compre el maíz y que no la mande a la calle —dijo nervioso desde la ventana mientras agarraba la punta del paño con que yo cubría las arepas, echó cinco bolí- vares y los amarró en la tela.

Le volví a contestar que ese no era hermano mío y que yo no tenía mamá, y él me repitió:

—Bueno, llévele ese dinero a la señora que la manda a vender. Vaya, vaya ligero, haga lo que yo le indico.

Yo cogí el dinero y me fui y llegué a la casa y le expliqué eso a Isabel Marcano, entonces Isabel Marcano lo comentó con Ana Acosta, vecina de las Marcano, y cuando están hablando ellas dos del mismo asunto se escucha el primer tiro, el segundo tiro, los otros tiros. Bajo una mata estábamos Justo, yo y Reina que veníamos de vender las arepas, en el momento en que se acerca Gaspar Salaverría y le pregunta a Ana Acosta:

—Mamá Ana, ¿Por aquí no pasó Pedro Llendi?

Y ella le dijo que no, y él le volvió a preguntar a Ana Acosta:

—¿Confío en su palabra?

—Sí hijo, confía en mi palabra que por aquí no pasó.

Ya Pedro Llendi iba quemando aceite con todo y pote por ahí. Ocurre que ese Pedro Llendi era el único policía del

pueblo y el Jefe Civil lo mandó a comprar cinta negra para enlutar la bandera nacional cuando se supo de la muerte del General Juan Vicente Gómez. Fue ese el momento que aprovechó Pedro Llendi para huir del pueblo donde era el único policía y hacía de todo. Tenía que barrer, buscar la gente presa y hacer los mandados del Jefe Civil. Los muertos fueron Héctor González, secretario del Jefe Civil y el propio Jefe Civil Pacheco Torres. A ese lo mataron primero, en la puerta de la policía le dieron el primer tiro, y después de ahí es cuando Mestrocarlo hace una hamaca y lo saca en hamaca, y es cuando Gaspar Salaverría le habla a Mestrocarlo frente a la Iglesia y le dice:

—Déjeme ayudarlo maestro, porque usted está muy viejo.

Cuando hace las veces de que va a coger el palo de la hamaca, entonces le dice a Pacheco Rojas:

—¿Todavía estás vivo? —y ese momento le dispara, le da el tiro por la boca y le vuela todos los dientes de oro que tenía.

Ese Gaspar Salaverría fue el que acabó de matar a Pacheco Torres. Gaspar se pierde del pueblo, huye también como el Doctor Rojas, pero antes de irse el Doctor Rojas se encuentra con Héctor González, el secretario, cerca de la casa de los Carrera. Héctor le pregunta:

—¿Qué pasa?

—Tu jefe está muerto y no te metas que no es contigo —le contesta Gaspar Salaverría.

—Donde muere mi jefe muero yo — responde Héctor González —y tras la respuesta el Doctor Rojas le dispara primero. Allí cayó y de allí lo recogieron muerto.

A los dos muertos los velaron en la casa de Mestrocarlo esa noche y al otro día los enterraron. Más nunca se supo del Doctor Rojas, él huyó por Catuaro. Ese mismo día quemaron los libros en la policía y en el Registro Civil. Cuando yo me voy de Cariaco ya tengo mis ocho años y me voy porque Carmen Morales, que era familia de mi mamá, me pide. Maíta Negra, que era la mamá de Carmen Morales, era hermana de mi bisabuela, María de la Paz Bárcenas, por ahí viene el parentesco. Esa señora Maíta Negra tenía rayanza de coco y allí rayaba mi mamá. Rayaban coco para sacar bagazo y engordar los cochinos y el aceite del coco se vendía en el Muelle para las fábricas de jabón. Maíz, yuca, auyama y algodón era lo que sembraba mi papá en su conuco. El algodón se cogía bastante y se le vendía a los Carrera que tenían desmotadora. También se le vendía a Agapito Díaz.

Después que muere mi mamá, papá se pone a vivir con una señora llamada Carmen Romero que llegó a tener una hija de mi papá, pero la mujer esa, Carmen Romero, también tenía otros hijos que no eran de mi papá, y entre ellos tenía una hija llamada Julia que tampoco era de mi papá. Esa Julia una vez me zumbó encima una cuchara con brazas, que casi me iba quemando, me di la vuelta con una buena piedra y le grité:

—Tu mamá te llama, Julia.

Cuando asomó la cabeza se la rajé de una sola pedrada. Entonces corro para la casa de las Marcano, donde llegaron a decir que yo le rompí la cabeza a Julia y le saqué sangre. La pedrada se la di en la misma casa donde yo nací. Allí se quedó viviendo mi papá con esa tal Carmen Romero, y después esa mujer se murió en Caripito.

Mi madrina era Sabina Guzmán y todavía recuerdo cuando ella se fue de Cariaco. Me buscaba mucho porque yo era la ahijada más solicitada por ella. Mi madrina como partera fue una señora muy nombrada y se encontró el folklore, aunque antes no se usaba la palabra folklore, porque todo eso que ahora llaman folklore era la cultura de nosotros, las costumbres de nosotros, era lo más querido de nosotros. Ella fue quién dejó todo eso fijamente en el pueblo, y por eso sería que reencarnó tan claro en mí, porque ella antes de su muerte era muy allegada a mi persona. Cualquier cosa que me suceda con algo, yo le pido a mi madrina muerta desde hace años y la tengo seguro a mi lado. Yo la veo siempre con sus risotadas, y otras veces muy seria. Por eso también, cuando hice ese curso de partera con los médicos, yo que no tenía ni primer grado, le dije a la doctora Livia de Monasterios que lo haría por práctica, y ella me consintió en el dispensario y así hice mi curso, como si yo tenía un sexto grado aprobado y podía trabajar en una enfermería. Después iba cuando llamaban al médico y el médico me llevaba a cargo de él. A la hora que él me decía ya yo ese parto lo tenía hecho, porque se me aparecía el espíritu de mi madrina Sabina Guzmán y me orientaba en todo. Nunca tuve un parto con dificultad, porque cuando yo iba, oía clarito lo que podía hacer, lo que debía de hacer. Yo no bebía sino solo café y tampoco comía antes de hacer un parto, porque si comía no oía. Yo no comía y la oía a ella clarito: «Ese parto no es tuyo», «Pide carro», «Haz tal cosa». Oía la voz de mi madrina Sabina Guzmán que me hablaba, todo lo veía clarito y todavía yo todo lo sigo viendo claro.

Cuando Sabina Guzmán se fue de Cariaco, yo estaba pequeña, y después con el tiempo murió fuera de Cariaco. Ella vivía en la misma calle Larga, donde está ahorita Ernestina Ramírez, por allí, muy cerca de la iglesia, y como ella vivía en la misma calle, era allegada a mi papá, que también era su compadre muy solicitado por ella. Ella cantaba mucho aguinaldo, era quién cantaba los serenos, ella bailaba una osa, ella bailaba los monos:

♪ Allá van los monos
 ¡sí!
 todos sin camisa,
 la mona más vieja
 ¡sí!
 se llama Patricia ♪

Esa era ella misma porque ella se llamaba Sabina Patricia. Casi todo el pueblo era ahijado de ella, porque casi siempre a la comadrona se le dice comadre. Es la partera, y todo el que nacía del parto de ella era su ahijado, porque esas son las primeras manos que tocan al niño al nacer, y allí está el sacramento, en las primeras manos que se le ponen a un niño, porque su mamá no se las pone, quién se las pone es uno la comadrona, es la que le pone las manos, uno limpia a ese niño y le hace de todo. Yo la vi a ella por primera vez, después de muerta, en una ocasión en que tuvo mi hermano un problema conmigo. Leoncio mi hermano me despachó de su casa porque a él le dio la gana. Dijo unas malas palabras y yo le pregunté:

—¿Es conmigo?

—¡Sí, es contigo! —me respondió molesto.

Esas malas palabras me las dijo mi hermano menor y mi compadre, porque yo soy madrina de un hijo de él. Entonces yo le contesté:

—¡No vayas a divertir a Carrizal de la Cruz conmigo, porque yo te desocupo tu casa ya!.

Era una noche oscura y estaba lloviendo, y me salí fuera de la casa para sentarme bajo una mata de ciruela. Allí comprobé que muerto si sale. En esa noche mi madrina Sabina Guzmán se me apareció después de muerta. Ella me dio su nombre, y me echó la bendición y me dijo, «¡Coge el pueblo!».

Esa noche en que mi hermano Leoncio me despachó de su casa fue para mí una mala noche, una amarga noche, porque tenía mis hijos chiquitos y aquella noche pensé de todo, por eso digo que algunas veces hay personas que se matan y otras que se preguntan, «¿Por qué se mató fulano si no tenía necesidad?», pero nadie sabe de los problemas de otro.

Esa noche yo pensé de todo, y tan pronto pensaba una cosa como ahí mismo pensaba en otra, bien que no debía de hacer tal cosa, no debía de hacer esto. Me salí de la casa de mi hermano Leoncio, pero en ese momento no podía despertar a mis muchachitos porque estaban chiquitos y ¿A dónde yo me iba a esa hora de la noche? Tenía meses viviendo allí con ese hermano mío, fue después que mi hija se enfermó y yo me fui al Carrizal de la Cruz, ahí a esa casa donde vivía ese hermano, ahí fue que esa señora madrina mía Sabina Guzmán, que ya había muerto, se me apareció y me dijo, «Yo te voy a ayudar. Por la mañana párate, hazles café a tus hijos, diles que no te

toquen nada de lo que tú trajiste que eso te va a servir para darle de comer fuera de aquí. Yo te voy a ayudar». Ella no me dijo a qué, ni cómo. Por la mañana yo salí, llamé a Petra, una prima hermana mía y le pido:

—Dale qué comer a los muchachos y no me toquen nada de lo que hay en esa ponchera que yo voy al pueblo y vengo.

Cuando estaba en el camino me encontré con otro señor que también es familia mía, un señor llamado Julio Bejarano, él me preguntó adónde yo iba y le contesté:

—Voy a Cariaco a hablar con mi tío Isidro a ver si me da la casa de mi tío Juan porque me quiero venir al pueblo.

—¿A ti no te gustaría vivir en Las Manosas? —me dice.

—A mí me gusta hoy lo que sea, porque no quiero irme más para El Carrizal de la Cruz —fue mi respuesta, pero no le expliqué cuál era mi dolor ni lo que me estaba sucediendo.

—Vete a Las Manosas, y en la casa número once empuja la ventana y después abres la puerta y lavas esa casa y te pones a vivir, pero eso sí, me dejas mi pedacito para yo guardar unos sacos —y justamente esa era la ayuda que yo necesitaba.

Esa fue la ayuda que me dio mi difunta madrina Sabina Guzmán. Ahí en esa casa de Las Manosas me puse a vivir y ahí di a luz a Guillermo y di a luz a Ángel. Cecilia la menor no nació allí, porque la fui a parir a Carúpano, eso fue cuando estaba Socorrito envenenado. Estando ahí, en Las Manosas, fue que hice el curso de partera en Cariaco, estando ahí yo me ayudé matando mis cochinos y mis chivos y salí a Cariaco a planchar. Tuve otra vida.

Después de estar en Las Manosas fue que decidí venir-me a La Reforma. Aquella noche en que se me apareció mi

madrina Sabina Guzmán seguía la lluvia. Yo estaba embarazada para tener a mí hijo Guillermo. La vi a ella, vi a una mujer con todo, eso sí, cuando los gallos cantaban yo dejaba de verla y cuando terminaban esos gallos de cantar ella volvía otra vez adonde estaba yo. Ella se sentó al lado mío, pero yo no la toqué ni nada, ya cuando ella se iba que era oscuro, pero todavía no estaba amaneciendo, ahí fue que me dijo, «Dios te bendiga, yo soy tu madrina, yo te voy a ayudar».

Cuando voy a componer una comparsa, que tengo cualquier cosa, yo la llamo y enseguida el juicio se me pone clarito y allá va esa comparsa a ayudarme en lo que sea. Yo nunca he tenido dificultad. El hijo mío, el grande, Socorrito, él creía que era el señor Félix quién me hacía las composiciones, y todavía él no sabe de dónde a mí me nacen esas composiciones, y es así como yo poseo a mi madrina Sabina Guzmán y ella me posee a mí. Eso tiene años ocurriéndome, encontrándonos las dos siempre en las mañanas. Así son esas cosas de este mundo que uno lleva sobre las espaldas. Yo, por ejemplo, no santiguo y a veces sé que he santiguado a cualquier muchachito, a cualquier persona grande, que le he visto tal y tal cosa. Le he puesto la mano y sé que lo he santiguado, y a mí me preguntan:

—¿Tú sabes santiguar?

—No, yo no sé santiguar. Yo curo, pero yo no sé santiguar —respondo.

Dicen «fulano tiene un espíritu guía», y yo tengo mi espíritu guía que es esa difunta Sabina Guzmán, por eso yo le digo a mi gente:

—Miren, no digan ni esto, porque todo lo que ustedes dicen yo lo sé, lo que ustedes murmuren yo lo sé, quédense

tranquilos que yo lo sé —y es así, porque cualquiera que diga algo, ahí mismito yo lo sé.

No conozco el sitio donde está enterrada Sabina Guzmán, creo que su cuerpo quedó por la Gran Sabana, bien lejos de aquí. Ella no dejó hijos. Nunca a mí se me ha puesto fumar, y pienso yo que debe ser porque ella no fumaba, porque los espíritus que beben son espíritus que beben, y si le llegan a una persona, aquella persona también bebe ron, y yo, por ejemplo, nunca he bebido porque mi madrina Sabina Guzmán nunca bebió. Vendo cervezas y no bebo. Cuando le pido por algo allí mismo la siento cerca. La llamo cuando voy a hacer los partos y ella me ayuda. Yo paro sangre. A cualquiera que tenga un chorro de sangre por algo yo le pongo el dedo y se le para, hay unas palabritas que son pocas, pero las hay. Cuando surgen problemas de placenta, que los niños no vienen bien, se usa la oración de la Virgen del Carmen. Un parto de nalgas no es igual que un parto de cabeza o un parto de pie, porque si eres, vamos a suponer, una mala partera y vas a jalar ese pie, tú vas a partir a ese muchacho, pero si coges ese pie y te fijas cuál es, si el derecho o el izquierdo, entonces calculas y tratas de buscar el otro pie y lo consigues y lo traes derecho para hacer un parto de pie con la mano enguantada, que es como hago yo, porque antes no, antes era pura suerte, y es verdad. Antes las parteras metían las uñas de las manos, más largas que las uñas de una cabra, y con esas uñas se atrevían a hacer de todo. Yo no, yo las parteo bien y las inyecto igual que un médico.

El parto de pie es un parto difícil. Se debe tener juicio de lo que se está haciendo, porque si no se puede matar a ese muchacho. A mí me ha tocado mucho hacer partos de pie,

eso sí, siempre con mis guantes porque sin guantes yo no le trabajo a nadie. Acuesto a las mujeres y las parteo, pero los míos, los que yo he tenido, han sido como los de las chivas. A ese Gilberto el “Pibe” hijo mío, a ese que le dicen el pavo de Guillermina, yo lo parí en medio de una fiesta. Estaba sentada con mi barriga viendo la fiesta y me llegó una mujer llamada Mercedes Jiménez y me llevó un pedacito de cachapa, pero cuando me iba a meter ese pedacito de cachapa, el muchacho me dio un salto remolinero en la barriga y enseguida sentí que era de novedad y me paré. Cuando me paro tengo un dolor demasiado grande y me vengo de espaldas y en la puerta se me salió el muchacho. Así parada como estaba caminé, lo puse en la cama, lo limpié, hice todo lo demás, me lo acomodé en un trapo y salí a la puerta de la calle y le grité a Mercedes:

—Mercedes, Mercedes, ¡ven acá!

—¿Qué fue Guillermina, qué te pasa?

—Mercedes, por favor, corre adonde la comadre Vejé y dile que tuve un muchachito para que venga a cortar su maruto.

Mercedes salió corriendo por el mismo fondo a buscar a la comadre Vejé que es la mamá de Tirso Caraballo, uno al que yo le digo mi hermano y al que mis hijos le dicen mi tío y del que sus hijos me dicen a mí mi tía. Yo le digo mi hermano a él, pero nosotros no somos hermanos. Vino la comadre Vejé, le cortó el maruto al muchachito y lo terminó de acomodar.

Yo no sé cuántos partos he hecho, ya perdí la cuenta, parteaba hasta con la barriga grande. Empecé a partear después que estaba en Las Manóas, en El Carrizal de la Cruz. Parteaba por todos esos campos, parteaba en Aguas Calientes, parteaba en Sampayo, parteaba en La Funcia, parteaba en Los

Bajos, parteaba en Quebrada de Tigre. Me venían a buscar en bestia y me encaramaba en mi bestia, y allá iba. En Campoma hacía dos y tres partos el mismo día igual que en Las Manosas. Atendía un parto en una casa y al acabar de salir me metía en otra casa a hacer otro parto, y otro. En Cariaco antes pagaban cuatro bolívares por un parto, pero a mí me pagaban veinte y treinta bolívares, después cuarenta y cinco, y después establecí que un parto era un parto y que nada tenía que ver el que naciera hembra o varón, porque la hembra la pagaban por menos. Por ejemplo, por un varón pagaban diez bolívares, pero si era hembra pagaban ocho.

Cariaco no tenía tantas casas ni tantas calles, eran tres calles nada más, que eran calle Sucre, calle Larga y calle Las Flores. En la calle Las Flores, en la última casa, era donde hoy está la bodeguita de Verónica. Esa era la última esquina y allí hoy está la Compañía de Teléfonos. Esa era la casa de mi tía María del Carmen Ramírez. Ya todo lo demás es nuevo. Esas tres calles no eran muy largas. Había otras callecitas como la calle Bolívar y la calle donde nació José Francisco Bermúdez. Ya después fue que se habló de La Rinconada, que pasó a ser un barrio nuevo. La calle Carabobo también era hasta la esquina donde está la Compañía de Electricidad. La calle La Palencia era un pedacito de calle, y por dónde hoy vive María Quintero le decían la calle de San Felipe, porque por allí pasaron a San Felipe en hamaca cuando lo desembarcan en el Muelle de Cariaco. Por ese punto, entrarían al pueblo los españoles que lo bajan del barco y lo traen en hamaca como a un enfermo, como a cualquier humano. Lo meten en la iglesia y lo ponen en un altar.

En Cariaco no había carro, los primeros carros que llegaron a Cariaco eran de un italiano llamado Roger y del General Torres, quienes tenían unos carros que andaban con pedal y los cargaban por piezas para mover a ese general, aunque el primer carro que yo vi en Cariaco fue un camión que mandó Juan Vicente Gómez con los presos que fundaron a Guasina, y que enfermarían en aquella cárcel. Ellos llegaron a Cariaco en un camión, llegaron a morir en su casa, tal cual mi tío Jesús que yo no conocía porque él llevaba ocho años preso en Guasina. Vine a conocerlo cuando él regresó de Guasina en el camión. Vi el camión y corrí, y le dije a mi tía Rosa:

—Tía Rosa, allí hay un coroto que tiene baranda, que tiene cadena y viene con una gente que está vestida de amarillo.

Ella salió y vio que mi tío Jesús andaba en ese lote. Cuando lo conocí estaba ya enfermo. Llegó con una fístula que tenía en la mano y fue uno de los pocos que no se murió, porque un señor llamado Juan Flores, que sacaba fístulas con palabras le rezó la mano, le sacó la fístula con oraciones y vivió muchos años. Esos Flores todos sabían palabras secretas, el señor Blas Flores, Blasito, Juan Flores. Ese fue el primer carro que llegué a ver en mi vida, y para ese tiempo yo oía que hablaban de los carros, pero nunca había visto uno hasta ese momento en que conocí a mi tío Jesús Ramírez. Escuchaba decir que los carros estaban en Caracas y que había algunos que iban a pasear a pueblos que no eran de Venezuela, como los que llevaban a la gente a retratarse en camellos, tal cual los Carrera. Los Carrera tenían fama, tenían dinero, porque ellos eran los que industrializaron las desmotadoras en Cariaco, y decían que ellos eran unos de

los que se habían montado en carros. Aquel carro que trajo a mi tío Jesús desde Guasina era amarillo, igual que toda la gente que traía, toda esa gente venía vestida de amarillo. Esa era la gente que llegaba a Cariaco. Eran como veinte hombres y muchos no se acordaban de dónde eran, si tenían familia aquí y a quién buscar. Mi tío Jesús después que habló con nosotros nos refirió que en ese camión venían más hombres, pero que no aguantaron llegar a Cariaco, y se murieron en el camino de Guasina. Entonces los que se iban muriendo los iban enterrando en el cementerio que pudieran encontrar en ese trayecto, sin urna y sin más nada.

Después del camión que mandó el general Juan Vicente Gómez, yo vi otro camión, el del italiano llamado Roger. Era un camión que para llegar a Cariaco tenían que encadenarlo, le ponían unas cadenas en las ruedas para poder atravesar el charquero que había, porque este era el lugar del fango. Fue el tiempo en que vino a Cariaco un jefe civil de apellido Useche, quien salía a visitar las casas, y si lo agarraba la creciente entonces llamaba a los hombres para que se zumbara al agua y atravesarán la creciente del río con él en hombros. Llamaba a cualquier varón y le decía:

—Usted está citado, venga para que me pase en hombros al otro lado de la calle —porque en ese tiempo las calles eran hondas para dejarle pasó libre al río, y las calzadas eran de piedra y palo.

El otro caso que yo llegué a ver fue el de un presidente de Estado que vino en su carro, y para que ese carro pudiera entrar a Cariaco hicieron el puente de Chamariapa, por eso a ese puente se le dice el Puente del Presidente. Ese carro vino

a Cariaco en tiempo seco, el presidente tenía ganas de pasear y llegó en ese carrito pequeño.

La calle Larga comenzaba donde hoy es la panadería, le decían la casa de los portales, y terminaba en la casa de los Carrera. Los Carrera estaban donde hoy queda el cine. Desde el cine hasta la casa de la Cultura todo era de los Carrera, que resultaban los más ricos del pueblo y tenían un radio que encendían en la plaza por las noches. Era el único radio que había en el pueblo. Allí, en la plaza, se reunía todo el pueblo de noche a escuchar ese radio, y entre la gente estaba el padre Brekelmans, holandés, quien era el único que entendía, porque la emisora que se captaba era en idioma holandés. Así fue como en Cariaco se supo primero que el General Juan Vicente Gómez estaba muerto, porque el padre Brekelmans lo oyó en holandés y se lo dijo a los Carrera que eran los dueños del radio. Les dijo que el General Juan Vicente Gómez tenía tres días que había muerto, ¡Tres días muerto y todavía estaba mandando en el país! A la mañana del día siguiente fue cuando empezó el movimiento en el pueblo.

La gente de Cariaco, acostumbraba siempre que la fiesta de San Isidro debía ser la fiesta de los agricultores. Así hay una Junta de San Felipe y una Junta de San Isidro. Entonces se adornaba a San Isidro con todas las frutas naturales que produce el pueblo, como decir mango, patilla, melón, caña, y la gente acostumbraba a sembrarle su granito de maíz en un pote, y colocaban esas maticas en el mesón. Hasta mazorcas con sus matas de maíz se le ponían a San Isidro. El mesón de San Isidro iba preparado con todo. Es la fiesta de los agricultores, y a ese San Isidro lo ponen desde el 1 de mayo en el

trono, una vez que han bajado a San Felipe, que es el patrón del pueblo. El día 15, después que bajan a San Isidro, ponen de nuevo San Felipe. Casi siempre garúa el día de San Isidro. Al lado de la Iglesia está un toco, una mata grandísima. Ese toco podía estar todo el año seco, pero al llegar el 29 de abril ese toco estaba hojeadito y florecido. Debajo de ese toco se alojaban los indios que venían de los cerros y las personas que iban a hacer sus empanadas. Ese toco estaba ocupado por quince días con esa gente, desde el 1 de mayo que empezaban las fiestas de San Felipe. Ya el 20 de mayo no había mesas de juego, ni ventas de nada, ni de carne de pollo, de carne de vaca ni de cochino.

Un padre que llegó a Cariaco una vez quiso tumbar ese árbol de toco y el pueblo le respondió que sabía por dónde había entrado a Cariaco, pero no se iba a dar cuenta por dónde iba a salir, porque ese toco no se tumbaba. Así fue que el padre le tuvo miedo a la gente del pueblo y el toco sigue allí desde que yo nací. Ese toco está sembrado al lado de la Iglesia. A San Felipe le hacen su misa en la mañanita, después en la tardecita le hacen su procesión. Antes se acostumbraba mucho La Salve y la hacía el padre por cinco bolívars. Cualquiera pagaba para que rezaran La Salve frente a su casa, cuando cargaran al santo en procesión en la calle, y el padre pasaba ese santo frente a la casa del que pagó y le hacía su Salve. Le rezaba. Ahora las salves se han terminado en el pueblo, antes no, antes casi todo el mundo le ofrecía. Por ejemplo, el que tenía una cosecha perdida le pedía:

—¡San Isidro, si mi cosecha se da, yo te voy a hacer una salve!

Así un año se le ofrecía y al siguiente se le pagaba. Los campesinos tenían fe en San Isidro, y a San Felipe se le ofrecían promesas por los niños enfermos, por las necesidades de la casa, por los ríos que salían. Toda la gente tenía fe, y el más complaciente de los padres que yo he conocido en este pueblo fue el padre Brekelmans. Ese era un padre que en su bolsillo llevaba mucho real a la iglesia y le daba al pueblo, porque el utilizó las costumbres del pueblo y se dio a querer con el pueblo. Él murió lejos de aquí, murió en Ciudad Bolívar y está enterrado en Cariaco.

Antes del padre Brekelmans yo conocí al padre Ramos y al padre Zuría, y antes de ellos había en el pueblo un padre Salaverría. Cuando llega el padre Brekelmans, Enrique Brekelmans, la Iglesia era de barro con su techo de teja y pilares de madera, y estaba en el mismo sitio donde está la de hoy. Lo más bonito de aquella iglesia de barro era el púlpito de madera dibujada, ese púlpito lo hizo el Señor Carlos Salazar, un trabajo fino que se conservó hasta que llega a Cariaco un padre muy odioso que hizo lo que a él le dio la gana. A ese padre le decían el padre narizón, porque tenía una nariz demasiado grande, pero después se la operaron. Ese padre vino a Cariaco haciendo todo lo que a él le pareció. A Brekelmans cuando murió lo metieron en la urna que le hizo Evelio Gómez, un carpintero de aquí de Cariaco que era muy ocioso con el padre Brekelmans. Si eran días de carnaval, Evelio Gómez salía a bañar al padre Brekelmans, y si el padre Brekelmans andaba en la calle, Evelio Gómez se escondía detrás y le halaba la sotana, y siempre el padre Brekelmans le andaba diciendo:

—A disuerte Evelio, respeta que a disuerte. Adonde me muera usted tiene que hacerme mi urna, así que trabaje bien su carpintería porque el carpintero de mi urna es usted.

Así fue que a Brekelmans no lo enterraron en cofre, como entierran a los ricos de aquí. Evelio Gómez le hizo su urna y se la fue a llevar a Ciudad Bolívar donde él murió, y de allá se trajeron a ese padre muerto. Evelio Gómez fue uno de los encargados de traerlo en la urna que le hizo. Lo trajeron y lo enterraron en la Iglesia. Cuando Brekelmans llegó a Cariaco no impuso ninguna ley, sino que se adaptó a las costumbres del pueblo. Cariaco, por ejemplo, acostumbraba las misas de aguinaldo en la madrugada, y él se paraba y hacía sus misas de aguinaldo a la hora que Cariaco las exigía, y él fue también quien hizo la iglesia de nuevo. Él era alto, un hombre en carne, un hombre feo, era holandés y por eso era feo, pero tenía sus ojos verdes. Él no tuvo mujer conocida en el pueblo, él decía «a disuerte» y las mujeres lo respetaban, pero hubo una mujer que era una de esas mujeres alegres, y él tuvo una cosita con esa mujer, y como ella se volvió casi loca, muy alborotada, en el pueblo se dijo que él la había maldecido, porque él, y que para estar con ella le dio veinte bolívares, y veinte bolívares más para que no lo dijera, pero ella el mismo día empezó a regar en el pueblo que el padre Brekelmans le había pagado veinte bolívares por el trabajo y veinte por no decirlo. Cuentan que él le echó una maldición, y después ella se tranquilizó y pidió perdón.

Brekelmans era ingeniero y en casi todos los trabajos que iban a hacer en Cariaco él siempre tomaba parte. En Cariaco los trabajos que hicieron en tiempos de Brekelmans

están bien hechos, porque todo lo que se hacía en el pueblo él lo vigilaba y si estaba mal decía:

—A disuerte eso está mal, a disuerte no se puede dejar eso —porque el usaba mucho esa palabra “a disuerte”.

Si él decía:

—A disuerte hay que tumbar esa pared, había que tumbarla.

Todo el pueblo lo quería, y él se va viejo y enfermo para Ciudad Bolívar, donde muere. Yo no sé cuál fue su enfermedad. El plano de la iglesia de Cariaco lo hizo él mismo y él mismo la fabricó con la gente del pueblo.

A Cariaco llegaron los gitanos haciendo suerte, y la gente los buscaba. Cualquiera que tuviera algo perdido, o que tuviera algún problema, acudía donde los gitanos en el tiempo en que ellos estuvieron en Cariaco. Con ellos se sabían los problemas de vida en el pueblo. Esos gitanos, que era gente alta y flaca, llegaron al pueblo con un corotero y unos muchachitos. Siempre andaban caminando por las calles de Cariaco y se hicieron muy populares, tanto que había una cantica de pilón que decía:

♪ Pareces una gitana
 lo que te falta es el moño
 y a la hora de la verdad
 eres el mismo demonio ♪

A veces llegaban varios gitanos, a veces llegaban dos, a veces llegaba uno. En ese tiempo en Cariaco la gente que llegaba de afuera se alojaba donde quisieran, y se podían quedar

en una casa de cualquiera, y era como familia del pueblo. Por ejemplo, la casa donde yo nací, una casa de media agua de la calle Larga, tenía esa propiedad de recibir al que llegaba, y el que llegaba al pueblo desde afuera, si le preguntaban dónde estaba, decía, «en la calle Larga», para referirse a la casa de nosotros, y en esa casa nacíamos gente por cantidad. Se recogía a todos los que éramos familia para que nacióramos allí. Las mujeres salían con su barriga y donde iban a parir era en la casa, la misma casa donde yo nací. Yo nací en esa casa y en esa casa nacieron cinco hijos míos, Socorrito, que es José Bautista, La Chía, que es Lucía, El Chipo, que es Francisco Antonio, María y Luisa, que son las únicas que tienen su nombre común. Ahí también parió mi madrina Juliana a Eudelia, su única hija. Parió mi madrina Cruz otro poco de muchachos. Juana también tuvo en esa casa otro poco. Ahí nacimos muchísimos muchachitos en esa casita de la calle Larga.

Los gitanos casi siempre se alojaban en la casa de Anuncia Mariani que es donde está hoy el Banco. En esa casa, que era grandísima, había un alambique y un trapiche, y la gente se alojaba por allí. Era un terreno inmenso en el medio del pueblo. Los gitanos llegaban con su capotera puesta en el hombro, sus bojotes. Mujeres y hombres usaban sus moños con una traperera guindando. Ellos le leían la mano a cualquiera.

En Cariaco había una esquina donde nadie hacía casa, ni nadie hacía nada, porque se le decía la esquina de las muertas. Allí degollaron a dos mujeres un 3 de mayo. Degollaron a la mamá y a su hija. Para ese entonces no había ladrón en el pueblo y según cuentan, la muerte fue causada por sus mismos familiares. En ese tiempo Juan Santos estaba chiquito y

dormía con ellas, que eran su abuela y su tía. Por la mañana él salió y le dijo a la mamá que su abuela tenía sangre, y como esa señora siempre echaba sangre por la nariz, creyeron que eso era lo que había visto Juan Santos. Eso fue allí donde estaba la policía. Esas muertes eran de familia. La esquina de las muertas se le decía a la esquina de la casa donde mataron a aquellas mujeres. Cuando los gitanos vinieron al pueblo, ellos dijeron quién había matado a las mujeres. Entonces fue que se descubrió que esas muertas las pagó quien no las mató, porque los que verdaderamente las mataron fueron al conuco de un pobre viejo que se llamaba Isidro, y allí mataron un perro y ensuciaron de sangre la ropa de trabajo del pobre hombre, y pusieron sangre en las paredes de la casa de aquel hombre y lo enjuiciaron. Aquel hombre se murió en la cárcel y los que verdaderamente habían asesinado a las dos mujeres nunca dijeron que las mataron, hasta los días en que vinieron los gitanos, porque como dice el dicho, «el tiempo cubre y descubre», y el pueblo supo que al que acusaron de matarlas no fue el que las mató, porque en esos días de los gitanos hubo uno en el pueblo que se volvió loco, y gritaba, «yo fui quien las mató», y todo el pueblo lo escuchó. Él estaba metido en un cepo, de esos en los que castigan a los locos, y gritaba:

—¡Yo fui quien las mató! Yo les puse un clavo en la garganta y les di con un martillo, porque así me dijo fulano de tal que lo hiciera. Él me pagó una parte por matarlas, pero me quedó debiendo otra parte.

Todo eso quedó en la misma familia y fue un 3 de mayo ese crimen. En Cariaco, casi siempre, las desgracias ocurren el 3 de mayo.

La Cruz del Misterio existe en Cariaco porque las mujeres que vivían en la hacienda La Reforma guardaban muchos misterios. Ellas eran de apellido Quintero, Marcolina y Mercedes. Esa Mercedes era hija de Marta Quintero y Marta Quintero fue esclava, y les decían la familia de las manumisas. Mercedita, la manumisa, tuvo un solo hijo llamado Juan que se volvió loco a los dieciocho años, y después murió sin conseguir juicio. A ellas de tanto misterio que tenían, uno nunca las vio preocuparse por ese loco Juan Quintero, sino que lo metieron en un cepo y en ese cepo murió, de allí no lo sacaron para nada. Para cortarle el pelo cuando lo tenía muy largo, el señor Félix mandaba a su mayordomo llamado Juan Díaz, y tenía que ir el propio señor Félix con una báculo para amenazarlo y poder cortarle el pelo. El señor Félix se preocupó más por el loco que las mismas manumisas que eran su tía y su mamá. Allí en la hacienda La Reforma, donde estaba el loco Juan Quintero, fue que las manumisas encontraron la Cruz, la encontró Mercedita que estaba barriendo. Encontró su Cruz y dijo que esa se la había reparado Dios. La adornó con papel de seda y de allí empezó a hacerle su Rosario, y a cantarle su velorio de Cruz de mayo, y a hacerle muchas cosas. A esa Cruz, la Cruz del Misterio, quien le pedía le reparaba sus milagros. Los campesinos le llevaban cochinos a las manumisas para que se los criaran a la Cruz, y así fue creciendo la fama de esa Cruz. La Cruz del Misterio en Cariaco tuvo real por demás, tuvo tanto real que prestó a la gente necesitada. La Cruz tenía su baúl y la gente venía de Caracas a traerle de todo. La Cruz tenía platos y cubiertos finos, tenía manteles bordados, tenía cortinas y mucho lujo. Aquel baúl

que se llamaba el baúl de la Cruz estaba lleno de dinero. A esa Cruz le hacían su fiesta el 3 de mayo que era su día en el calendario, y el 16 que fue el día en que la encontraron. Cuando las manumisas nietas de esclavas se murieron, la Cruz quedó en la casa de la señora Antonia Manuela, pero como la señora Antonia Manuela ha sido muy perseguida por la candela, y las casas de ella siempre se queman, entonces la pasaron a la casa de las Rojas. Entre las Rojas y el señor Francisco Alcalá consiguieron ese pedacito de terreno, y con el dinero que fueron recogiendo, y con la gente que las ayudó, hicieron esa capilla que es donde está ahora guardada. Las Rojas se ocupaban de lavarla, limpiarla, adornarla, ponerle sus cosas, y a ese lugar que antes se llamaba La Palencia se le dice hoy el sector de La Cruz.

Yo le ofrecí a la Santísima Cruz del Misterio que si uno de mis hijos, Socorrito, no se moría, le celebraría a ella sus fiestas. Socorrito trabajaba regando veneno para matar insectos de una siembra de tomates. El tanque de veneno él lo llevaba sobre sus espaldas, pero tenía sarpullido en la espalda y el veneno fue penetrándole al cuerpo. Ya al mediodía cuando él llegó al rancho mío, después de terminar su trabajo, me dijo que estaba regando veneno y yo lo mandé a lavar. Después que se bañó y se fue a hablar con su primo Heriberto y le preguntó:

—¿Tú me ves los ojos abiertos? —y él le dijo que sí.

—Bueno, a veces te veo y a veces no te veo —contestó Socorrito.

—¿Qué hacías tú? —le pregunta él, y Socorrito le explicó que estaba regando veneno.

—¡Socorrito, tú lo que estás es envenenado! —y Heriberto sale corriendo y le dice a su mamá, que Socorrito está envenenado.

Socorrito también sale corriendo y se va al rancho donde yo vivo y me pregunta:

—¿Mamá usted tiene aceite de castilla? ¡Yo estoy tonto!

—¿Tonto? —le contesté —no señor, tú lo que estás es envenenado.

Salgo corriendo y llego a la casa del hombre dónde Socorrito estaba trabajando y le pido a Marina, su mujer, que le bata ligero un vaso de leche a Socorrito porque está envenenado. Sigo más arriba y voy a la casa de un italiano muy servicial llamado Pepe Montes de Oca y le pido que me lleve con mi hijo al dispensario porque está envenenado, y él salió en su carro a buscar a Socorrito. Es el momento en que lo vienen bajando de mi rancho Heriberto y su mamá, y cuando el Doctor lo ve en el dispensario de Cariaco, lo que hace es mandarlo en una ambulancia al hospital de Carúpano para que lo vea un especialista, y en esa ambulancia salen con él a buscarme a mí a Las Manos para llevarlo a Carúpano. Me metí en esa ambulancia con una sábana y un jarro de leche que me dio un señor llamado Fidel, y una lata de aceite de castilla que me dio una italiana llamada Yolanda. Me metí en esa ambulancia con mi muchacho envenenado y con Heriberto, y una hermana de Heriberto llamada Oly. Todavía nosotros no íbamos ni a la mitad del camino de Cariaco cuando le comenzaron las convulsiones a Socorrito. Convulsiones que lo ponían como una rueda. La cabeza se le metía dentro de las piernas y todo el cuerpo se torcía, se volvía un nudo. Los ojos se le pusieron

grandísimos y le daba leche y aceite de castilla, leche y aceite de castilla. Oly lo veía en aquel estado de las convulsiones y lloraba y yo le gritaba:

—¡No lo llore Oly, que no está muerto!

Así llegamos a Carúpano. Le ofrecí a la Santísima Cruz que si mi hijo no se moría yo pedía a la gente lo que fuera y le hacía su velorio. Así que casi siempre pido y le hago su velorio a la Cruz, pero también todo lo que pido, yo lo doy. Lo único que vendo es una cerveza si la tengo, pero lo demás, ron, cacao, guarapo o carato, todo lo doy.

En el hospital el doctor que me recibió mandó a ponerlo en una camilla y dijo:

—Llévenlo al baño y échenle bastante jabón —y agarré yo misma ese jabón y empecé a fregarlo y fregarlo y fregarlo.

Cuando salí de fregarlo el doctor fue y lo inyectó, y yo fregando a mi hijo en esa camilla dentro de un baño bajo un chorro de agua. El Doctor lo vio y comenta:

—Voy a llamar a otro doctor que es especialista en estas cosas. Voy a llamar al Doctor Boada.

Yo ya había estado en ese hospital, y ese Doctor Boada había sido el padrino de una muchachita que casi se me murió, y le pedí a este Doctor que le dijera al Doctor Boada que era de parte de Guillermina Ramírez. Enseguida vino el Doctor Boada y lo hospitalizaron, lo pusieron encima de una cosa que era como un ascensor. Si se moría Socorrito lo pasaban a la morgue, y si no, ahí mismo lo bajaban para que yo lo recibiera. Total, él estuvo internado nueve días luchando por salvarse y se salvó. Él se envenena un 9 de mayo, y por eso yo adorno mi cruz ese día para cumplirle su promesa. Esos velorios se

los empecé a mi Cruz al llegar a vivir en La Reforma. Él se envenena un mes de mayo de 1969, estando yo embarazada de mi hija Cecilia.

Vamos de nuevo a la historia de Juan Quintero, el Juan ese, hijo de las Quintero, de las manumisas descendientes de esclavas, el hijo de Mercedita Quintero. Dicen que fue cuando él cumplió los dieciocho años que se volvió loco, y que fue porque un señor le dio un secreto para que se llevara a las mujeres sin enamorarlas, sin estar perdiendo su tiempo en enamorarlas y las mujeres se podían ir con él. Para ponerse en el secreto, el señor y que le dijo a Juan Quintero:

—Tienes que agarrar la paja del nido de un pájaro carpintero, que es un pájaro que hace sus nidos en la parte más alta de los árboles, y poner por la noche una sábana blanca en la tierra, subirte arriba del árbol, desbaratar el nido y utilizar la paja que caiga en esa sabana.

De acuerdo a las instrucciones, cuando Juan Quintero fuera a desbaratar el nido de carpintero en la noche, él no tenía que ver hacia la tierra donde estaba la sábana puesta, sino que, por la mañana del día siguiente, es cuando él volvería a buscar la paja que reposaba sobre esa sábana. Juan Quintero se subió en la mata, pero no hizo como se le dijo, porque los ojos siempre quieren ver. Total, que él desbarató su nido, pero vio hacia donde estaba la sábana y, en vez de estar la paja del nido del carpintero, vio al señor de las uñas largas que brincaba de una esquina a la otra esquina de la tela. Al ver aquello, Juan Quintero se bajó de la mata con su juicio malo y cogió la calle y empezó a cantar. Se volvió loco y nunca más durmió. Cantaba buenísimo, cantaba malagueñas y jotas, y de noche

el pueblo se dormía escuchando las canciones del loco Juan Quintero. Él era un negro bonito, un muchacho de dieciocho años ese que se quedó acompañado del señor diablo, y siguió loco hasta que se murió.

Aquí había muchos locos amarrados en cepos y había muchos casos de ese señor diablo, siempre se oía decir a la gente:

—Fulano está así porque está trabajando con el diablo, fulano vendió su hijo al diablo —y así los casos iban uno tras otro, y había mucho que hacer con el diablo.

La gente misma se vestía de diablo para el día de Corpus Christi. Se sabía que el diablo venía por un cacho de ganado o un caracol de mar que se soplara anunciando esa visita del diablo. Esos diablos se metían en las cocinas y salían con arepas, salían con pescados, con lo que encontraran de comida. Se veían diablos negros y diablos rojos y había diablos que aparecían con sus camisates, que era la ropa hecha de saco de harina que usaban los pobres. Esos camisates se pintaban de muchos colores, la máscara se hacía de cualquier cosa, de cartón, de tapara, de cuero, así se vestía la gente de diablo en este pueblo. Pedro Tomás Alcalá era uno, él bailaba el toro y se vestía de diablo. Ese señor murió. Otro era Pío López. Otro era Antonio Mayz. Pedro Tomás era famoso porque se volvía toro, él casi siempre pedía permiso en la policía porque los cachos eran afiladitos y puyaban a cualquiera, y se los zumbaba a los toreros matándolos a casi todos. Llevaba su comparsa de bastantes personas. Las mujeres en ese tiempo cargaban sus cabezas amarradas con turbantes, que no se les decía turbantes sino pañuelos. Esa es la historia que yo he vivido.

Antes había un canto que decía:

♪ Donde toca Morochito
y baila Carmen Adela
se oye el ruido de las alas
como paloma que vuela ♪

“Morochito” era un tocador de cuereta, de acordeón, que había en el pueblo y Carmen Adela era una negra que bailaba, que vendía ron, palitos de ron en las parrandas. Ella bailaba en las parrandas y aprovechaba a vender ron para reunir algunos centavitos. Antes el joropo se tocaba con cuereta que es esa música que llaman de acordeón, y también agarraban una caja de madera donde venía el jabón, y le daban golpes y ponían a tocar unas maracas, y eso era el joropo donde todo el mundo se metía a bailar. El que bailaba iba al golpe de ese tambor cuadrado de caja de jabón, aunque también se hacía un tambor de barrilito, de ese dónde se metía el ron. Picaban ese barrilito por la mitad y hacían dos tamborcitos.

Yo me acuerdo que aquí había una familia, los Catalán, que se fueron muriendo toditos, pero eran una gente de cabeza, que sin estudio lograban hacer bien todo lo que se proponían. Esos Catalán eran también Bejarano, hermanos de mi papá, Isidro Bejarano y Juan Bejarano. Eran Bejarano Catalán. Esa gente hacía los tamborcitos de barril, pero también hacían baúles, tallaban piedras, hacían todo lo que quisieran hacer. Eran entre negro e indio, porque mi abuelo era negrito, pero mi tía María era una india blancuzca y tenía otras costumbres, otra forma de hablar. La oía decir por las mañanas con una voz lenta:

—Yo pasé la noche mal con una puntá, una puntá en el dolor que no sé de qué es —y al poco rato uno la veía con un paño en el hombro y una totuma y jaboncillo.

Cuando se le preguntaba para dónde iba, ella respondía lento y con el mismo golpe en el hablar:

—Yo me voy a bañar por si acaso la puntá es de calor para que se me quite —decía como cansada y así hablaba mi papá también.

Después que mi mamá se murió mi hermano Leoncio se quedó con las Marcano, con Juana Marcano que era su madrina, y yo, la más grande, me fui con Carmen Morales y Félix Mata Marcano. Carmen Morales era medio familiar mío, pero Félix Mata Marcano no era nada. Félix Mata Marcano era tío de Monseñor Mata. Yo me fui con él a vivir a Catuaro, que no era un pueblo grande como Cariaco. Catuaro era sólo una cuadra, y en esa cuadra lo más famoso eran las procesiones que salían de la iglesia a las cuatro de la tarde y amanecían hasta el día siguiente en la calle. Eso era en la Semana Santa con un paso atrás y otro adelante. En ese tiempo la plaza de Catuaro quedaba hacia donde Luis Emilio, a un lado de la iglesia, antes del río. La procesión que salía de la iglesia llegaba hasta la casa de las cinco puertas, que era donde nosotros vivíamos. De allí cruzaba y llegaba a la esquina de la señora Amparo, y cruzaba nuevamente y llegaba a la esquina de Emilio Carreño. Seguía y volvía de nuevo a la entrada, que era la policía vieja, junto a la casa de las Chicote y de las Llovera, y del otro lado el cerro de la iglesia.

En Catuaro vivían indios y vivían hijos de indios y de negros. Esas indias pobres no le decían a uno yo tengo

hambre, sino que decían «Mira hijita consígueme algo, que tengo ese estómago ido, ido, ido», entonces, como yo era en la casa de Carmen Morales la que manejaba la cocina, yo iba y le daba su pedacito de pescado o su poquito de café. En esa casa de Carmen Morales había bodega, había arreos de burro que iban a Paso Largo, se enmanillaba tabaco, se empacaba. Había mucha gente trabajando con Carmen Morales y con el señor Félix Mata, y a él le gustaba criar mucho muchacho ajeno, a pesar de su carácter. A él le gustaba criar y me crió a mí, como crió a muchas personas que no eran nada de él. Yo me acuerdo que en Catuaro crió a una muchacha llamada Zenobia, a otra llamada Carmen del Valle Brito, a otra de apellido Mayz, a un muchacho llamado Isidro, a otro de Cariaco llamado Tomás Alcalá, pero había muchos otros. A ese señor Félix Mata no le gustaba el muchacho flojo ni con malas costumbres. Si encontrábamos algo él nos preguntaba:

—¿Dónde lo encontraron? —y mandaba a otro a preguntar dónde lo habíamos encontrado por si eso era de alguna casa y nos lo habíamos traído.

Por ejemplo, si yo le decía que me había encontrado una cinta, él inmediatamente me interrogaba:

—¿Dónde se la encontró?

—Frente a la casa de Benito —respondía yo.

—¿No estaría usted dentro de la casa de Benito? —me volvía a interrogar.

—No, yo pasé por la calle y la encontré allí —entonces él mandaba a otro muchacho llamado Neroncillo, a averiguar si era verdad lo que yo estaba diciendo, porque triste de mí si yo le había mentado, y así nos crió.

Por eso será que yo respeto todo lo ajeno y le enseño a mis hijos a que eso hay que respetarlo. Aquella casa donde yo vivía en Catuaro, la casa de las cinco puertas, era de barro y teja. Esa casa era grande y cogía toda una esquina, entre una cuadra y otra. Tenía muchos cuartos y allí mismo quedaba la bodega, y tenía un gran patio. El señor Félix tenía la sala de la bodega y la sala de su escritorio, donde vivió. Siempre estaba solito en su escritorio.

Allá, en aquella casa, yo barría y lavaba los trapitos de los muchachitos, pilaba por día seis kilos de maíz, porque me paraba oscurito y mientras la cocinera molía, yo pilaba. Después ponía la mesa del desayuno y la recogía. Así me agarraba el mediodía y seguía pilando medidas de maíz. Todo ese maíz lo pilaba en tres partes, hasta que me hice más grandecita y podía pilar esos seis kilos de maíz en dos partes. Eso era pilando y cantando:

♪ Para que trabajo yo
llega la muerte y me mata
y después queda con plata
aquel que no trabajó ♪

Había un señor de apellido Peñalver que cuando me oía pilando y cantando, se paraba oscuro y se sentaba del lado afuera de la casa, sólo para oírme cantar pilón, porque a mí siempre me ha gustado cantar, igual cantaba pilando que lavando. Yo hacía todo eso y atendía a los muchachitos, que eran dos grandes y uno chiquito. Lo que más me llamaba la atención de ese pueblo era su iglesia, porque cuando fui todavía el

Convento era Convento. Era un Convento de la época de los españoles que se cayó cuando yo estaba allá.

Yo fui a Catuaro en la Semana Santa y era de lo más bonita. Había veces en que llevaban curas y había veces en que no los llevaban. Los llamaban padres y había dos monjitas de las viejas que se quedaban y a las que les decían las padras de Catuaro, porque ellas se vestían como unos padres, y como la gente veía que eran hembras les decían las padras. Ellas hacían un rosario cuando la gente iba a salir de la iglesia con su santo y su tambora, porque las procesiones las sacaban solo con una tambora y nada más, y con esa tambora a la gente le daban el golpe de ir atrás y el golpe de ir adelante con su santo. Atrás y adelante, y por eso las procesiones eran muy lentas, porque iban paso atrás y paso adelante, y también usaban un golpe ligerito que era para mover el santo hacia los lados, así que las procesiones que salían por la tarde se metían al otro día sólo dándole la vuelta a la iglesia. El día más bonito era el miércoles, que era el día del Nazareno, ese día todos los indios bajaban de los cerros a ese pueblo. Después que esas padras se acostumbraron a sacar las procesiones de Catuaro con cantos, quedó la señora Petra Centeno. Ella fue la encargada de la iglesia y vivía en una casa con un patio muy grande. Allí jugábamos de todo, la pájara pinta, el arroz con coco, todo eso jugábamos con mamá Petra, que era como le decíamos nosotros a la señora Petra Centeno. En Catuaro, durante la Semana Santa, sacaban a todos los santos a la calle y ninguno se quedaba en la iglesia. En esa iglesia había el Niño Jesús, La Dolorosa, Jesús en el Huerto, Jesús Azotado, Jesús en el Sepulcro, Jesús de Nazareno y una Inmaculada

grandísima. Había tantos santos que parecía vicio. ¡Cómo de grande eran todos esos santos de palo! Los únicos pequeños eran dos Niños Jesús, uno más grande que el otro, con la bolita del mundo.

Catuaro tenía mucha gente buena, gente importante, gente de verdad como eran las Llovera, las Chicote, las Peñalver, las Mayz, las Brito, mamá Petra, los Vásquez, la gente del señor Luis Emilio Carreño, las morochas Rondón, Ramona Cova, Carmen Elena, las Sevilla, toda esa era la gente buena. También había indios dentro del pueblo, pero no eran muchos. Mayoritariamente llegaban de otros sitios. Llegaban de los lados de San Pedro, llegaban de Tarpa, llegaban de Berlín de Benito, que ese Berlín de Benito era un punto donde mi abuelo hizo un conuco. Cuando nombraban a las tierras lejanas decían que había un Berlín, y a mi abuelo Benito le gustó el nombre y bautizo el lugar de su conuco con ese nombre, Berlín de Benito. Después llegaron unos indios allí, hicieron unas casitas y se siguió llamando eso Berlín de Benito. Hasta hoy se le llama Berlín de Benito. Los indios vivían también en otros lugares nombrados Marbascuar, Abiscuar, La Peña. Ellos eran más chiquitos que nosotros los negros, tenían su pelo liso y cuando hablaban lo hacían con un golpecito muy diferente al de los negros, llamando siempre “compay” a la gente.

Cuando me vine de Catuaro tendría trece o catorce años. De Catuaro fuimos a temperar a La Concepción, y me quedé un tiempo largo en la casa del señor Venegas. Más de un año estuve en La Concepción. Allí había una hacienda, había un alambique, había un trapiche hidráulico que lo movía el agua,

una rueda grandísima quedaba dentro de un canal hondo y a esa rueda la empujaba el agua que daba toda la fuerza. En la Concepción yo barría, yo lavaba, yo cuidaba a los muchachitos, los paseaba, los atendía y los distraía en todo hasta que se dormían. Después aquello quedó bajo el agua, porque allí metieron la represa del Clavellino, un embalse de agua grandísimo. Todavía uno puede ir y ver dentro del agua una parte del torrejón del alambique, que eso era una chimenea muy alta, hoy día uno ve las cotúas paradas en medio del agua y es que están paradas en la punta del techo del torrejón. Eso existe. A La Concepción llegamos de temperamento con un muchachito enfermo que tenía la señora Carmen Morales. A ese muchachito lo vio un señor de Casanay y lo mandó a que lo llevaran a una parte donde hubiera bastante merey, bastante guayaba, una guayabita que hay y a la que uno le dice guayaba raizana, que es muy buena para el estómago. Ese señor de Casanay, de apellido Toledo, era compadre del señor Félix Mata y se fue hacia los lados de La Concepción. Me quedé más de un año cuidando al muchachito. De allí, de La Concepción, me vine a Cariaco nuevamente porque mi papá y mi hermano Leoncio estaban con paperas. Cuando dispuse irme de nuevo con el señor Félix Mata y con Carmen Morales, ellos habían tomado la decisión de venirse a vivir a Cariaco frente a la casa de mi papa, mi casa natal, y yo entonces le hacía a mi papá su comidita y arreglaba su ropa, pero siempre seguí con Carmen Morales, porque ella y el señor Félix Mata me entendían a mí, pero mi papá no.

Manuel Vargas fue el tatarabuelo mío, fue un señor que provenía de españoles. Sus padres fueron nacidos en España

y él resultó un muchachito muy tremendo al que su padre no podía controlar en el estudio y por eso se lo entregó a su padrino, según me contó mi bisabuela María de la Paz, que era hija de él. La mamá de ella era de Chiguana, y ese Manuel Vargas la enamoró andando en sus barcos, y le hizo esa hija María de la Paz Bárcenas. Fue la única que le hizo y se crió en Sampa-yo. María de la Paz Bárcenas fue la mamá de José Rosendo Bárcenas, el abuelo mío por parte de mi mamá. Ese Manuel Vargas, de origen español, andaba en sus barcos y llegaba a Chiguana. Era enamorado y a todas partes adonde llegaba con sus barcos tenía hijos. El puerto de los barcos en Cariaco quedaba donde hoy queda la plaza Congresillo. Antes el río se metía por el caño de Terranova. Esos barcos descargaban en un lugar llamado la casa de apartatodo, que es hoy el sitio donde está la casa de la señora Luisa Ruiz en una esquina.

En Palosanal vivía un señor llamado Salomé Gómez, que era un hombre que santiguaba y curaba, embrujaba y sanaba. Él fue el que curó a una mujer que vendía mucho pescado. Luisa se llamaba, y vivía en la otra acera de la calle donde hoy está la silla de la barbería. A ella le dio un malestar, hizo un vómito y botó dos huevas. Se le presentó ese malestar con una fiebre que la iba volviendo loca. Había otra señora en Cariaco, una señora de los Ramírez Salaverría que busca una caña brava después que Luisa vomitó aquellas enormes huevas. La señora las puya con la vara de caña brava, y salieron cantidades de huevos de bagres. Entonces fue cuando mandaron a buscar a Salomé Gómez a Palosanal, porque era de la misma familia del marido de Luisa Reyes. Cuando vino a Cariaco que la empezó a santiguar, le dijo que había vendido

ese daño sin saber que era para ella. Él fue el mismo que lo hizo, sin saber que se lo estaba haciendo a ella, que pertenecía a su propia familia y él mismo se encargó de sanarla. Hubo otro caso de una señora llamada María que trajeron enferma a la casa de los Tovar, creo que esa señora venía de Blancolugar. Esa señora María empieza a hablar como una gallina y se le salía mucho la baba por la boca, pero era una baba que tenía muchos colores, verde, amarillo, rojo. Dicen que aquí los trabajos los hacían con tierra de muerto para que la gente no prosperara, para que la gente se secara, para que la gente peleara, pero no se robaban a los muertos como hacían en otras partes. Solo en tiempo de la guerrilla se oyó que se robaban a la gente de aquí para matarlo en el Carrizal de la Cruz y darle sepultura en otra parte.

Junto a la Laguna de Campoma quedan otros pueblos. Además del mismo Campoma está Sampayo, Mata Redonda, El Tuy, y quedan a la orilla de La Laguna. Todos esos pueblos eran sitios donde hacían conucos, y después fueron creciendo y creciendo hasta convertirse en pueblos de gente negra, porque la gente blanca más la había hacia los lados de Casanay, por ejemplo, hacia Blancolugar que era un pueblo donde sacaban mucha diversión, mucha comparsa. De Blancolugar llegaban caminando a Cariaco para bailar comparsas. También venían de otro caserío llamado Corozal de los blancos, y había otro llamado Corozal de los indios o Corozal de las tablas, que quedaba cerca de Catuaro.

En la Reforma, donde vivo hoy día, salen muertos. Siempre se ve allí a un hombre recostado de la mata de ceiba. También llega un muchachito a la casa, un muchachito muerto,

que siempre lloraba pegado de las ventanas, siempre lloraba recostado del cuarto donde dormía mi hija “Chía”. Llorando y llorando, una noche que no nos dejaba dormir aquel muertico, yo le grité a la hija mía desde mi cuarto:

—Lucía, pregúntale a ese muchachito donde está enterrado para que mañana te pares temprano y le pongas el agua.

Y como ella era de un carácter torcido me gritó de mala manera:

—Yo no le voy a preguntar nada a nadie, porque yo no mandé a la madre a que lo fuera a botar en cualquier parte después de muerto para yo ponerle el agua.

Y aquel muertico se quedó en silencio, como si no hubiera nadie por allí, hasta que al poco rato empezó a gemir sin gritar. Se le oía nada más que un gemido de tristeza, que casi lo ahoga. Así estuvo rato aquel muertico, y más nunca volvió por La Reforma, más nunca lo sentimos. Esos muerticos lloran para que uno los bautice. Les dan el nombre de duendes.

En la Reforma hubo una tejería, era hacia el pueblo, a la orilla del río, donde viven la señora Teófila, la señora Petra Villaroel y una parte de la familia de María Quintero. Por allí quedaba esa tejería. Había españoles y había familias revueltas, familias mestizas. En esos lados se veían de noche dos mujeres solitarias y decían que eran las muertas de esa tejería. Allí hacían mucha teja, preparaban un horno y amasaban el barro pateándolo. Antes era mucho pie y después que lo pateaban extendían el barro y lo cortaban. Ellos mismos hacían su horno y sus tejas, y el ladrillito cuadrado también lo hacían. Eran los Catalán, los Bejarano Catalán, hermanos de mi papá que son mis tíos, los encargados de hacer tejas. También tallaban

pedras. Eran unos mestizos que hacían de todo, hornos, peñadoras, baúles. Trabajaban el barro, la madera, el hierro. Mi tío Juan Pablo trabajaba con mi tío Isidro y con mi tío Ricardo. Ellos eran Catalán Bejarano. Eso era de la señora María Catalán en la Reforma, y todos fueron muriendo del corazón.

Una noche mi hija Carmen sintió unos caballos, sintió la pisada de los caballos y la jalada del freno. Decían que era el caballo de Lucio Villegas, pero era mentira, ese era el ruido de un caballo de otro muerto que siempre salía allí. Una parte de la hacienda La Reforma, donde vivo yo, era del señor Marcos Antonio Antonetti y otra del señor José Carbonero. Ese Antonetti era francés. El nombre de La Reforma se la puso el señor Félix Mata, el que me crió a mí, porque él reformó esa hacienda. Eso era una arboleda de coco con una casa de bahareque que resultó la casa donde estaba yo, y donde he hablado tantas veces sin cansarme con mi madrina Sabina Guzmán cuando baja de su otro mundo y me cuenta lo que sucede allá, y cuál es el camino que debo escoger. El señor Félix Mata le compró a Antonetti y a Carbonero todas estas tierras, desde lo que llaman Las Taparitas hasta el Central Viejo. Se conocía todo eso como el otro lado del río. Desde Cariaco se decía «Yo voy al otro lado del río», entonces así se llegaba a esta hacienda La Reforma. El señor Félix Mata, la señora Catalina Guervara, el señor Pablo Acosta y los Mariani, toda esa gente donó terreno para rellenar una parte del río. En esa hacienda había muchas matas de pomalaca, mamey, pomarroza, níspero coco, merecure, naranja china, naranja cajón, limón francés, caña y pasto que le vendían al pueblo. Maíz, algodón, maní, chaco, y también había cacao, pero ahora no.

A Socorro Jesús Figueroa Bejarano, que fue mi esposo, yo lo conocía desde chiquita, porque Socorro y yo éramos primos. Él venía siendo nieto de Francisco Antonio y yo nieta de Benito, y Benito y Francisco Antonio eran hermanos, entonces nosotros nos conocimos en Cariaco y nos seguimos viendo en Catuaro, pero él salió de Catuaro y vivía en Caratal con su mamá. A ella yo sí la visitaba, porque su mamá, era como prima hermana de mi papá, y era muy solicitada porque a mi papá lo crío papá Toño y no mi abuelo. Como abuelo teníamos más a papá Toño que a mi abuelo Benito. Papá Toño era muy bueno con nosotros, después que él venía de su monte acostumbraba que nietos y muchachitos se sentaran con él detrás de la cocina y nos contaba muchos cuentos, muchas cosas. Le gustaba que todos los muchachos estuviéramos reunidos a su lado. Él se llamaba propiamente Francisco Antonio Bejarano, y por él mi hijo “Chipo” también se llama Francisco Antonio, mientras que mi propio abuelo se llamaba Benito Antonio Bejarano. Socorro Jesús Figueroa Bejarano era sobrino de mi madrina Cruz y su mamá Francisca Lucía Bejarano murió en Cariaco, y yo iba siempre a la casa donde estaba enferma, en la calle Sucre, cerca de donde yo vivía. Ella estaba con una hermana llamada Juana Marcano, quien la asistió en su enfermedad. Dicen que su enfermedad fue de sentimiento por lo que su marido había hecho con ella, por eso las alas del corazón se le iban cayendo cada día más. La trajeron en una hamaca de Catuaro a Cariaco. La tristeza la llevó a la tumba. Cuando ella muere yo todavía no era novia de Socorro, yo solo era su prima. El marido de aquella mujer que muere tiempo más tarde, dejó cuarenta y seis hijos vivos, fuera de los

que habían muerto, porque tuvo mujeres por demás. Ellos residían en Caratal, y se van de Cariaco a Caratal, donde estaba el trabajo de su papá. Era un trapiche, Paso Largo. Su papá se llamó José María Figuera Bejarano.

En la casa nadie iba a pedir mano. Como Socorro estaba en la casa de mi madrina, cerca de la casa de Carmen, él se viene de Caratal a Cariaco y allí nos enamoramos, y el viejo Félix resuelve casarnos. No tuvimos tanto tiempo de amores. Como él no sabía escribir se buscaba a un amigo llamado Ángel Morán para que le escribiera los papelitos que me mandaba a mí. Ángel Morán escribía lindo. Cualquier muchacho que no sabía escribir y estaba enamorado iba donde Ángel Morán para que le escribiera las cartas de amor. Ese era un hombre que escribía bonito, y así como él había otro hombre en Cariaco que dejó cantidad de décimas escritas, pero lo más bello era la letra de ese hombre. En Cariaco sacaron unos versos que decían:

♪ Al hombre que da un pañuelo
se le puede agradecer
porque los hombres de ahorita
están para que les den ♪

Antes se acostumbraba que los hombres enamorados regalaran pañuelos, regalaran zarcillos. Socorrito me dio pañuelos y hablábamos de amores. Antes no se enamoraba así. Antes decían «Aquí vengo por tu hija», cuando llegaba el hombre ante el padre, o decían «Aquí clavo mi estaca». Daban un golpe duro con un palo y entonces había que llamar a

la muchacha para hacer un acuerdo, y luego, al que pedía a la muchacha, se le preparaba un hacha con un palo retuerto que es un palo que no abre por ningún lado, y ponían a ese pretendiente a darle con el hacha a ese palo, y dale y dale, y si no lo rajaba, no estaba consumado el acuerdo para el matrimonio, porque al rajar el palo, demostraba que era un hombre hecho y derecho. Antes las mujeres se casaban con los hombres sin tener ningún amor.

En el mismo año en que me casé tuve a Socorrito. El viejo Félix llamó a mi papá y le dijo que había que casarse. Llamó a Chuito Ramírez que era padrino de Socorro y también llamó a Luisa Dorrego que era su madrina. Esos padrinos de él fueron los padrinos del matrimonio de nosotros dos. A nosotros nos casó el secretario del Concejo Municipal en la misma casa donde yo nací, en la calle Larga. Allí leyeron el acta y el código de matrimonio y así quedamos casados. Ya yo sabía firmar, Socorro no sabía, pero su padrino firmó por él. Eso fue a las nueve de la mañana de un sábado 17 de mayo. Antes no se pagaba. Nos casamos y vivimos en la casa de la calle Larga donde también vivía mi papá y mi hermano Leoncio. Eso fue en el año 1945, cuando yo tenía dieciocho años y él veintiséis. Hubo comida, hubo bebida y vinieron bastantes amigos míos y de él. Ni su papá ni su mamá fueron, uno porque no quiso y la otra porque ya había muerto, pero estaba su padrino que lo representaba. Mi papá si estaba, y Socorro afeitadito y vestido de blanco como siempre. Yo tenía luto de mi papá Toño y ese día me vestí de gris. En la casa comimos pavo y se tomó mistela y se picó una torta, y el mismo día de la boda él se fue a la

casa de Chucho Guilarte donde vivía, y yo me quedé en mi casa. Luego él se vino a vivir conmigo. Vivimos juntos veintiocho años. Después que mi hija se enfermó me voy de la casa donde estaba él, porque mi hija se enferma, y me dicen que no la tenga en esa casa, porque allí estaba el mal, y por esas razones salgo de la casa. Él dio un cambio de vida, y andaba por su cuenta y yo por la mía. Él no se preocupó por la enfermedad de mi hija, pero esa hija dice ahora que todo se lo debe a su papá. Así es la suerte mía. Esa hija es Lucía, la mayor. Los médicos no le encontraron nada. Cuando veníamos de allá para acá, ella pasó dándole la espalda a la iglesia, entonces yo le dije:

—¿Por qué tú le das la espalda a la iglesia?

Ella largó la risa y se metió por un callejón y me respondió:

—¿Tú también quieres que le dé el frente a ese bicho que está allí? Yo no vine aquí a ver iglesia.

Ella misma era la que hablaba, pero yo sabía que ni esa voz ni esas palabras eran de ella. Así fue su enfermedad. Después yo anduve por la costa, y hubo un día en que ella estaba dormida, y se sentó y me llamó y me dijo:

—Guillermina, Guillermina, párate que voy a hablar contigo. Sal afuera que voy a hablar contigo.

Entonces me dijo, con la misma voz de hombre que no era de ella:

—El lunes será el examen de admisión y ella va a salir bien. Llévala —me repitió.

Así como estaba la llevé y salió bien. A las tres de la madrugada ella me volvió a llamar:

—Guillermina, Guillermina, párate, vamos a hablar —y entonces me paré y la seguí, y ella me preguntó con la misma voz de hombre:

—¿Tú sabes quién soy? —¡No! le respondí.

—Yo soy Beltrán Gómez, y fui el que estuvo en el examen de admisión con tu hija, pero hubo un sorteo y ella no salió en el sorteo.

Y así fue. Me pusieron un telegrama diciéndome que no salió en el sorteo. Ese que hablaba conmigo a través de ella era Beltrán Gómez que había muerto hace tiempo. Después de eso a nosotros se nos murió un primo hermano llamado Renato, y me dio mucha esperanza, porque me decía que la cuidaba a ella cuando estaba enferma.

En esa casa donde viví con Socorro tuve a Socorrito, a Lucía, a Francisco, a María y a Luisa. Socorrito es del año 1945, Lucía de 1947. En 1948 yo me enfermé y me llevan a Cumaná y me hacen una operación de apéndice. En 1949 tuve a Francisco, en 1950 a María, en 1953 a Luisa. Todas en esa misma casa de la calle Larga. Después que tuvimos esos 5 hijos hicimos una casita por la calle Bolívar, sabiendo que la casa de la calle Larga no era de nosotros, era de mi tía Rosa. En la calle Bolívar de La Rinconada hicimos la otra casa, y allí tuve a Benitico, uno de los muertos, tuve a Carlos, tuve a Nélica, que también se me murió, y a Carmen, que estaba metida entre los dos muertos. Tuve a Rosa, y a Manuel y a Gilberto. Guillermo y Ángel nacieron en Las Manos y Manuel nació en Carúpano.

Mis muertos los arreglaba yo misma. El primero que me tocó arreglar fue a mi hijo, el muchachito que se me murió de

once meses. Yo le corté su guayaquito y le preparé una espermita con limón y sal en un algodoncito que le coloqué en el recto. Eso sirve para que el cadáver no se descomponga tan rápido. También en el ombliguito se coloca un algodón con esperma. Cuando es una persona grande, se le coloca doble guayuco, bien apretado, uno de los dos se le amarra en los hombros, eso es para que el muerto no se infle. Debe quedar bien cosido y bien apretado. El primer hijo que se me murió fue por una gastroenteritis con diarrea y vómito, luego le dio un ataque de meningitis. Dios me lo dio, pero no lo pude tener vivo. El mismo día que cumplió once meses murió en mi casa. Tuve otra muchachita que se me murió y la llevé a Carúpano. Era la enfermedad que hoy se le dice tétano infantil. Antes se le decía mozueto. Los niños morían de eso por cantidades, una infección que penetra por el ombligo y que puede ser por descuido de la comadrona, porque antes, cuando se les caía el maruto a los muchachitos les echaban tierra de pared y ceniza de tabaco para que se les sanara. ¡Demasiado vivía la gente! Para que subieran al cielo, a los niños muertos se les colocaba una liga en el pie izquierdo y otra en el brazo derecho. Era una tira blanca y amarrada dura, y cuando se les iba a enterrar se les quitaba. La gente antes, después de morir, se llevaba a sus hijos porque huérfano era como un perro. Eran contados quienes quisieran a un huérfano. Antes el pobre era como un perro, como dije, y las madres que morían deseaban llevarse a sus hijos, tal cual mi mamá, porque ella quería llevarse a mi hermano Leoncio, que era el mayor. Ese era mi único hermano de padre y madre, y mi mamá después de muerta se lo quería llevar a él. Los que andaban con él la veían a ella.

Veían la sombra donde él dormía. La veían pegada de la pared. La sentían. Entonces mi papá Toñito, que era un hombre que sabía sus cosas lo protegió. Las Marcano lo agarraron y mi papá Toñito dormía con él muy cerca, y lo envolvía en un paño negro, y le decía sus oraciones, y le amarraba una tiritita en el cuello con ajo morado macho que también llevaba sus palabras en ese envoltorio. Finalmente, se lo fue dejando a Juana Marcano. Entre Juana e Isabel, que eran las dos hermanas, terminaron de criar a Leoncio.

Con trece años, en la calle Larga de Cariaco, entre las dos casas, y las casas de mis tías, yo atendía a mi papá en sus comidas. Me dediqué a atenderlo por cinco años, pero él se buscó a otra mujer llamada Carmen Romero, y después otra llamada Bonifacia Catalina. Mi papá tenía un conuco en el cerro y venía a la casa los fines de semana. Trabajó también en la construcción de la carretera que va de Cariaco a Casanay. Mientras tanto yo dormía en la casa de Carmen, allí mismo en la calle Larga, y venía a la casa de mi papá por ratito. Cuando me casé, me quedo viviendo definitivamente en la casa donde nació. La casita era de piso de tierra, y yo la barría, y barría el patio, y barría también la casa de Carmen, además la ayudaba a planchar, a pilar, a cocinar. A veces me entusiasmaba y me iba a otros lados a recoger cosechas de arroz, de algodón, porque a me gustaba mucho cantar. Si era maíz se pagaba un bolívar por cada saco de maíz, pero a mí no me gustaba recoger maíz, a menos que fuera del conuco de mi padre. A la hora que llegara donde Carmen tenía siempre mi café y mi desayuno. Hasta después de tener a los hijos fue así. En Las Manos estaban las siembras

de algodón en el conuco Espejo, que era del señor Moncho Osorio y quedaba arriba. Desde allá uno veía todo lo que pasaba, por eso le dieron ese nombre, el conuco Espejo. Mi propio papá le decía al viejo que me crió que no me pusiera en la escuela, porque me iba a enamorar por ser hembra, así que yo no estudié.

Sigifredo Gamboa fue el que me enseñó las primeras letras. Ese era un hijo del señor Félix Mata, y yo me peleaba mucho con él. Neroncillo le decía el señor Félix a ese Sigifredo, que era muy flojo para trabajar. Yo trabajaba más que él. Sigifredo me enseñó a escribir papa, mamá, tía, y muchas otras palabras, y me enseñó a deletrear. Había un libro primario que traía pintado un pajarito, y cuando uno pasaba ese libro, agarraba el Mantilla. Esos libros los vendían en la bodega de la señora Carmen y del señor Félix en Cariaco. Allí en Cariaco había unas mujeres que se llamaban las Gómez y se ocupaban de la iglesia, de lavarla, limpiar los santos y los objetos del padre. Ellas también daban clases a otros niños, pero yo todo lo que aprendí, lo aprendí en la casa de Carmen Morales. Allí aprendí a cortar, a coser, a cocinar, a leer, a escribir. Carmen me ponía una tela en la mesa, y me decía cómo yo la podía doblar, y cómo yo la podía cortar. Yo nunca asistí a clases de corte y costura. Aguasanta, su hermana, tejía y bordaba y yo la ayudaba a bordar, pero me dejé de eso y se me olvidó, porque me puse a jalar machete en el monte.

Mi padrino se llamaban Cruz María Patiño y mi madrina Cruz María Bejarano Guzmán. Yo fui a la pila bautismal con tres cruces. A veces digo, las tres cruces de mis desgracias. Me confirmó mi madrina Juliana, y después de grande

por ociosidad me mandé a confirmar con un muchacho. Yo le digo Agapito. Así que estoy confirmada dos veces.

Cuando me llegó la regla por primera vez, ya yo lo sabía, y como fue a una edad entre doce y trece años me preparé para mi desarrollo. Me desarrollé en Catuaro y me hice mujer. A mí se me retiraba la regla era porque estaba preñada. Prácticamente yo no veía regla, porque paría un año tras otro. Si mis hijos estaban mamando yo no veía regla. Después que dejaban de mamar era que venía. La mujer con regla no se bañaba y tenía mucho cuidado. De eso no se habla. Con la regla las mujeres no podían comer carne de caza que fuera tirada, porque se echaban a perder las escopetas, y si se echaban a perder las escopetas había que hacerles un remedio, y aprender a disparar con secretos. Hay cazadores que tienen escopetas sin remedios, y al animal se le mete un grano de sal. En ese grano de sal yo no sé qué le dirán. Siempre cargan sal en su morral, al que le decían canana. Si le meten su grano de sal, esa carne la puede comer cualquiera. En Sampayo hubo un hombre que tenía su mujer con regla, y ella comió carne del animal que él mismo cazó, y tuvo que mandarle a hacer su remedio a la escopeta. El señor que le iba a hacer el remedio en Campoma le dijo:

—Esa carne la comió su misma mujer, y ese remedio que le puedo hacer, mejor no se lo haga, pero si se le manda a hacer, cualquier animal del monte la va a devorar. Si se le hace para que sea víctima de un animal de agua, cualquier animal de agua se la comerá.

Entonces él le pidió que le arreglara su escopeta por un animal de agua, y se comprometió a cargar el agua a su mujer para lo que hiciera falta. Dio el caso de que la mujer una vez

fue a hacer una mazamorra y se juntó con otras mujeres en el puerto de la Laguna en Sampayo, y cuando se percatan un animal la está halando. Era un caimán. No se la comió, solo la haló y la dejó ahogar. La dejó entera, pero muerta.

Con la regla nadie podía tomar jugo de guanábana, o catuche, ni de jobo, porque se le iba la regla. Se dice que las mujeres se ponían suspensas y hasta se morían. Toda fruta ácida estaba prohibida. Si una mujer con regla le quita limones a una mata, la mata se enferma y no le da más limón. Si un muchachito que acaba de nacer lo carga quien tenga la regla, ese muchachito llora con un pujío y siente dolores. En ese caso hay que poner un aripo que se caliente, y coge cebo de flande, y se lo unta tibio en las manos, y se le pasa a ese muchachito en forma de cruz por el pecho y por la espalda para alejarle el mal. Quien tenga la regla no debe sembrar mata, ni meterse a cocinar con otra mujer.

En Cariaco contaban muchos cuentos de muertos y encantados. Donde viven los encantados casi siempre hay agua, y el que sabe hacer ritos con ellos pone agua en cualquier parte donde estén para vivir. Viven en un cerro, tienen conuco en un cerro y en ese cerro hay agua siempre. En la bodega de Gerónimo Carrera, estando presente José María Carrera y Manuel Ramírez, que era marido de Luisa Amalia Blanco, ellos vieron un hombre que llegó y que les dijo:

—¿Aquí no hay muselina blanca?

—No hay blanca, hay morada —le respondieron.

—Vine a comprarla blanca, porque es una hermana mía que se va a casar mañana —dijo eso y salió a la puerta, y cuando la gente de la bodega se asomó no vieron a nadie.

Ellos siguieron conversando y llegó el hombre de nuevo y les comentó:

—Conseguí la tela —siguió de frente hacia ellos y desapareció.

Ahí fue cuando dijeron asustados:

—Este no es hombre de aquí, ese hombre debe tener otro contacto espiritual y se nos presentó como bella persona.

He oído que cuando la gente quiere ser curada de verdad, porque los médicos no dan esperanza de salvación, acude a los que tienen contacto con los encantados porque ellos curan. En Campoma y Sampayo todo eso tiene su historia, porque llaman a uno, y le piden a uno que no vuelva más. Se oyen gritos de alerta y la gente responde. La voz va llamando y uno va quedando bajo su dominio. Hombres que salen a cazar y a pescar son atrapados por los encantamientos. Se ve algo, mujeres que pasan y avisan. Muchos se pierden en esos rumbos. Eso es una historia eterna. Esa culebra de Campoma tiene siglos. Unos dicen que es culebra y otros dicen que es encantamiento. Unos dicen que la ven y cuando voltean lo que encuentran es un palo, o algún objeto que no es culebra. También dicen que pasó un tiempo en los años cuarenta en que todo fue seco, y no hubo absolutamente nada, y quedó un pozo, un ojo que era como una paila de sacar papelón, entonces los campomeros al ver que solo quedó un pozo, ellos mismos lo taparon, le hicieron como una casa y cortaron la tierra como si fuera una batea, y ese ojo de agua permitió que se salvaran todos los animalitos. Así se mantuvo el ganado, solo. Se habla de la culebra de la Laguna, y dicen que se puede ver a cualquier hora. Se siente el movimiento y se ve, y a

veces la encuentran con cara de gente, otras veces con rostro de animal, y a veces con cachos.

En Campoma todo el mundo tenía vacas que venían a vender a Cariaco. Reunían dinero y con la venta de la leche compraban cochinos y más vacas. Y por eso hay unos versos que dicen:

♪ Déjame comprar ligero
para que mi cochino coma
para comprar mi novillo
cómo la gente en Campoma ♪

De Cerro Negro de Caripe, donde nace el Carinicua, dicen que salieron dos serpientes cuando hubo la creciente más grande de ese río, que pasaron dos culebras gigantes. Tenían nombre. Una llamada Mariquita Fuentes y otra llamada Rubí, pero Rubí no encontraba agua en la Laguna de Campoma y se murió. Esa Laguna viene del jaguey de Santa Marta. Se ve en Bellavista y se ve en Temblador. Un señor llamado Simplicio, que le daba remedios a cualquiera y tenía su conuco en la Laguna, donde hoy llaman Isla Grande, encontró la coyuntura de Rubí y se posesionó de ella. Era enorme. Dicen que Simplicio tenía relación con los encantados, los genios de la Laguna, y por eso donde estaba se sentían vientos y movimientos de todo tipo. Un encantamiento es una persona igual que uno, que se presenta igual que uno, pero que te somete a su voluntad. Campoma tiene una isla grande y otra pequeña. Eso pasó en el año 1913. El río inundó el pueblo y no quedaría casa en pie. Mariquita Fuentes en cambio se quedó

hacia el cerro de Areo. Cuando truena es porque está removiéndose esa culebra. A los cuarenta días del primer trueno se mete el invierno. Esos truenos sordos los da la culebra, y por eso se habla de la caja de los truenos cuando se nombran a los lugares donde estamos. Mi abuelo papá Toño contaba que los agricultores quemaban el maíz para darle fuerza a las nubes. Si se sembraban veinte fanegas de maíz se le pagaba a la luna una fanega, y cuando la luna estaba bajita porque aparecía, se echaba la fanega de maíz que equivale a cuatro sacos, y se le pegaba candela para que la luna le diera fuerza a la tierra y para buenas lluvias el otro año. Se le pagaba terrajo a la luna. Eso significa pagar por la tierra.

En Campoma yo vi a los muchachos grandotes y desnudos. Se bañaban desnudos ante todo el mundo. Había el puerto de las mujeres y el puerto de los hombres, y en una parte se bañaban las mujeres y en la otra los hombres. Eso ocurría también en Cariaco. En Cariaco la gente de la plaza hacia abajo, que no era distinguida, era igual que los campomeros, con los pies descalzos, sin camisa, y el pantalón amarrado con cabullas. Tal cual la gente de la señora Rufina Hernández, los Barreto, Las Ramírez, los Centeno. Cerca de la plaza y de la casa de balcón, donde estaban los Villegas, era donde decían que el diablo relinchaba. Era el diablo de verdad. Era una esquina con su historia, porque la gente veía al diablo en esa casa. Las mujeres que iban a trabajar allí donde los Villegas veían al señor diablo. Se les aparecía un hombre y les decía:

—Usted es mía.

Veían una mariposa parada en una pared, y en la otra pared, a la vez, se veía esa casa de balcón. El diablo mata, y

donde hay historia con el diablo la gente se ahorca de cualquier forma, se suicida. En esa casa de balcón había una urna a la vista, porque Joaquín Villegas trabajaba con ese hombre. Hay otra de la familia que ya no vive, que es Hortensia y que se metió a monja, y cuando los Bejarano compraron esa casa sintieron muchas cosas. Se oían caballos relinchando. Era la única casa de balcón que había en el pueblo y la tumbaron. La señora de la casa se llamaba Enriqueta, pero dejaron historias feas. Toda esa gente que era blanca, y que tenía mucho dinero, salió de Cariaco. Consiguieron reales, porque le empeñaban el alma de cualquier persona al señor diablo, que vestía ropas blancas y andaba a caballo.

Cariaco era un pueblo que tenía muchas historias de muertos que salían en las noches porque no había luz. Veían a las ánimas benditas y escuchaban llantos, así como mi tía Pilar que era devota de las ánimas y las alumbraba siempre. Cuando ella estaba enferma se escuchó un llanto espeso y no había nada. No se vio a nadie. A los ocho días murió mi tía Pilar. Dicen que eran las ánimas las que soltaban el llanto. Las ánimas eran siete mujeres de faldas negras y cotas blancas con sus paños negros. Dicen que siempre las miraban. Salían las ánimas y aparecía un caballo del que se escuchaba su relincho y su ronquido por la nariz, pero nunca se veía como un caballo, sino como un hombre, y ese hombre siempre aparecía recostado en una de las matas de ceiba por donde yo vivo. Antes cuando iban a enterrar a la gente que moría le quitaban los botones de la ropa. Yo quisiera que me saliera un muerto y me diga dónde ha dejado los reales enterrados, porque eso sí me está haciendo falta a mí, los reales.

Mucha gente cree en las ánimas benditas. En Cariaco esas ánimas tenían hasta terrenos, lo que quiere decir que había una hermandad. En Cariaco tenía terreno San Felipe, tenía terreno la Virgen del Carmen, tenían terrenos las Animas Benditas. Gente que tenía real y compraba esos terrenos para las hermandades de los santos y las ánimas. Yo conocí los terrenos de las ánimas, porque allí trabajó mi papá y trabajó Ángel Morán. Ellos trabajaron en esos lugares porque los dueños de esas tierras que pertenecían a hermandades habían muerto.

Mi primer ahijado fue Luis Beltrán Cova, que era de Campoma, y en ese tiempo tenía casi mi edad. Yo me acuerdo que como madrina de brazo no lo pude cargar porque era muy grande. Se le dice madrina de brazo a la que carga al niño, y madrina de credo a la que le reza. Luis Beltrán y yo teníamos la misma edad. Él era alto y yo era gordita y bajita. La otra madrina de él se llamaba Carmen María Tatá, y su padrino Víctor Estaba, pero yo fui su madrina de brazo. Lo bautizamos en la iglesia vieja de Cariaco con el nombre de Luis Beltrán Cova. Él ahora se quita su sombrero, me besa mis manos y me dice:

—Mi madrinísima, yo a usted si la quiero.

A Campoma antes se llegaba por un puente de madera llamado puente la Trinidad, y por eso dicen que Campoma antes se llamaba La Trinidad. Ese puente era larguísimo. El brazo del río allí era ancho, y le decían el río loco, porque en un tiempo corría hacia la Laguna, y en otro tiempo se regresaba. Por eso le decían el río loco.

Las casas de Campoma todas eran de eneas. La casa de los Pinto y la casa de la familia Lara eran de tejas. Las casas eran altas, y esos techos así permitían que las aguas corrieran

con prontitud cuando llovía. Una parte de Campoma se conocía como La Chica, y otra como El Bajo. Antes a Campoma no se podía entrar porque eso era puro machete. Las mujeres de Campoma no se podían enamorar de nadie que llegara allí. Ellos conservan sus costumbres africanas hasta ahora. Pero ahora se está viendo otra clase de gente en Campoma, donde primero fueron los indios y después se metieron los africanos. Ellos no consentían nada con nadie ajeno, sino que era ellos nada más. En Campoma las mujeres no se enamoraban de hombres de afuera, y había algo muy bueno con los hombres que tenían dos mujeres, porque yo parteaba allí y lo vi, y es que esas mujeres no se hablaban una y otra, pero en caso de parto una de las dos mujeres se traía a su casa a los niños de la otra hasta que se recuperara del parto. Era muy buena costumbre, porque los niños se entendían como hermanos. Yo parteaba en Campoma y sus placentas las enterraba en la misma casa del parto. También era costumbre antes, que al parir la mujer esperaba cuarenta días después del parto para bañarse. Daban a luz las mujeres y se ponían un parcho de un tipo de pega detrás de las orejas. Con esa pega que sacaban de las matas se hacía el parchito para evitar el pasmo en las mujeres recién paridas, y a las casas, como era de caratas y de eneas, le tapaban todos los huequitos para que las corrientes de aire no llegaran. Era un encierro por cuarenta días. La mujer estaba siempre embojotada. Cuando se le decía buenos días, ella respondía como una gallina:

—Corroclococó estoy.

Igual que a una muchacha con regla no la dejaban bañar hasta que se le retirara. Casi siempre las mujeres estaban

con pena para evitar que los demás se dieran cuenta que sangraban, porque la sangre le corría por las piernas. Yo aprecio mucho a la gente de Campoma.

Cuando antes las mujeres parían, y se morían sus niños estando pequeños de un parto tras otro, se preparaban trabajos especiales con una cazuela grande para cocinar, así se salvaba el más pequeño de los hijos, que si era varón debía llamarse Luis, y si era hembra Luisa. Al niño que nace se le metía en la cazuela, y se ponen los palos, y se raya el fosforo, y se le echa kerosene a los palos para prender el fogón, pero todo eso es fingido, y a cada uno de los muchachitos que esté cerca se les da un pedacito de casabe. Se junta la candela y con un sombrero se empieza a soplar para que la candela apure ligero. Aquí va la yuca, aquí va el pescado. Todo es fingido. Ya está listo y los niños comen casabe, y entonces se saca al muchachito de la cazuela. Hay mucha gente que hace todavía eso, cocinar al muchachito y ponerle el nombre de Luis, porque San Luis es el patrón de los enfermos. San Luis Gonzaga y San Luis Beltrán quitan toda clase de malestar.

En Campoma se celebraba la Cruz de la Chica, que ahora la pone Facha, siempre en mayo, y le hace su velorio. La chica es una mata, y por eso el sector se llama La Chica. Por allí siempre andaba Virginia Rivas bandolereando y moviendo sus grandes nalgas, como dice la cantica:

♪ De La Chica para El Bajo
y del Bajo hacia La Chica
allí está Virginia Rivas
que el culo le atemoriza ♪

Y ella contestaba:

♪ Si es culo me atemoriza
 esa no es tacha ninguna
 tacha fuera que dijeran
 que me vieron en La Tuna ♪

En La Tuna en Campoma, se metían las mujeres con los hombres a hacer lo prohibido. Eso se llamaba El Tunar.

♪ Decían que no quería
 matrimonio sin corona
 y de la noche a la mañana
 amaneció siendo señora ♪

♪ La tenían como a una niña
 la tenían reservada
 primera vez que yo veo
 Virgen del Carmen preñada ♪

La gente de allí era muy unida. Había mucha mala fama de Campoma. Se decía que eran brujos, macheteros y que les gustaba pelear. Sampayo fue más tranquilo, pero también tenía fama de brujería. En Sampayo una vez le dieron un trago malo a un señor llamado Casimiro, y ese palo de ron vino a parar a la cárcel de Cumaná. Cuando ocurría algo así, en los cantos de pilón se sacaban las cosas a las calles. Esos cantos de pilón entonces decían:

🎵 Acuérdate tu Julián
 del trago de Casimiro
 se lo dieron en Sampayo
 y fuiste a pará al Castillo 🎵

🎵 Casimiro el de Campoma
 le dieron un trago malo
 se lo dieron en Sampayo
 y en Cariaco lo velaron 🎵

Después Julián, el que le dio el trago, fue preso y se murió en la cárcel. A él no lo enterraron, lo levantaron del velorio.

Las creencias de la vida, como las dejó el Señor, todas han sido pisoteadas por la civilización. Por ejemplo, cuando hay una fiebre muy alta se busca orín de un niño, se le agregaron y eso baja la fiebre. Si es hembra se hace orinar a una niña. Baños de orín en la frente quita el malestar. Cuando las mujeres no pueden dar a luz o tienen malos partos se usa el orín del hombre, de su compañero. Se lo dan a tomar en aceite de castilla. El orín se usa también caliente en el oído cuando entra algún animal como la hormiga, o cuando entra algo de agua. Aquí las enfermedades más comunes eran el paludismo y una enfermedad llamada nigua, que era como una garrapata que se mete dentro de la piel y enferma. La gente que sufría de nigua lo sentía en los pies y en los codos. La nigua incrusta un huevo en la piel. También daba colerín con fiebre y vómito, y epidemias de cólera, que dio origen a mucha gente enterrada en un viejo cementerio que ya no existe. Le decían cólera o

la Maja de Goya, «¡Fulano se murió de la Maja de Goya!», decían. Y a la gente le daba dolor en los intestinos y vomitaba sangre. Otros tenían vómitos verdes y se morían. Los que quedaban vivos hacían una zanja, y en esa zanja iban enterrando y tapando, mientras dejaban una parte abierta para los muertos que venían después. Se iba por las calles con tablas y hamacas recogiendo a los muertos. Cariaco siempre ha sido devoto de San Felipe, y hubo una revelación de ese santo para que le dieran a la gente limón con hollín y detener las pestes. Ese hollín lo cocinaban para que la gente lo bebiera con limón. Era una peste, y el cementerio donde enterraron a tanta gente se perdió. Decían que quien pasara por ese sitio enfermaría. Ahora en el lugar hay un barrio llamado San Juan de Dios.

Aquí se usa el agua de fregosa, de Santa María, la raíz de anisillo, curría, borrajón y muchas otras más como la verbena, que se cocina con piñón para la diarrea. El llantén que se combina con alumbre para curar las llagas. Todas esas yerbas se usan con rezos. Se hacen siete cruces en el sitio del enfermo y se dicen unas palabras, y se reza la oración del Portal de Belén para curar las llagas. En Cariaco vivía un señor llamado Andrés García que santiguaba a la gente, especialmente a los niños enfermos de lombrices para lograr que las botaran. Ahora rezan a las lombrices con limón y papelón, y se les hacen cruces a los niños en el cuello y en el ombligo, y se les da a chupar esa mezcla después que le rezan. En el campo los entierros los cargaba una sola persona si era un niño el que fallecía, y si era un adulto lo cargaban con cuatro palos. El pobre llevaba a su muerto como podía. Si hay un muerto y se tiene que ir a visitar al familiar se le dice:

—Vengo o no vengo a renovar pesares por la calavera mundana de fulano de tal.

—Que se murió ayer en la mañana. Que se murió ordenadamente sin tener ganas —respondía el doliente y esa era la forma de dar el pésame.

Cuando alguien moría todo aquel que lo iba a acompañar se venía mudado por ocho días con la familia para expresar sus sentimientos de dolor, y si, por ejemplo, alguien se moría y el doliente tenía un vestido rojo en el momento de muerte, debía seguir con el mismo vestido rojo hasta cumplir ocho días, que era cuando llegaba el momento de ponerse un vestido negro. Era el momento del luto. La gente no se peinaba ni se bañaba por ocho días. Esa era la costumbre.

Los pobres comíamos de manera diferente a los ricos. Usábamos cazuela, tinaja, aripo, el botijón, donde se echaba el agua. Eso era la loza. El aripo para tender las arepas y para comer en los conucos. La tinaja para mantener el agua fresca, la cazuela para calentar y la cazuela de hacer majarete. Había una cazuela para cocinar carne y una cazuela para el pescado. Había una cazuelita pequeña de hacer café y que se ponía muy negra de tanta candela que llevaba, pero era muy sabroso el café preparado en cazuela. No había tazas. Se servía en totumas, bien sea en totumitas para beber café o en totumas para almorzar. Las cucharas también eran de totuma, porque de la tapara larga se podían hacer cuatro cucharitas. Yo le digo a la gente que la pobreza de hoy no es la de ayer, porque si hoy no tienes aceite, y no puedes freír alimentos porque el aceite está caro, llega alguien, te da el dinero y llevas el aceite a la casa, y compras también harina de maíz, y así es la vida hoy,

pero antes si se compraba un plato de peltre, ese duraba para siempre, y en ese comían todos los muchachos, y si se le hacía un hueco se le ponía un tapón y todos seguían comiendo en ese plato. Había unas tinajitas que se compraban y se preparaban en la casa. Esas tinajitas que estaban en cada esquina de la casa eran preparadas para que la casa fuera liviana y se alejaran las enfermedades y se tuviera éxito en la vida. A esas tinajitas se le echaba agua bendita y se le ponían piedras de mar de las más blancas. Siempre era dos tinajitas, una en cada esquina. Esas tinajitas se conseguían en bodegas como la de Pablo Gómez o la de Carlos Ekar, que fue uno de los primeros maestros que tuvo el pueblo, uno de los primeros regidores. Si un hijo mío cometía una falta yo lo llevaba donde el señor Carlos que era el regidor, para que lo castigara, y llegaba el señor Carlos y le echaba mandador hasta que se hartara. Yo siendo su madre no le podía pegar, pero el regidor del pueblo sí, porque esa era su obligación. Los regidores también les enseñaban las primeras letras a los muchachos y les daban consejos.

Aquí siempre se acostumbraba a hacer sancocho de pescado salado, echándole un poquito de arroz y vituallas, además de zumbí verde, ají, ajo, tomate del monte, llamado también tomate de babita, yuca y ñame que era lo más abundante de las vituallas. Cariaco tenía eso, que no se llamaba verdura, se llamaba vitualla. Si el sancocho era de gallina se le agregaba cebolla y el color y el gusto del sofrito. Si era de carne, igual llevaba el sofrito. En Cariaco se comía mucho pescado salado y frijol, porque era producción del mismo pueblo. El frijol y la caraota negra, y la poncha, un tipo de judía que

enreda como la parchita. Había otra judía pintadita a la que se le decía tatiano, que se comía mucho aquí y se le agregaba coco para darle más gusto, después se le ponía un pedacito de auyama sin concha bien machacadita para darle espesor, y se le agregaba el coco rallado. Cuando se sancocha el frijol y se le agrega auyama y coco, se llama machucao, y se come con pescado salado que se asa o se sancocha aparte. Con casabe es más sabroso que con harina. La leche de coco se usa mucho. Cuando es solo auyama en forma de crema con leche de coco se le dice juguete, y si lleva frijol se le dice machucao. Eran comidas especiales de los pobres, y por eso hay unos versos que dicen:

♪ Negro no puede ser gente
 sin tener educación
 le dan coco y papelón
 y lo ven mingar el diente ♪

Mingar el diente significa morder. Era usual ver a las personas con medio coco en la mano y papelón raspado para comer. En El Muelle de Cariaco se compraba el jurel salado que era el más barato, y al muelle íbamos nosotros a vender la carga de maíz, o de coco, o de manteca de cochino. Antes se medía y se pesaba de otra manera, por ejemplo, una fanega de maíz se calcula en ciento veinte kilos. Se hablaba de arrobas, quintales, almudes, fanegas, cuartillas, que eran las cajas de madera para medir el maíz o el café. El maíz resultaba lo más común, y además de servir de alimento para los burros, nosotros lo usábamos para hacer arepas, cachapas, mazamorra

y preparar harina. La harina se hacía con el maíz seco. Si era de maíz amarillo, se le daba de comer a las mujeres recién paridas para que les bajara bastante la leche de los senos. La harina de maíz blanco se usaba para preparar meriendas. Había otro maíz llamado maíz carriaco, que era más flojito que los otros tipos de maíz. Se remojaba, se molía, y al agregarle sal, azúcar y leche, se hacía el atol de maíz carriaco. Con ese se criaba a los muchachos muy sanos, al igual que con el atol de pericaguá, que sale de una mata parecida a la de jengibre, y abajo tiene un chaco. Ese chaco se raspa, se lava y se ralla y se deja que se asiente en el agua hasta que se seque, y da una harina parecida al almidón. Luego se pone a calentar agua, se le agrega esa harina que se deslíe y se le pone dulce, sal y leche para convertirlo en alimento. Ese es el atol de pericaguá.

El coco también se usaba para sacar aceite y con ese aceite se hacía un jabón que vendían en la jabonera. La jabonera estaba en El Muelle de Cariaco. El aceite de coco sirve como purgante y para curar las gripes. Se usaba también para sacar los piojos y se usaba para peinarse. Se aprovechaba mucho la harina de banana. De la banana verde, después que se pela se hacen telitas y se ponen bajo el sol hasta que se tuesten, y se muele y aparece una harina de la que se prepara un alimento. La banana también sirve para hacer arepas y maza-morra de banana verde a la que se agrega leche de coco. Para hacer arepas se mezcla la harina de banana con la de maíz. La banana es distinta a lo que llaman plátano. A la banana otros le dicen cambur, y esa banana es de tipo manzano y de tipo reinoso. El tipo reinoso es más oscuro que el manzano. A la banana verde también le dicen mestiza, y a las más pequeña

se les dice titiaro o banana de azúcar. Comer banana verde y tomar ron puede producir envenenamiento. Con la banana dulce se hace berengué, machucando la banana y agregándole dulce. También el pechiche, agregándole la leche de coco, el jengibre y la harina de maíz.

Aquí en Cariaco, cuando yo empecé con mi grupo de comparsas Las Taparitas, ya no quedaba nada de diversión ni de comparsas. Yo me acordaba de antes, y cuando empecé con mi grupo tenía muchos años cantando aguinaldos. La primera comparsa que hice fue El Canario de la Reforma que bailé en el año 1972. Luego El Toro, ese mismo año. Después el Diablo y los mudos en 1973. La Comparsa Marisol, 1974. El Camarón del río, 1975. El Cascabel de la Reforma, 1976. La Culebra de la Laguna, 1977. El Murciélagos, 1977. La Paloma Guarumera, 1978. El Burro Soberano, 1979. El Tucusito, 1980. La Estrella de la Mañana, 1981. La Paloma Blanca, 1982, y también tengo La Piscua y la Obra de don Canuto, y un drama llamado La Huerfanita. Nosotros también llamamos esto una obra teatral. Se le dice drama porque es la historia de una muchacha que quedó huérfana y se la roban dos hombres, hasta que la encuentran en la selva. En la obra de teatro se habla de un mal marido, una culebra que pica, un doctor que vive borracho, un curioso al que al doctor no le gusta, una arepa que repartimos entre todos los pobres. Entonces es una obra de teatro que llega a un buen final, como es el Cascabel de La Reforma. Para nosotros es una obra de teatro, no una simple comparsa ni una diversión, porque hay baile, hay canto, pero también hay diálogos. Antes en Cariaco había muchos dramas, el del campesino, el de los pueblos que hablan, el

drama de la madre tierra. En el drama no se usan enjarmes de pájaros ni de culebras. Hay diferencias entre diversiones, comparsas, mojigangas y dramas. En diversiones se debe ir bien trajeada, en mojigangas mal trajeadas. Una mojiganga se hace con ropas de desecho, ropas viejas y estrafalarias, pero cuando se habla, por ejemplo, de representar una culebra, nosotras vamos bien trajeaditas y pintadas, y con la bandera que no puede faltar.

♪ Si vas para abajo
y eres de acá arriba
te tendrás que untar
cebo en las rodillas ♪

Esa era una cantica de Cariaco, porque en este Cariaco, donde yo fui pura, había diferencia entre los de arriba y los de abajo, entre pobres y ricos. Los que estaban arriba no podían ir abajo. Mi madrina Sabina Guzmán, que presenciaba lo malsano, y nos contempla desde lo alto, posada claramente en el mismo cielo de Cariaco, lo entendía muy bien, y ahora que está en el mundo espiritual y en la luminaria del universo mágico de la bienaventuranza, lo ve mejor. Ella vivió sus mejores años en este pueblo donde fue servicial antes de que se cerraran sus ojos y conociera la gloria prometida y la gracia de Dios. No me desampara ni de noche ni de día, y todo me lo dice sin permitir que me desvanezca. La miro recostada de las paredes cuando estoy pensando en mis dramas y no me da miedo. Ella a veces se aguanta varias horas alrededor mío y sale de la oscuridad, y entra en la claridad con toda su belleza,

y nos escudriña, y pronuncia palabras que causan impresión de inmediato. No me imagino el día en que finalmente me tenga que ir con ella para siempre, como lo he pensado una vez y otra vez. El día en que mis huesos se queden quietos aquí en Cariaco, felizmente elegidos por su sabiduría, yo volveré a ser Guillermina Ramírez, la misma ahijada de Sabina Guzmán. Quisiera que eso fuera durante un mes de lluvias como agosto, que resulta el mismo mes en que mi madre María Isabel Cova me dejó huérfana a los siete años. Seguramente yo andaré también como mi madrina Sabina Guzmán, de aquí para allá y de allá para acá. Con eso lo digo todo.

♪ Un 19 de agosto
 fue el día de mi tristeza
 desde entonces mi cabeza
 cogió el camino al revés ♪
 Hoy padre ni me ve
 ni me da su bendición
 y yo pienso con razón
 ¡Que tarde he venido a ver! ♪

Nota del autor: Guillermina Ramírez Cova, nace el 25 de junio de 1926, y fallece el 9 de agosto de 2001.

ALBERTA “BERTA” COVA

Mi papá también era muy sabio, y me hablaba mucho. Eso fue una belleza de padre. Luis Antonio Cova se llamaba. Nació en el siglo XIX y murió a los noventa y cinco años, un 17 de noviembre de 1984. Él me decía:

—Hija, hay gente y hay gentualla, y usted tiene que ser gente.

Yo no sé cómo él aprendió tanto en la serranía de Campoma. Era descendiente de una negrita esclava que llegó a Campoma huyéndole al castigo, y se escondió en este pueblo. Mi papá salió negro con el pelo crespo, y lleva el apellido Cova, que es mi apellido. Me repetía que ese apellido Cova no era de nosotros, que nosotros teníamos ese apellido porque descendíamos de esclavos, y ese era un apellido ajeno. La bisabuela de mi papá, que fue esclava, se llamaba verdaderamente Rosa Enchalmar, y la trajeron prisionera desde África hasta las costas de Trinidad. Según mi papá, a ella la agarran con una moneda de plata escondida entre los crespos de su cabellera. De Trinidad la trasladan como esclava a tierra firme y la ponen en Tarabacoa, muy cerca de aquí. El capataz de los esclavos en Tarabacoa tenía un hierro con la marca “C”, de ese apellido Cova, y con el hierro caliente marcaron en Tarabacoa el cuerpo de la esclava Rosa Enchalmar, que fue bisabuela de mi papá. La marca se la ponían en el brazo a

cada esclavo. Allí en Tarabacoa la tuvieron trabajando horriblemente, hasta que logró fugarse y se escondió en Campoma con otros cimarrones.

Rosa Enchalmar tuvo su primera hija que fue la abuela de mi papá. Desde ese momento los descendientes llevamos el apellido Cova, que surgió de la marca en su cuerpo. Para recordar la descendencia de la esclava Rosa Enchalmar, cada grupo familiar que logre hija hembra bautizará una con el nombre de Rosa. Esa esclava Rosa Enchalmar parió a la abuela de mi papá, y la abuela de mi papá tuvo dos hijas llamadas Pía y Eugenia. Antes, en vez de señora se decía Ña, y ellas fueron Ña Pía y Ña Eugenia. Ña Pía fue la que parió a la mamá de mi papá, mi abuela llamada Severa Cova, y Severa Cova encastró y trajo a este mundo de Campoma a mi papá Luis Antonio Cova. Del apellido Cova de mi papá, vengo yo que me casé con Carlos Cova Rodríguez, también nativo de Campoma, y con él tengo ocho hijos que llevan dos veces el apellido Cova.

Yo lidié con mi papá hasta el momento final de su vida, porque él era un hombre culto. Luis Antonio Cova sabía mirar cosas hermosas que yo no entendí en mi niñez. No comprendía la densidad del amor y un día me di cuenta que mi papá amaba a mi mamá porque cómo se justifica que, si en mi casa todo el año había cosechas y terminaba la cosecha de un fruto, y terminaba otra, cuando mi papá venía del conuco en su burrito con dos cargas de frutas, siempre traía en la mano algo especial para mi mamá. Eso resultaba un gesto de amor en aquellos tiempos. Cuando no eran flores silvestres, eran frutas bien escogidas. El llamaba a mi mamá Mi Felipa, y mi

mamá lo llamaba Blanco, aun siendo él más negro que ella, porque la verdadera blanca y hermosa era mi mamá. Mi mamá era inocente y pura. A ella no le gustaba que la vieran embarazada. Le daba vergüenza. Si estaba embarazada y venía su papá, se sentaba en cuclillas y escondía la barriga, para dejar que su papá pudiera seguir el camino sin fijarse tanto en ella. Era una mujer a la que no le gustaban ni bullas ni escándalos. Era una mujer muy hermosa en el vestir, muy aseada, y con buenos modales al comer. Fue sumamente bella. A pesar de tener veinte hijos, nunca padeció de matriz. Nunca le brotó una vena, nunca tuvo ningún problema de salud. Ahora la estoy viendo en mi mente clarita. Murió con esa piel como una niña. A mí me gustaba mucho la calle, y ahora recuerdo las enseñanzas de mi mamá. Ella me decía:

—Hija, cuando andes en la calle, o en alguna casa ajena, y empiece a llover, y veas esos torrenciales de agua, usted debe correr para su propia casa y no quedarse en la calle bajo un golpe de agua, porque bajo el ruido del agua un hombre se puede poner en ti, te puede luchar, y nadie escuchará para salvarte. Si un hombre te ofrece dinero no lo agarres, porque los hombres no dan nada de gratis. La mujer para el hombre es una galleta —eso decía mi mamá.

Campoma tenía dos calles nada más, calle La Chica y calle El Bajo. La calle La Chica era la Calle Real, la principal. Una calle larga y al final quedaba la montaña. Ahora están en esa calle el Liceo y el Cementerio. En esa calle había una mata de chica, que era una mata muy frondosa, alta y gruesa como el mango. Esa mata está silvestre en la montaña y por eso le pusieron calle La Chica. Esa calle llegaba hasta la primera mata de

chica, y de allí en adelante todo era montaña. Ahora la montaña está más lejos y la calle más larga, porque la población ha crecido. La calle La Chica está en lo alto, con las mejores casas de Campoma. Allí se forman las fiestas y está la Capilla que construyó el ingeniero italiano Armando Padumbo. De esa calle La Chica sale la otra que es para venir hacia el bajo, y por eso su nombre es la calle El Bajo. Es una sola calle que empieza en la Laguna a la altura del puente por donde atravesaban los carros hacia Araya. Esa parte de Campoma, El Bajo, está cargada de misterios. Todo eso es Laguna, todo es pantano, todo intransitable. Además, hay babas, culebras y muchos otros animales peligrosos. Si se sigue esa ruta se llega a El Muelle de Cariaco y a una parte que llaman Terranova, que es otro caserío donde hay una mata conocida como maramarey, muy amiga de las mapanares. Es un bejuco con muchas puyas que corre extendido, y hace bojotes en otras matas y las seca.

Yo nací en Campoma en la parte del bajo, y allí había una enfermedad llamada mozuelo que acabó con demasiados niños. Cuando las mujeres parían no se alegraban de su parto hasta no cumplir los quince días. Si a los quince días se mantenía el niño sin problemas, se gozaba. El mozuelo era una infección que ya venía en el ombligo, porque en aquel entonces no había inyecciones ni vacunas. Se curaba a fuerza de remedios naturales como el aceite, el algodón quemado y las cenizas de tabaco. Así se salvaban los niños. Yo fui una de las que me salvé. Mi papá contaba que cuando mi mamá me pare, quien me cría es mi hermana de ocho años. Ella jugaba conmigo y subíamos a los árboles, porque mi hermana era como un hombre que tenía mucha fuerza. Era una negra muy

hermosa de nariz perfilada, labios delgados, y muy ojona. Decía que yo era terrible, que yo era muy fuerte en el llanto. Mi hermana, que era mi niñera, me curó una pierna que se me doblaba. Cuando ella sentía ganas de orinar lo hacía sobre mi pierna hinchada, y con ese líquido de su propio cuerpo me fue curando. Tenía ocho años para ese entonces, pero era una verdadera sabia con esa edad para atreverse a curarme de tal forma. Yo le decía Nana, pero ella se llamaba Helena Cova. La primera palabra que yo pronuncié a los pocos días de nacer fue Nana, y decía esa palabra para ella. Ella me cría y me ayudó a criar a mis hijos.

Primero fue Campoma que Cariaco, porque Cariaco se creó como hacienda de cacao cuando Campoma ya existía. Campoma era un pueblo que llamaban por otro nombre, hasta que llegó una peste con fiebres y diarreas, y allí la gente se fue muriendo de casa en casa, y en cada casa encontraron muchos fallecidos. Familias enteras quedaron muertas. Allí estaban los negros que huían de Tarabacoa, y llegó un hombre de apellido Llamozas que agarró ese espacio como sitio de su propiedad. Campoma entonces se muda para este otro lugar, y hoy Campoma vive del trabajo agrícola, de la artesanía, de la cría y de la pesca en la Laguna. Allí se pesca una especie que se llama Juan Chuchú, y que en algunas partes le dicen pargo negro, pero en esa Laguna también están la coroba, el querepe, el bagre, el róbalo y la armadilla, que le dicen buco. Esos son los nombres de los peces de la Laguna, llamada Laguna de Campoma, y que está llena de secretos.

Simplicio Ruiz tenía los secretos de la Laguna. Él mata a una culebra y habló con los genios, y hubo un día en que

quedó como en un sueño a la orilla de la Laguna de Campoma, y cuando despierta estaba en un pueblo en el fondo de la Laguna, sentado en una silla, y la silla eran rollos de culebras, y las culebras le dijeron, «Nosotras éramos tres hermanas y tú mataste a la más pequeña». De allí, de haber matado a esa culebra, le vino el poder a Simplicio Ruiz. La principal de esas culebras se llamaba Glascón y vive en una parte de la Laguna donde después de Simplicio Ruiz, nadie ha podido ir, y por eso es que él quedó con todos los secretos. Vivía solo y decía:

—Hay negros de negros.

Cuando enfermó gravemente, y se fue a morir, muere pero no estaba muerto. El médico que le atiende pregunta sobre quién fue ese hombre en la vida que llevaba tres días de muerto, y seguía y seguía viviendo. Hubo que voltearlo bocabajo para dejar su cadáver en reposo, y al moverlo del sitio donde lo encontraron muerto, la tierra tembló.

Siempre me ha gustado hablar con la gente vieja, porque así aprendo de los mayores. En Campoma había un señor llamado Encarnación Arcia, al que le decían Cachón. Ese era un llanero que vino huyendo cuando el gobierno del General Juan Vicente Gómez, y en Campoma se enamoró de una negrita y se quedó a vivir allí. Lamentablemente ese apellido no quedó en Campoma porque cuando él murió se llevó su apellido Arcia, y los hijos tuvieron otro apellido, el apellido Rojas de su madre. Ese señor Arcia era aindiado. Era un viejo extraño y yo me sentaba a hablar con él, y a preguntarle muchas cosas, porque él sabía demasiado y tenía cantidades de libros. Cuando empecé a tener mis hijos, yo iba a su casa

y le preguntaba que sería bueno para una diarrea, o para una enfermedad de tal tipo, y él me decía:

—Mira ven acá, agarra esta mata, córtale la raíz, y esto y lo otro, y esa mata se llama tal, y esta mata es así —y de esa manera fui aprendiendo con él.

Había otro nativo de Campoma llamado Lorenzo Rojas. Me acuerdo que era un señor delgadito y pequeño, y decía que estaba perdido porque no quería que su otro yo apareciera. Recuerdo demasiado a Lorenzo Rojas entre tantos hombres cultos que conocí. Esa gente era sabia. Conocí a muchos de ellos y hablé con ellos todo lo que quise hablar, y me alimenté de sus palabras.

Mi madre tuvo veinte hijos, repartidos entre once hembras y nueve varones, y de esos veinte murieron ocho, uno tras otro. Los dos primeros hijos fueron hembras y después fue que tuvo ocho partos seguidos de varones. Murieron todos. Embarazo normal y nacimiento normal, pero hijos muertos. Mi papá viendo aquello de tantos muertos le agarró la orina, las aguas como dicen, y se las llevó a una curiosa, y la curiosa le mandó en una tapara un remedio preparado para que se lo tomara. La curiosa dijo:

—Si se toma todo esto volverá a tener hijos con vida —entonces ella empezó a tomar el remedio y a la mitad del tratamiento parió el primer varón, a mi hermano Luis.

Él se llama Luis Beltrán, porque en Campoma cuando a la gente se le mueren muchos hijos hay que escoger el nombre de Luis Beltrán para que se gocen. A ese hermano mío, Luis Beltrán, lo cocinaron en una fiesta al nacer para que no muriera como los otros. A él lo metieron en una paila, le pusieron

bastante comida dentro de esa paila y le atizaron la candela sin prender el fuego. Esa parte era un símbolo, era como un bautizo, y con el niño metido allí, en la paila, sacaban los alimentos para brindar. Después de haberlos comido todos, al último que sacaron fue a mi hermano, y le pusieron ese segundo nombre, Beltrán, y desde ese momento mi mamá Felipa Lara pudo gozar todos los partos siguientes. Yo aprendí a preparar ese remedio de la tapara para las mujeres que no pueden parir. Primero las mando al médico, y si el médico no las cura, las curo yo. Curo mujeres que no pueden parir y curo hombres impotentes, y curo de todo, porque amo la vida y la naturaleza.

Me vine de Campoma el día 17 de septiembre de 1988, porque nunca quise aventarme allí para siempre. Ahora estoy entre Campoma y Queremene, en este lugar llamado Bojordá, que se llama así porque esto antes también era una laguna y los ríos se metían, y al bajar la altura de esos ríos la gente hacía bojordó. Esa palabra bojordó significa conuco, pero ese conuco tiene más plantas comestibles que cualquier otro. Este terreno es una herencia de mi papá, quien llegó a tener dos haciendas. Eran diez hectáreas con matas de ciruelas amarillas y árboles de cedro, pero yo le puse a este lugar de Bojordá el nombre de “La Fiera”, porque así, “La Fiera”, me llama mi marido Carlos Cova. Este es el lugar de “La Fiera” y aquí yo busco la naturaleza. Llevo muchos años matando plagas, matando culebras, cascabeles que ya me tienen miedo y yo tranquila, porque vivo de mis plantas. Me gusta levantarme en la mañana, hablar con ellas, respirar su olor en el aire. Eso lo llevo en la sangre, eso es muy mío. Por ejemplo, hablo con

la mata de mandarinas cuando no ha parido. Muchas veces he peleado con ella, la regaño porque no pare y al poco tiempo está florecida. He aprendido mucho con la naturaleza y con la vida, y siempre he sido muy maliciosa, y por eso es que le digo a mis hijos que crean en todo el mundo, pero no confíen en nadie.

En Campoma las mujeres siempre se cortaban el pelo y se lo alisaban, y yo por el contrario haciendo mis crinejas. Haciendo mis peinados empecé a llamar mucho la atención. Así logré que vinieran a mí para que entendieran cómo yo lo hacía, y así empezaron a tomarme en cuenta en todo, y a fijarse mucho en mí. Cuando salgo, cuando entro, cómo me visto, y en todo lo que hago se fijan en mí. La mayoría de la gente me mira haciendo los peinados. Ellos solo ven y no preguntan, y así van aprendiendo. Le digo a la gente que vea, pero que no toquen, que no me pongan la mano en la cabeza, porque el mal de ojo existe y puede tumbarle el pelo a uno. Hay una mala vista. Hay una hora del día en que se puede matar a alguien con los ojos. Mi papá me lo decía:

—Trata de no dejarte agarrar por ningún hombre, que no te pongan la mano en la cabeza, porque el hombre aguanta a la mujer y por donde la aguante, la domina.

Mi mamá y mi hermana Nana, la que me crió, hacían peinados, pero no como los hago yo. Antes uno decía en Campoma «Agárrenme unos moños metidos». Ese era el favorito, pero después decían, «Agárrenme los Caribes. Agárrenme los moños empatados». Yo fui superando todos esos peinados y creando otros nuevos por mucho tiempo. Conocí en Campoma gente que se peinaba una vez por mes, se agarraban dos

moños y eso les duraba un tiempo inmenso. Mi papá Luis Antonio Cova decía que la mujer debía bañarse solo una vez al mes para que el hombre la oliera bien, y que bañarse mucho acortaba la vida. También decía que el marco de la belleza de una mujer era el pelo y jamás debía cortárselo. Yo creo que es así.

A mí me gusta mucho variar, cambiar. Si tengo un peinado hacia atrás, me gusta ponerlo un día de costado y otro día de frente. De acuerdo al pelo, a la forma de la cara y al tamaño de la cabeza yo hago el peinado. Por ejemplo, el peinado que más uso se llama la pirámide, pero tengo otro que se llama el puente, y los dos son invención mía, pero he inventado muchos más, como uno llamado quinto piso, y otro llamado la corona. Todos esos son nombres de mis peinados, pero son muchos más de cien tipos de peinados y se hace muy largo seguir citándolos. Lo importante es que yo hice que todo el mundo viera en mis peinados motivos de admiración, porque logré que ninguna mujer se cortara el pelo en Campoma. Al ver lo bonito de mis crinejas las mujeres empezaron a dejar que les creciera el pelo para ellas hacerlas como las hago yo. Así fue pasando todo. Antes se cortaban el pelo o se lo alisaban, porque aquí sentían vergüenza de ser negras, sentían vergüenza de sus padres. Ahora no, ahora quieren lucir peinados como los míos.

La mujer de Campoma se cuidaba el pelo con aceite de coco. Yo uso jabón azul y aceite de coco. Al aceite de coco le echo un poquito de romero, agua de limón ácido o de limón tierno asado. Mi mamá me lavaba el pelo cada ocho días, así uno se mantiene y se cuida su pelo, y para adornar la cabellera,

lo mejor que había antes era la rosa natural, pero también se lucían cortejos y ganchetas sacadas de un árbol que es de por aquí. Se usaba un pañuelo llamado turbante para acompañar un bonito peinado, y el vestido de más uso era el de serpiente. Todo ese vestuario se hacía más elegante si en el rostro se agregaban zarcillos, y la pintura de labios preparada con flores de bella las once.

Los tiempos en Campoma han cambiado mucho. Yo conocí a un muchacho audaz que estaba en la delincuencia desde los once años. No robaba en Campoma, y no le gustaba que robaran a nadie. Si a una persona en Campoma le robaban un cochino o algún equipo, porque la casa estaba sola, ese muchacho salía con una pistola a buscar al que robó, y al encontrarlo le decía:

—Entrega lo que cogiste de esa casa, porque si no te voy a desbaratar el pecho —así que en Campoma nadie robaba mientras estuviera presente José Campoma.

Se llamaba José Jiménez García y le decían José Campoma. Era un muchacho hermoso y elegante, pero era muy audaz y tenía su propia banda. Hasta las mujeres de Campoma estaban con él y lo seguían, porque se enamoraban. Ese muchacho no aceptaba robos en su propio pueblo. Él no robaba bodegas. Él robaba fuera de Campoma y no robaba cualquier cosa. Robaba en joyerías, en fincas, en grandes negocios. Tenía dos pistolas Glock muy potentes, tenía uniformes de guardias y hasta se vestía de sacerdote para pasar de un lado a otro. Tenía tanta fama que lo llamaban de Colombia para incluirlo entre grupos de bandidos porque era muy inteligente. José Campoma cometía sus robos y cambiaba euros y dólares por

bolívares para dárselos a la gente pobre. Él buscaba a los ricos que tenían ganado y gozaban de grandes fortunas y carros de lujo, y haciendas y fincas entre Campoma y Chacopata, donde hay tierras demasiado fértiles. José Campoma se metía en esas montañas y pasaba días para luego presentarse en las casas de los ricos donde iba a robar. Finalmente, la policía dio con él.

Caigo en esta conversación, porque Campoma está llena de manglares y de caimanes, y pantanos. Son muchos los lugares donde quien mete el pie se hunde hasta la cintura por el fango, y así es como la mayoría de las mujeres, como la Simeona, cortan el junco. Mi papá decía que esa era una vida muy triste y él nunca dejó que fuéramos a la Laguna de Campoma por más necesidades que tuviéramos. Pero José Campoma si conocía bien esa Laguna y las montañas. Él no tenía estabilidad mudándose de un lado a otro, huyendo con unos burros cargados de maletines de oro y billetes de toda especie, y pare usted de contar. La plaga lo hacía salir del monte y llegaba a dormir al pueblo de Campoma, aunque su mamá no estaba de acuerdo con esto, porque no quería nada robado.

Todo el mundo lo conocía y él andaba armado hasta los dientes, con sus dos Glock y con granadas, por eso no me explico lo que pasó, porque la parte del bajo es una parte misteriosa, llena de pantanos, plantas de mangles y la Laguna. Todavía me pregunto qué pasó. A las cuatro de la mañana José Campoma corría para su guarida en la montaña más intransitable, donde quien no la conociera solo podía hacerlo en helicóptero. Para llegar hasta donde estaba José Campoma había que pasar sobre tres o cuatro palos de coco que él colocó antes de la entrada de la chocita que tenía en medio del

pantano. Allí se aislaba. La policía que llevaba largo tiempo buscándolo se internó por la vía de Terranova, la vía de El Muelle de Cariaco, y lo que no me explico es cómo se mete por esos caños tan peligrosos para dar con José Campoma. Él huía por todos lados escapando de los tiroteos. No se sabe cuánto tiempo pasó la policía en esa montaña pantanosa, esa montaña de tierra movediza de barro negro, feo, que hierve y puya. Y me pregunto ¿Cómo llegó el gobierno allí? Quedó la marca de los que estuvieron esperando a José Campoma. Se dice que estuvieron un mes estudiándolo para capturarlo junto a sus aliados. José Campoma tenía veintitrés años, y los otros dos, que eran los grandes jefes, uno con veintidós años, y el más joven con veinte. Habían secuestrado a un ganadero que entraba a su finca, y el secuestro es un delito mayor. Dicen que con una parte del dinero del rescate querían hacer una gran fiesta en Campoma para celebrar el día del padre y comprar un toro. Ese toro no llegó a sacrificarse porque ese mismo día, que era domingo, los estaban velando a los tres, y ese pueblo sufriendo. Primera vez que yo veo en un mismo domingo tres urnas con tres cuerpos tan jóvenes en la calle El Bajo de Campoma. Quien llega a la calle El Bajo siente que hay algo que lo arropa, algo que no se sabe qué es. Hay algo allí cerca de la montaña, entre Campoma y Chiguana, cargado de misterio. Por allí queda el Caño del Junco, Caño La Bruja, Caño Profundo, El Islote. Todos son muy peligrosos.

A los dieciocho años decido salir de Campoma a Caracas. Esto para mí fue muy triste, fue algo que nunca compartí, que nunca comprendí. El trabajo de cachifa nunca me gustó. Siempre salía, quizás brava, o triste, porque no me adaptaba

¡Ni me adapto! No sé si la palabra está bien dicha o es mi manera de pensar, pero para mí más vale la pena estar en la prostitución que estar de cachifa, sirviendo como una esclavizada de casa en casa. Yo lo hice por necesidad, para ayudarme, y sacar a la familia adelante, pero había otra cosa que me indignaba, y es que siempre los amos de las casas querían aprovecharse de mí, y era lo que me obligaba a salir, a retirarme, aunque estuviera cómoda con el trabajo. Siempre he tenido algo que no va en la belleza física de la mujer, ¡No! No va en la belleza, eso va en la sangre, porque no se justifica, y hasta ahorita no entiendo, que yo estuviera con un grupo de mujeres jóvenes y hermosas y los hombres se fijaran solo en mí, y quizás todavía se fijan en mí. Según mi forma de pensar, eso es algo sanguíneo.

Mi primer sitio de trabajo fue en Los Palos Grandes, y recuerdo a esa familia. El dueño de la casa era un extranjero, debía ser extranjero, digo yo, porque siempre acostumbraba a vivir desnudo en su propio hogar, y eso fue el motivo por el que me salí. Estaba su esposa y una niña como de diez añitos. Ahora lo veo clarito, que para mí no era venezolano por su forma de ser. Su pelo, sus rasgos, su color. Un hombre muy blanco. Yo apenas acababa de cumplir dieciocho años, pero era una muchacha que miraba al futuro, siempre con el futuro por delante. Me acuerdo que Rafael Caldera, en ese momento, ganó la presidencia de Venezuela.

Mis padres no querían que saliera de Campoma, pero ya mi hermana María Josefa estaba en Caracas y me fui para allá con dos compañeras de mi edad. Eso ocurrió en el año 1968. Llegué a la casa donde ella trabajaba. Era una casa de familia,

pero la trataban muy mal porque estaba con su hija. Yo fui muy apegada con mi hermana y llegué a esa casa que era casa de ricos. Había situaciones que yo no entendía por venir del campo. Creí que siendo mi hermana ella podía tenerme en esa casa. Cuando ve que yo llego a esa casa, que quedaba en Vista Alegre, al lado de la casa de Simón Díaz, ella me mete en un taxi y me manda para Lídice a la residencia de una señora llamada María Rodríguez, que también era campomera.

María Rodríguez perdió a su mamá muy joven y salió de Campoma por el trato que le daban los tíos. Esto fue lo que me contó. Había una gente de Cumaná que iba a mudarse a Caracas y ella les pedía que la llevaran, pero como era muy niña no la podían hacerlo. Bueno, esa María Rodríguez, teniendo diez añitos, aprovecha y se mete escondida en el transporte de mudanza que iba a tardar tres días en llegar a Caracas. Como pudo se metió dentro del depósito de las maletas y se vino huyendo. ¡Tres días de viaje! Hay que imaginarse cómo aguantó esa muchacha tres días. Me dice que llevó una taparita de agua para calmar la sed. Entonces, cuando esa familia está sacando los corotos, salió ella. A la dueña de la casa le decían Misialú, y se había instalado en La Pastora. Ahí se forma María Rodríguez con Misialú. Yo conocí a esa señora en su casa de La Pastora. Era muy elegante. Entonces María Rodríguez se formó en ese hogar, pero se enamora de un inglés y le pare un hijo. Allí se quedó con Misialú, criando al hijo del inglés. Luego sale de esa casa, porque se enamora de un señor llamado Pedro Rodríguez, que también conocí. Él era un carnicero de Maracay y la saca a vivir a Lídice, y hacen una familia. Tuvieron siete hijos.

Mi hermana me manda para la casa de María Rodríguez que estaba en el Lote H, número 11. Me acuerdo de la dirección en Lídice. María Rodríguez, que conoce a mi mamá y sabe de dónde vengo, me trata en su casa como a una hija más. Ella es quien me lleva a trabajar en Los Palos Grandes. Allí estuve como dos meses. No demoré mucho porque, como dije antes, el hombre de la casa siempre estaba desnudo, con sus partes íntimas afuera. Siempre estaba sentado y desnudo en cualquier parte. A él no le importaba que yo lo viera. Era como su costumbre. Luego de ahí me vengo otra vez para la casa de María Rodríguez en Lídice. Ella me enseñó a cocinar, ella me llevaba al mercado de Catia, ella me llevaba al mercado Guaicaipuro, al mercado de Quinta Crespo, porque ella hacía hallacas para vender y yo era su compañera. Ella fue quien me enseñó a conocer a Caracas. Ella me decía vamos para allá y vamos para acá. Me iba a buscar al sitio donde me llevaba a trabajar. Los domingos mi hermana María Josefa iba para Lídice a verme y a compartir conmigo. Yo me quedo en Lídice no por mucho tiempo, porque después de las vacaciones María Rodríguez se venía con sus hijos a Campoma. ¡María Rodríguez!, le debo mucho a esa señora.

Pasado un tiempo mi hermana me mete en otra casa a trabajar, en la Avenida París en Las Mercedes, también en Caracas. Calle París, Edificio París. Ese edificio era de cuatro pisos. No había ascensor, y yo tenía una vibra porque a la mujer de la casa le caía muy bien. Hacía mi trabajo muy bien. Para ese entonces era señorita y tenía el ego muy alto. Decía que no me iba a acostar con ningún dueño de casa así porque sí, y por eso, con mucho dolor, me salí de ese lugar. La señora era una

peruana y el esposo muy buenmozo con los ojos verdecitos. Era una pata de hombre que quizás ahorita no sé lo qué hubiese pasado con él y conmigo. Yo era ama de llaves en esa casa, bueno, ciertamente no era una casa, sino que era un apartamento pequeño. Él era español y tenía dos hijas. Enviuda, se viene a Venezuela y se casa con ella, y después conciben al varón, un hermoso niño. Cuando llego a ese apartamento hacía de todo. La señora de la casa era secretaria, no sé dónde, y salía a trabajar. Ella salía y su esposo siempre viajaba. Tenía un microbús muy grande y viajaba hacia cualquier parte de Venezuela, mientras yo me quedaba sola en esa casa. Las dos niñas se iban al liceo y el niño se iba a otro colegio. ¡Fíjense esta vida mía!

Cuando yo quedaba sola, a partir de las ocho de la mañana, el señor se devolvía. Ese apartamento tenía una cosita que uno le ponía a la puerta, una cadenita, entonces él metía la llave, pero la puerta tenía la cadenita y yo tenía que ir a sacarla. Él llegaba y no me decía nada, pero todos los días y que se le olvidaba algo. Todos los días, cada vez que quedaba sola, él iba y no decía nada, solo entraba y salía. Yo era flaca, y quizás era una hermosa muchacha, entonces él entraba y salía, entraba y salía, así como nervioso. Lo observé casi una semana, todos los días en ese plan. Cuando faltaban como quince minutos para las once de la mañana, me ponía nerviosa y pensaba, «Pero ¿Qué le pasa a este hombre? No me explica nada ¿Pero todos los días se le va a quedar algo?». Ya no le metía la cadenita a la puerta. Yo lavaba, cocinaba y limpiaba al mismo tiempo, entonces cuando él abría la puerta ya estaba tan incómoda que dejaba los oficios, así fuera en la cocina, y

me paraba en el balcón. Me quedaba ahí, parada en el balcón, hasta que él entraba y salía, así como nervioso. Cada vez que él abría la puerta yo cerraba la cocina rapidito y me paraba en el balcón y pensaba, «Si viene a agarrarme a la fuerza me voy a zumar por el balcón». Ya lo tenía todo planificado. Me decía a mí misma, «No me voy a matar. Me reventaré una pata, pero no me voy a matar», porque abajo había un jardín de grama muy grande y hacia el otro lado había una piedra enorme de adorno. Siempre pensaba «Si él me va a agarrar a la fuerza me tiro por estos cuatro pisos y no me voy a matar». Él era un hombre enorme y hermoso, y usaba mucho la colonia Hamilton. Se puso nervioso y nervioso hasta que se me declara. Él me dice:

—Berta, siéntate aquí. Ven a ver cómo era España en temporada de invierno y España en temporada de verano.

—Es que yo no tengo nada que ver con España ni con eso ni con usted. ¿Qué le pasa? —le grito desde el balcón.

Hasta que se me declara y me dice que quiere estar conmigo, que él me comprar de todo, y por ahí se fue hablando y hablando, y yo aguantada en el balcón. Yo decía, «Dios mío ese hombre me agarra, así como estoy de flaca, qué no me hace». Entonces no hallaba que darme y me sacaba el álbum con las fotos de España, y se me declara. Le digo:

—Pero bueno ¿Por qué usted no se buscó otra negra?

—Es que a mí me gustas tú —responde.

—¡Usted se hubiera casado con una negra! ¿Cómo le va a hacer esto a su esposa? —le vuelvo a replicar.

Y así estaba ese hombre hasta que, cuando eran las once de la mañana, ya cerca de las doce, se iba. Entonces yo en

vez de hacer una comida buena, siempre preparaba huevo y queso. Lo más rápido para los niños que venían a la casa. Así estuve hasta que él se pone bravo y me dice:

—Tú lo que estás es enamorada del vigilante que trabaja al lado, en la tienda —porque al lado del edificio había una tienda de regalos donde iban las ricas a comprar.

Cuando ese hombre salía de viaje para Puerto Rico me traía buena colonia, me traía ropa, me traía de todo, pero yo no lo agarraba porque él se lo daba a la esposa y a las hijas, y ellas me decían,

—Berta, ve lo que te trajo mi papá —y la señora y sus hijas, tan inocentes me lo daban.

—Esto te lo trajo mi esposo.

Yo me decía «Si me lo da él directamente no lo voy a agarrar». Los sábados él se iba a reposar con su esposa, y yo en mi cuarto que no estaba lejos del de ellos. Allí me quedaba con la puerta cerrada, pero sin seguro. Él se paraba a punta de pie, en medias, y venía a empujarme la puerta dejando a la esposa allá en su cuarto. Esa era una obsesión que tenía conmigo. Cuando se me mete como por dos veces al cuarto, yo me levanto y le grito duro, para que oiga a la esposa:

—¿Qué quiere señor? ¿Qué pasó?

—Estoy buscando algo aquí, unas medias —decía para disimular.

Después, cuando yo me acostaba en mi siesta, le metía el seguro a la puerta y él tocaba y me llamaba calladito ¡Estando la esposa ahí! Era una loquera porque esos apartamentos resultaban pequeños y entonces yo le gritaba:

—¿Qué quiere? —y él salía corriendo.

Fue tanto el acoso que le digo a mi hermana María José, la que trabajaba en Vista Alegre, que yo no podía seguir allí. Le conté:

—Cefa —porque así la llamábamos—, tengo este problema. Estoy muy amañada en ese trabajo, es muy hermosa la señora, pero ese hombre me ataca demasiado. Cuando llega de madrugada, porque viene de viaje, y amanece durmiendo, yo me quedo en la casa con él y eso es un calvario para mí. Ese hombre allí durmiendo y yo limpiando, ¡Ay no, por Dios! Bueno, gracias a Dios no ha sucedido nada, pero también me cela mucho —eso le expliqué a mi hermana.

—¿Cómo es posible que te hagan eso? —me dice Cefa furiosa.

Hasta el sol de hoy su esposa, si vive, no sabe por qué me salí de esa casa. Nunca le dije porque la mayoría de ellas no creían, y lo ponían a uno como lo peor, porque yo escuchaba a mis compañeras que contaban eso. Así que esa señora no tuvo idea del por qué me fui de su apartamento.

De Las Mercedes me regreso para la casa de María Rodríguez a Lídice, mi casa de confianza. Estuve allí un tiempo y después mi hermana me ayuda a buscar otro trabajo en La Castellana. Ese trabajo en La Castellana lo logro porque ya estaba diestra en Caracas, y me había ido para una agencia de colocaciones domésticas. Era algo para mí muy deprimente, ¡Muy triste!, porque muchas muchachas colombianas, merideñas, zulianas, y de tantísimos lugares de oriente, como Campoma, venían justamente con su maleta sin conocer a nadie, a esa agencia, a tratar con gente nueva, ¡Por Dios! El secretario de la agencia era de apellido Delgado. Esa agencia quedaba

en el centro de Caracas, por los bloques de El Silencio. Yo no sé si eso se ha terminado. Uno llegaba con su maleta allí y las amas de casa iban o llamaban por teléfono, pagaban la comisión y de plazo nos daban un mes para que uno se adaptara al carácter y a las costumbres de ellas. Se servía como una esclavizada. Una cachifa. Entonces yo me voy a esa agencia de colocaciones domésticas por la altura de la avenida San Martín, cerca de donde queda la plaza O'Leary, ya llegando a El Calvario. Me voy a esa agencia donde se ganaba, por lo más alto, ochocientos bolívares mensuales. Ellos, los de la agencia, hacían sus trámites y los dueños de las casas pagaban su comisión. El secretario de la agencia tenía que repartir por día a tres o cuatro, y le decía al chofer:

—Tú vas a llevar a esta para Los Palos Grandes, a aquella la llevas para Chacao, a la otra para tal o cual sitio.

El chofer tocaba el timbre en la puerta de esas quintas familiares de los ricos y entregaba a esas muchachas a los dueños de las casas. Luego iba a la siguiente dirección y entregaba a la otra, y así sucesivamente. De plazo le daban a uno un mes. Si uno le caía bien a los dueños de casa y les gustaba el trabajo, quedaba un mes para decirlo. Y si no se acoplaba, uno era regresado a la agencia. El secretario no les devolvía el dinero a los dueños de casa, sino que les enviaba otra muchacha. Ellos pedían:

—La requiero oriental, o de tal parte, o de tantos años —por cierto, yo no trabajé con una mujer famosa que concursó en el Miss Universo porque ella era racista, a pesar de que su piel no era blanca. Yo estaba lista, preparada para ir a trabajar con ella, pero no le gustaban las negras.

En esa agencia de colocaciones estaba el señor Delgado, que recuerdo tenía un bracito malo por naturaleza, y que además era muy activo. Allí había una cantidad de mujeres con un poco de maletas, y cuando no las podían colocar en ese día, ellas mismas tenían que buscar sitio para dormir. Yo bastante que me llevé a algunas para la casa donde vivía en Lídice, y las maletas se quedaban en la agencia con otros equipajes. Eso era una cosa para mí muy triste y riesgosa. Si salía un trabajo, a quien buscaba sirvientas se le preguntaba:

—¿Qué quieres tú? ¿Para dónde las quieres? ¿Para qué oficio las buscas? ¿En qué precio?

Un día me dice el señor Delgado:

—Mira, aquí está un trabajo para La Castellana, en la Avenida Principal de La Castellana, pero la familia es italiana.

Yo no sabía nada de comida, solamente la comida criolla, y ¡Nunca imaginé cocinar para unos italianos! El de la agencia dice:

—Este trabajo es con un italiano muy rico. Le vas a trabajar a esa gente, pero ellos te quieren exclusivamente para la cocina. ¿Le vas a cocinar a unos italianos, Berta?

—Mándenme para allá. Yo soy la cocinera —le respondí.

—¿Quieres ir a cocinarle a unos italianos? —me pregunta de nuevo el señor de la agencia.

—No tengo problema con eso —contesto.

Me hicieron todo el papeleo y me mandan a la Avenida Principal de La Castellana, Quinta Villa Italia. Era una casa muy vieja de dos plantas, y hoy quisiera ir por allá a ver qué tal está eso. Me atendió el propio dueño. A él se le va la esposa para Italia y se queda solo en su casa. Era un

señor como de ochenta y tres años que tenía un bastón, y la empuñadura de ese bastón era de oro. Era un hombre muy acomodado, muy empostado. Yo llego allá dándomela de que soy muy buena cocinera, pero nunca imaginé las sorpresas que da la vida.

El hijo de este señor tenía su quinta en Los Chorros, también en Caracas, y vivía con su esposa y sus dos niños, y dos servidumbres, una de ellas para que le diera comida y bañara a los perros Vikingo y Apolo, que eran unos animales que se sacudían y tumbaban a la muchachita que los cuidaba. Cuando su papá queda solo, el hijo se viene a vivir con él a esa Quinta llamada Villa Italia, pero el padre asumía todos los gastos. El hijo era aviador, era piloto. Tenía otro cargo, porque él también era ingeniero. Muy buenmozo. Estaban tres servidumbres allá y yo fui por la cocina. Cuando voy, una muchacha de campo dando a entender que cocino muy bien, el primero que me recibe es el dueño y me pregunta:

—¿A ti te gusta cocinar con un hombre en la cocina?

—Sí, siempre que haya todo el respeto posible, yo no tengo problemas —le digo a ese señor.

Entonces él le pagó al chofer y el chofer se va. Un mes para ver si yo me podía entender con él y ellos conmigo. Ahí duré dos años. Luego me dice:

—Yo soy un hombre muy delicado de estómago y lo que voy a comer tiene que pasar por mis manos. En mi casa he tenido un desfile de cocineras y se van porque dicen que no van a cocinar con un hombre en la cocina. Tengo que estar en la cocina para ver qué es lo que yo voy a comer.

—Conmigo no tiene problema, señor —y pasé a ser ayudante de su cocina porque él era quien cocinaba. Nunca dispuse de nada.

Mi cuarto y el de él estaban en la planta baja, y los cuartos de los demás estaban arriba. Empecé a trabajar con ese señor. Cuando me levantaba me sentaba a esperarlo. Él se levantaba no tan tarde, un hombre ya mayor, y me pedía:

—Berta, pérame estos tomates, sancóchame estos tomates, pela aquí, pela ajo, pela esto, pela lo otro.

¡Él era quien cocinaba y yo era su ayudante! Ese hombre fue quien me abrió la mente de cocinar comidas internacionales. Ese hombre me tomó tanto cariño y me dijo:

— Berta, aprende que no te voy a durar toda la vida, la sazón de las comidas se prueba aquí —y se toca el pecho del lado del corazón.

Allí, en ese sitio, fue que yo conocí lo que era langosta, langostino, camarones, calamares, caviar, ¡Todo! Se hacían seis y cinco tipos de comidas distintas, pero cenábamos galletas, café con leche, toddy, porque comíamos como a las dos de la tarde, y eso eran invitados y más invitados, pero el señor resultó malhumorado y agarraba unas peleas de repente, unas rabias. La mesa del comedor era muy grande, más que una mesa era un mesón, y cuando se servía la comida se usaba la vajilla completa, desde las tasas para el café en adelante, y él a veces peleaba y agarraba la punta del mantel, lo halaba, y todo eso caía al piso. Ese hombre bebía poca agua en el almuerzo porque se tomaba mucho vino, botellas y más botellas de vino. Así trabajé con esa gente. Otra cosa es que él no recibía el dinero de los vueltos. Llegaban a cobrar el

gas o la luz y él daba el dinero para pagar, y si sobraba algo se le decía:

—Tenga señor.

—¿Qué es esto? —preguntaba.

—Ese es el vuelto del gas, o de la luz —se le aclaraba.

—Yo no agarro vuelto, ¡El que recoge vuelto tendrá mala suerte! —repetía y lo botaba.

Yo decía dentro de mí, «Pues yo ese dinero no lo voy a recoger. Si usted lo botó yo no lo recojo, por mí que se pierda». ¡Yo siempre con mi ego! Entonces venía la niñera de sus dos nietos y me decía:

—Berta, agárralo, porque él no coge vueltos. Yo tengo una alcancía de todo ese dinero que sobra y ya no le doy el vuelto, sea el monto que sea, porque él siempre dice que no recoge vueltos.

Yo observaba que ese señor después que hacía la siesta salía con su bastón. Siempre con su pantalón negro bien cortado por un sastre, su camisa a rayas. Después que agarramos confianza él venía y me decía con ese humor:

—Berta, ahorita yo salí por ahí y una muchacha me hizo cositas.

—¡Ah, está bien señor! —le respondía.

—Pero bueno, eso lo puedes hacer tú y te ganas esa plata. Yo, en vez de pagársela a otra mujer por ahí, te la ganas tú, y lo que yo te pago mensual tú vas y lo metes al banco y lo ahorras, y con lo que te voy pagar por las cositas que me vas a hacer, puedes salir los fines de semana a pasear. Te ganas esa plata aquí y cuando vayas a Oriente te puedes casar hasta con el hijo del gobernador porque vas a tener plata.

Yo largaba la risa y nunca le dije que no, pero tampoco le dije que sí. Eso quedaba hasta ahí, pero le pasaba bastante llave a la puerta de mi habitación por si acaso. Luego empecé el hijo a atacarme. Él tenía como unos treinta y cinco años. Era piloto y siempre estaba de punta en blanco. Después que hacía la siesta, que almorzaba, subía a su habitación, dejaba a la esposa allá, bajaba y me decía:

—Berta, ¿Cuándo tú te vas a acostar conmigo?

—No se preocupe —le respondía con humor cuando él me preguntaba eso.

No me sentía ofendida ni nada, y si me ofendía no se lo daba a entender.

—No se preocupe señor que yo vine para acá fue a acostarme con usted. Ese es mi trabajo. No se preocupe que en cualquier momento lo hago —y así lo mantenía

—Berta, tú me gustas —insistía.

Yo me hacía la loca y él no me tocaba porque solo hablaba.

A él no le gustaba comer lengua de res, pero allá me enseñaron a prepararla. Llego un momento en que estábamos almorzando y la esposa le dice:

—Mi amor, Berta aprendió a preparar la lengua de res muy buena. Pruébala.

Como era tan chabacano en su modo de hablar le responde a su esposa:

—A mí no me gusta la lengua de res porque el toro cuando está berraco pasa la lengua por los genitales de la vaca.

Hubo un día en que yo hago mi siesta, me bañé, me entalqué y me puse muy bonita, como siempre, y salgo a sentarme a esperar al viejo para que me dijera que se iba a hacer

para la cena, si un toddy o cualquier otra cosa con galleta de soda, porque no cenábamos pesado ni abundante. El hijo baja de su habitación porque se va para el trabajo. Eran como las dos de la tarde. Una vez que llega abajo, ese hombre pega un salto y me ha echado una agarrada, a una muchacha tan flaca que era yo, y me apretó y me pegó contra una de las neveras queriendo besarme. Yo lo que hice fue colocar mi mano de frente y lo empujaba. Él se me encimaba y yo lo empujaba. Así estuvimos en esa brega y yo pensaba, «Ay Dios mío, voy a perder el trabajo, me voy a tener que ir de aquí». Ese hombre estaba vuelto loco y la esposa arriba en la habitación, que si bajaba lo veía. ¡Así son los hombres! ¡Yo no sé qué le dio! Cuando estamos en eso, yo echando para atrás y el hacia adelante, con la camisa y la corbata vueltas un desastre, y yo sintiendo que ya estoy perdiendo la fuerza, le digo:

—Voy a gritar. Suéltame que voy a gritar, voy a chillar. ¡Suéltame!

Entonces él me suelta, pero por su gran ego, por ser el hijo del dueño y yo una campesina, se sintió despreciado, que perdió la batalla, y se puso rojito. Estaba excitado, como cansado, y me insultó:

—¡Eres una desgraciada! Una vaina tan fea y tan hedionda ¿Por qué la cuidas tanto? ¡Las orientales son así! — pero yo también lo insultaba.

Luego abrió la puerta principal, le dio un golpe y salió. Llegó como a las ocho de la noche a tirarme puntas:

—¡Puro cuento! ¡Tú eres puro cuento! —eso decía, lo repetía delante de la esposa.

Entonces voy un día y le explico al papá:

—Señor, mire lo que me pasó con su hijo, ¿Qué se está creyendo él? ¿Que la carne no está en el garabato por falta de gato?

El viejo larga la risa y me dice:

—Ay Berta, lo que pasa es que mi hijo se equivocó. Todas las mujeres que han llegado aquí, a cocinar, él se las ha zumbado. Allá, en el lavadero, está una cama muy amplia con todo, pero contigo se equivocó.

—Y se seguirá equivocando porque no vine hasta acá para acostarme con ninguno. Ustedes con su posición y yo con la mía —así le respondí.

Con todo y eso duré dos años en Los Palos Grandes. Con el tiempo, después de salir de allí, trabajé en el Bloque De Armas en Caracas, pero antes regreso a Campoma. Me vine a mi casa de Campoma y después volví a trabajar de cachifa en Caracas. Estaba más experta, más clara en las cosas. Cuando regreso de nuevo trabajé en El Marqués con un señor adinerado. Era un señor alto, grueso, que vivía con la esposa. Yo siempre buscaba cocina y ahí me especialicé en chupe. En el Marqués estuve seis meses. Yo siempre me salía por el mismo problema y nunca me adaptaba. Trabajé también en El Paraíso, pero a mí nunca me gustó trabajar en El Paraíso, en Montalbán, en esas partes, porque yo decía que allí había otra clase de gente. A mí siempre me gustaba trabajar para el Este, porque, aunque sea una garbincha, le daban a uno. Una garbincha es un vestido. Trabajé también en el Club Hípico en La Boyera. Ahí estuve con una señora recién salida de un divorcio, que se estaba mudando. Me solicitó a través de una agencia de colocaciones y me llevaron para allá. Esa señora

estaba mal con el divorcio, vuelta loca, mudándose, y yo ayudándola. La casa la tenía hecha un desastre, un quintón demasiado grande. Ella estaba con su mamá ya mayor, y le decía:

—Mamá, usted no tiene por qué comer primero que el servicio. El servicio doméstico tiene que comer primero, porque ella es quien me atiende. Ella es quien me ayuda. Ella es una de las que tiene que comer primero.

Por el divorcio esa mujer estaba como loca. Tenía una hija de doce años. Vengo de trabajar en esas casas, pero yo no me adaptaba a ellas. No, no, no me adaptaba porque yo siempre tenía la sangre rebelde, y si uno está trabajando en una casa de servicio de adentro, entonces uno está ahí dispuesto a cualquier tipo de trabajo. Yo siempre buscaba la cocina, pero igualito planchaba, cocinaba, limpiaba. Muchas veces tenía que repetirle a la gente

—No, yo no vine a eso, yo vine para la cocina —aunque es más molesto porque uno nunca acaba de cocinar, pero ahí me divertía.

Después regreso a Campoma y es cuando formo hogar con el papá de mis hijos. Me vengo y me caso. Ya dejé de trabajar en casa de familia, me adapto con mi esposo y estoy con él, quien me dio todo. Fue algo hermoso, aunque mi papá, que también era negro y tenía al pelo liso, era racista. No gustaba de los negros. Decía que nosotros teníamos que casarnos con blancos, aunque fueran de mala familia:

—¡Blancos, aunque sean de mala familia! —y no le gustó jamás que estuviéramos con negros.

Entre las hermanas yo fui la única que se enamoró de un negro. Resulta que yo, cuando era niña, andaba en pantaletas

en la calle, ¡Siempre en pantaletas! Una niña que no sabe de nada y andaba en el pueblo en pantaletas. Unas pantaletas que hacía mi mamá, y el papá de mis hijos andaba desnudo, y llegó hasta grande desnudo. Hasta cierta edad se crio sin papá y sin mamá. Solo con su abuelita. No tuvo infancia, no tuvo niñez. Yo si fui muy querida por mis padres. Me crie con papá y mamá. Aquel muchacho y yo éramos dos niños jugando, y así nos formamos. Cuando estábamos grandecitos, su mamá decide buscarlo y lo lleva a Puerto La Cruz, con su familia por las razones que hayan sido. Yo me quedo en Campoma siendo una niña, pero siempre con el recuerdo de él. Sin malicia, sin saber lo que era el amor ni nada de eso. Cuando estoy en cuarto grado, la mamá del padre de mis hijos decide volver a Campoma para vivir de nuevo allá, y entonces va a la escuela, en un mes de enero, a pedir que anoten a su hijo. ¡Lo que es la vida! Ella va a inscribirlo para que siga los estudios de cuarto grado, y nos juntamos de nuevo. Ya tenía además uso de razón y ahí fue que empezó todo. Yo le guardaba el pupitre si llegaba primero que él, pero si él llegaba primero, me lo apartaba. Él estudió muy triste. Yo siempre cargaba mis cuadernos que tenían un indio pintado, que llamaban Caribe. Era un cuaderno que costaba una locha, y lo usaba con mi lápiz mongol y buenos libros. Él siempre estaba muy desprovisto. Yo le daba cuadernos, le daba mis hojas para estudiar y él, que era muy inteligente, me hacía las tareas. Así nos formamos y nos enamoramos en contra de mi papá, hasta que llegó a quererlo. Finalmente nos casamos escondidos. Estábamos en Campoma, pero a mí nunca me gustó ese pueblo para avejentarme con mis hijos. Mi primogénito nació en 1973, un 22 de enero.

Tenía yo veintitrés años, y en octubre cumplía veinticuatro. Nos casamos escondidos. Pablo Roberto Cova Rodríguez se llama él.

Después de casarme me voy para la casa de mi suegra y estando allá salió la broma de la recluta, porque debía servir en el ejército, y se lo llevan. Él salió en el sorteo, pero antes, el que estaba casado no lo aceptaban en el servicio. Entonces llegó Pedro Reyes, el comisario de Campoma, y lo va a buscar porque Pablo salió en el sorteo, y obligatoriamente tenía que ir a servir a la patria. Yo tenía ya nueve meses de embarazo. Lo van a buscar obligado el 8 de enero y yo parí el 11 de enero. Se lo llevan a servir y yo tenía la esperanza de que, con el acta de matrimonio, no lo iban a dejar, porque además era único hijo, e incluso le salió una carta que decía que él era sostén de casa, pero no la aceptaron. Pedro Reyes se lo lleva.

El 11 de enero se me pegan las puntadas y en ese momento yo estoy con la hermana que me crió, Helena. ¡Yo era guerrera, o soy! En vez de irme al hospital me voy para el Conscripto donde lo tenían a él ¡Con esas puntadas bien fuertes!, para obligarlos a que me lo dieran. Entonces me dicen:

—No hija —porque no me trataban de señora ya que era una muchacha—, aquí no se tienen a los casados. Aquí con el acta de matrimonio salen afuera. Váyase a parir.

Bueno, entonces me voy a Carúpano. El papá de mi esposo hace la diligencia, saca el acta de matrimonio y al primero que encontró en el Conscripto se la entregó y eso se perdió. Por eso fue que demoró más. Él vino a los diecinueve días de yo estar parida. Cuando regresa yo estoy en la casa de mis padres que me aceptaron con mi muchachito y él se queda donde

su mamá. Después de seis meses fue que estuvimos otra vez juntos, pero yo en mi casa y él donde su mamá. Yo estaba muy tranquila, pero luego a él se le pega una desesperación de que quiere estar conmigo, ¡Qué quiere estar conmigo! y es entonces que nos vamos para la casa de su papá. Su mamá había dejado a su papá y ese hombre estaba solo, y me atendió muy bien. Mi suegro me quería mucho. Se llamaba Martín Jiménez. Era un poeta muy preparado. Si alguien le decía a ese hombre, «Quiero hacer una carta para fulana de tal», él la escribía como si se la hubieran dictado. Estoy ahí con mi esposo y es cuando tengo a Karina, la segunda. A Pablo Cova Cova lo tuve en 1973 y a Karina en 1975.

Mientras amamantaba no salía embarazada, ni veía periodo menstrual. Yo podía estar dando teta durante tres o cuatro años y en ese tiempo no tenía el periodo. No me bajaba el periodo. Yo paría y ya a los ocho días estaba como que no había parido. Ni sangraba, ni dolor, ni nada, pero me hacía mis purgantes con la raíz de pasote. Hervía la raíz, le echaba dos cucharadas de miel y me tomaba eso en ayunas y en la noche. Y mi faja que no la abandonaba y solo me la quitaba para dormir. Era una faja que me apretaba mucho, me quemaba, porque a medida que la mujer sale embarazada los huesos ilíacos se mueven. Cuando a la mujer le hacen cesárea es porque los huesos no se le levantan. A medida que la mujer sale embarazada los huesos se mueven hasta los nueve meses, que es cuando el niño puede salir, pero cuando la mujer tiene los huesos soldados, si no hubiese esta ciencia, ¿Cuántas no morirían de parto? Porque el hueso ilíaco tiene que levantarse. Cuando ese hueso se levanta es que la mujer pare y le da

facilidad al niño para que nazca o nazcan si son dos o son tres, o sin son demasiado grandes. Luego esos huesos, con calma, van regresando a su lugar y la faja es para ayudar, por eso yo nunca he padecido de la matriz, ni de dolor de vientre ni de nada, porque todas las noches me hacía mi raíz de pasote con miel durante un mes, y sin tener relaciones sexuales. Mi marido me buscaba, porque cuando la mujer está recién parida bota algo que no sé cómo decir qué es, y al hombre le provoca estar con su esposa, con su compañera, entonces uno se baña más rápido. Cuando él me buscaba, yo le decía:

—A ver cómo te resuelves por la calle, pero ¡hazme el favor!, esa matriz mía está muy deteriorada. Durante nueve meses ella hizo su función, así que no puedo compartir contigo. A ver cómo vamos a hacer. Yo tengo que cuidarme mucho. Usted no me va a cuidar, usted lo que está es descansado. ¡Hágame el favor! —y así lo llevaba.

Durante tres o cuatro meses yo estaba curándome, limpiándome. Es muy dañino para una mujer complacer al hombre estando recién parida ¿Acaso no se estima su cuerpo? Esa matriz está deteriorada, hay que dejarla descansar. Es mi forma de pensar. Tenía un control por naturaleza muy hermoso. Si quitaba la teta en marzo veía la menstruación en abril y quedaba esperándola para mayo, así que nunca me perdí. Cuando decía paro tal mes, era porque paría ese mes.

Estando en Campoma, mi esposo siempre trabajaba en otros sitios como maestro de obras. No se dio mala vida, como yo le digo ahora:

—Tú tuviste una buena mujer, una compañera, una esposa, pero no supiste valorarla —y ahorita somos amigos.

Estuve bien con él y aprendí a manejar el dinero por él. Tengo muchos recuerdos de buenas tiendas. Había mucha confianza entre los dos. Llegamos al extremo en que él me contaba cuando tenía otra amante, porque yo le pedía:

—Dígame la verdad. Aunque me duela, quiero saber la verdad por tu boca.

Él era un hombre que trabajaba entre Caracas y Margarita. Un tiempo vivimos en Guayana donde ganaba mucho dinero, pero jugaba y hombre jugador no llega a nada. Aparte de jugar era demasiado mujeriego y botaba mucho el dinero.

Pasé siete años viajando a Guayana cuando él trabajaba allá. De Campoma a Guayana, de Guayana a Campoma. No había servicio de teléfonos y yo de pícara, como mujer al fin, me iba los viernes en la mañana sin avisarle. Dejaba a los niños con una comadre. Cuando ella salía me entregaba a sus hijos y cuando yo viajaba le dejaba los míos. Entonces me iba a Guayana porque tenía la llave de la residencia donde él vivía, pero él pensaba que yo seguía en Campoma. Los viernes, en vez de ir para la pieza que alquiló, y creyendo que yo no estaba ahí, él se iba a mujerear. Pues me quedaba en la pieza el viernes, sábado y domingo, y él sin ir, pero como yo sabía dónde había dinero, iba y compraba. Como era una casa de alquiler, la gente murmuraba que Pablo no venía, que ahí estaba la esposa. El lunes, él por allá, por donde estaba mujereando, se iba para el trabajo. No venía ese fin de semana para la pieza y creía que yo estaba en Campoma. Entonces otro señor, llamado Pablo, peleaba porque su tocayo no estaba, y me decía:

—Vamos señora Berta, que la voy a llevar a donde trabaja Pablo. Allá, en aquella compañía, está él.

Me dejaba en el autobús y yo bajaba donde estaba la empresa. Cuando Pablo me divisaba, venía a mi encuentro. Eso era los días lunes. Él me echaba el brazo, yo le echaba el brazo, no había discusión, no había reclamo. Me llevaba para el kiosco donde estaban cocinando para ese gentío y les decía a los encargados:

—Atiendan a mi esposa y denle lo que ella necesita.

Yo me quedaba ahí, ayudando a hacerle la comida al personal, y en la tarde nos veníamos para la pieza. Sin ningún reclamo, sin nada. Él ahorita llora la separación, porque yo no fui la que tiró la piedra, quien la tiró fue él.

Tuvimos ocho hijos. Me dejó a Paola estudiando sexto grado y al menor, que ahora es profesor de matemática y química en un liceo de Cantarrana, me lo dejó en segundo grado. Él no tiene más hijos. Inclusive, como él era tan mujeriego, tenía una sangre tan liviana para las mujeres y es de poco hablar de poco palabrerío, yo le llegué a decir varias veces:

—Si tú tienes un hijo fuera de aquí, del matrimonio, tráemelo para que se críe junto con los míos.

—¿Y si la mamá no quiere dártelo?

—Yo veré cómo la busco por amiga para que ese niño se críe junto con los míos, porque yo no voy a permitir que un niño tuyo esté pasando trabajo por ahí. Tal vez la mamá no pueda trabajar porque tú la abandonas —le respondía.

Es que yo no estaba pendiente de que me podía dejar por otra. Yo estaba muy segura de mi esposo. Siempre decía que ninguna mujer le quitaba el marido a otra.

El tercero de nuestros hijos es Frank, quien nació en el año 1976. Esos fueron los más rápidos que tuve, porque paro a

Karina el 28 de febrero del año 1975, pero Karina tenía cinco meses de nacida y me la hospitalizan en Caracas en El Algodonal, que era un hospital nuevecito. Tenía todos los insumos y estaba cerca de la montaña. Hospitalizan a mi hija allí en Caracas. Yo vuelvo a Caracas con Pablo y mi hija que se me enfermó. Ya no volví más para Lídice. Llegué a una parte que llaman Barrio El Carmen en La Vega, detrás de unos bloques que hizo Marcos Pérez Jiménez, por la redoma de La India. Me gustó La Vega, ese barrio, porque uno puede venir hasta El Silencio a pie, desde la redoma de La India, cerca de Montalbán. La avenida Páez, del Paraíso, todo eso lo caminaba yo.

Me vengo de nuevo a Caracas porque Pablo consigue trabajo y quería estar cerca de él, para atenderlo. Llegamos a la casa de su hermana acompañada de Pablito y Karina. Cuando Karina cumple los cinco meses, en Caracas, yo estoy montada en una pata de cerro, en el último ranchito que está detrás de los bloques que hizo Pérez Jiménez en La Vega, en el barrio El Carmen. Es que cuando la mujer está enamorada de su marido, lo sigue adonde vaya. Era mi tercera etapa en Caracas y me sentía feliz. Cargaba agua y hacía de todo. Luego se me enferma Karina. Me la hospitalizan en el Andrés Herrera Vegas, y cuando me hospitalizan a Karina se me enferma Pablito con sarampión y bronconeumonía. Yo le estoy curando el sarampión, pero se complica con bronconeumonía y entonces lo llevo al hospital de J. M. de los Ríos. Lo hospitalizan en el cuarto piso y en aislamiento.

Pablito nació en 1973, tenía dos años y esa enfermedad le surgió en 1975. Con dos hijos hospitalizados, no vi ahí marido, yo no vi abuela, yo no vi a nadie. Iba un día a ver, a

visitar, a Karina y al otro día iba a Pablito. Eso era de polo a polo. Eso era lejos. Ahí es cuando le quito la teta a Karina, de cinco meses. Cuando la dan de alta, como a los cinco u ocho días, me dio miedo. Le quito la teta y es que me baja la regla de nuevo y salgo embarazada de Frank. Así que Karina es de 1975 y Frank es de 1976.

Cuando Karina tenía dieciocho meses de nacida, ya yo estaba embarazada de Frank. Echaba unas barrigas muy grandes. Embarazada de Frank, meto a bañar a Karina en una bañera. Eso fue una tarde y en Caracas hacía mucho frío. Pega una corriente de aire y yo aun, siendo muchacha, no estaba experta. Karina me cierra los ojitos a las seis de la tarde, pega como un crujido con los ojos cerrados y tenía dificultad para respirar. Cuando la veo así digo «Yo no puedo pasar la noche aquí». Tenía los ojos cerrados y pujando, y repito para mis adentros, «Yo no puedo pasar la noche aquí en este cerro. Yo tengo que bajar». Bajé con mi muchachita, estando embarazada de Frank y con mi niño Pablo de dos años. Entonces le digo a una familia barloventeña de El Clavo y de Panaquire que eran vecinos:

—Atiéndanme a este niño aquí que voy a llevar a mi hija al Pérez Carreño.

Llevo a mi hija al hospital y no regresé hasta dos meses después. Si me hubiese quedado en ese cerro, entonces se muere, pero yo siempre estaba pilas, mosca, con una intuición muy particular. Regresé al cerro en octubre, ya para parir, y me vuelven a hospitalizar a Karina. Ya no la dejan en el Pérez Carreño, sino en el pediátrico de la urbanización 23 de Enero. No sé si aún existe. Eso fue como un 28 de julio, y parí un 3 de agosto.

Vi a mi hija y la dejé ahí. No le dije a nadie que yo iba a parir. ¡Eso es fuerte! Dejé a mi hija en el pediátrico del 23 de Enero. A mí me llevaron a la maternidad, en la avenida San Martín. Cuando llego allí, como a las nueve de la mañana, veo a ese poco de mujeres llorando horrible, arrastrándose por esos dolores de parto, y se sorprenden porque yo llego dando los buenos días. Me atienden los doctores, y el que me hizo el tacto me pregunta:

—Berta, ¿Tú tienes dolores de parir?

—Sí doctor, tengo dolores.

—Pero tú no has ensanchado, no has dilatado.

Luego venía otro médico y también me hacía el tacto, pero estaban confusos. Cuando me senté les dije que mi totona no era una pila de agua bendita para que todos ellos estuvieran poniéndose guantes. Decían que no iba a parir, pero yo tenía dolores.

Eso fue a las diez de la mañana del 3 de agosto del año 1976. Me hospitalizaron, en el piso nueve, y a las nueve de la noche me parteé yo misma. A esa hora llega una enfermera a acomodar unos utensilios, y como ya era mi tercer parto, le dije:

—Pásame a sala de parto porque voy a tener al niño.

—Tú estás aquí desde esta mañana y no has parido, ¿Y ahora es que vas a parir? —me responde ella cuando se voltea para mirarme, pero de inmediato me da la espalda.

—Te voy a parir en la cama y a ustedes no les gusta que uno para en la cama.

Estando ella ahí me daba el dolor y yo abría la boca y aspiraba profundo con mi ignorancia y con mi rabia, para no parir en ese momento. Cuando veo que ella salió con ese poco

de utensilios, me aparece el dolor de nuevo. Me preparo y trato de agarrar al muchacho y cuando el muchacho viene se me quitan los dolores, ¡Y eso es lo más feo que hay en la vida, parir sin dolor! porque la naturaleza está bien hecha. Cuando estoy preparada para agarrar al muchacho, se atravesó, y cuando uno está pariendo la cabeza del muchacho es blandita y en lo que sale es que se pone dura. Agarro la cabeza del niño y sigo pujando y me digo, «Lo que falta es que me quede la cabeza en la mano y el cuerpo adentro». Cuando estoy en ese plan, de ir pujando sin dolor, nació el niño que es el que me ha dado más lidia hasta ahorita. Como pude lo desaté del cordón umbilical. Parí en la cama con la tensión arterial en catorce, yo que siempre la he tenido en doce o en diez. Después esa enfermera me hacía señas para que no le dijera al doctor que había parido en la cama. Cuando estoy en el cubículo, en lo que le dicen la burra, el doctor que me atiende y me dice:

—Berta, te voy a picar para hacerte una limpieza.

—No doctor, yo parí sola y yo misma me saqué la placenta. ¿Por qué usted ahora me va a rajar, me va a picar? Yo estoy fuera de peligro. ¿Usted me va a picar porque quiere estudiar con mi pepita? ¡No!, porque después yo no voy a poder orinar, no me voy a poder sentar con esos puntos, porque eso me lo hicieron una vez con mi primer hijo, pero el dolor es tan fuerte, el de parir, que uno no siente cuando lo pican.

Así estuvimos un buen rato, en que él decía que sí, y yo decía que no. Le volví a insistir:

—¡No! Si es por limpiarme yo lo hago con la raíz de pasote, con la raíz de citronela y con miel. Yo me limpio y usted no tiene por qué picarme.

Yo tuve a Frank en Caracas y me vine a Sucre. Me voy con la meta de criar a mis hijos de otra manera. Yo decía, y todavía lo digo, que al muchacho hay que darle oficio. Entonces pensaba, «En Caracas mis hijos estudian y en las tardes libres, o los días libres, los meto en el velódromo, o los meto en danza, o en cualquier cosa». Me hice un sueño de venir a mi pueblo con una gran Wagoneer y con mi marido al lado. Dejé a mi papá en Campoma al cuidado de mi hermano y su esposa, pero sucede que mi papá, viejo al fin, discute con la esposa de mi hermano y ella se va para su casa. Mi hermano la sigue y deja a mi papá solo. Ahí es cuando mi papá me manda a buscar. Yo me vine a cuidarlo y con el tiempo murió en Campoma, en el mismo lugar donde nació. Estuve en Caracas hasta el año 1976. Cuando me vengo a atender a mi papá, mi hermana Nérida Cova me manda una carta, eso fue en diciembre, diciéndome que estaba separada de su esposo. Que decidió dejar a su marido y quiere que yo atienda a sus tres hijos. Nos criamos juntas, y sabía qué tipo de vida llevaba ella con el marido. Ella decide dejar al marido, con tres hijos en Caracas, y entonces me remite esa carta. Mis hermanos mayores no estaban de acuerdo en que yo le cuidara los hijos, pero insistí en traérmelos. En ese entonces yo tenía cinco, más los tres de ella eran ocho muchachos en total. Yo me daba cuenta que la gente me veía mucho, era como que pensaban «Esta mujer tan joven con ese poco de muchachos». El papá de mis hijos trabaja en Margarita. Viene y me encuentra con esos tres niños, sobrinos míos, y todavía estoy pendiente de que me diga, que me pregunte, «¿Por qué cogiste a esos muchachos? ¿Cuánto te va a dar tu hermana?», pero nada

de nada. Cosa que también le agradecí. Eran ocho niños y mi esposo trabajando. Luego él deja de trabajar en Margarita y se va para Caracas, y es cuando yo decido irme para allá por cuarta vez. Para ese momento mi hijo Maikel tenía como catorce meses. Maikel nació en Carúpano. La mayoría de mis hijos nacieron en Carúpano.

Mis hijos nacieron así: Pablo en 1973, Karina en 1975, Frank en 1976, Maikel en 1979, Cristina en 1981, Joaquín en 1983, César en 1985 y la última, Paola, en 1987. Yo estuve como quince años pariendo cada dos años. Gracias a Dios que nunca tuve problemas con mis embarazos, porque subía hasta una mata de coco. Ahorita me da miedo lo que hacía. Me montaba en burros. Hacía de todo. Yo me pego a parir desde el año 1973 y terminé en 1987. Cuando salgo embarazada de Maikel eché una barriga muy grande. Nunca me antojé, porque uno de embarazada se antoja, y cuando menos se da cuenta, vomita. El antojo mío eran ganas de comer. Comer y beber agua, y fue el único parto donde estuvo mi esposo, el único parto en el que él se encontraba. Ahorita yo digo, «Dios mío, pero ¿por qué yo cometí este error?» ¡Él tuvo esa buena suerte conmigo! Cuando venía, por medio de su trabajo, me encontraba ahí un mes después de parida. Él no sabía quién me llevaba, quién me iba a buscar. ¡No! No estaba pendiente de eso. Y yo nunca tuve quien me llevara, quien me fuera a buscar. Yo entraba y salía con mis muchachitos, y pedía un pañal y salía tranquila. La batica, con la que iba a parir, la lavaba y la ponía en el espaldero de la cama, más la batica que me daban en el hospital, esa abierta por atrás. Cuando me decían «Señora, está de alta», bueno, me ponía mi sostencito

y salía. Yo nunca vi a un hermano, ni primo, ni marido. No, a nadie. Siempre sola.

Salgo embarazada de Maikel y mi barriga normal, mi parto normal. Maikel nació midiendo cincuenta y ocho centímetros, tres kilos ochocientos. Era grueso y blanco. Ese muchacho, que, si yo hubiera tenido cualquier cosa por ahí con algún blanco, yo misma tuviera dudas. Inclusive hasta me lo negó la familia del papá. Decían que no era hijo de Pablo, que Pablo es bien negro. ¿Por qué salió ese muchacho blanco? Bueno, ese embarazo fue normal, pero a los siete meses estoy fatigada. Me molestaba el sostén, la pantaleta y una barriga enorme. Un día estaba sentada en una silla de mimbre, y para poder levantarme tenían que darme la mano. La barriga me pesaba. Cuando estoy en eso, siento un llanto. Siento un llanto duro, como cuando se le mete una nalgada a un muchacho. Eso fue a las tres de la tarde y estaba sola. Cuando yo siento el llanto, busco a un lado y busco al otro, y veo que a mi alrededor no hay nada. Entonces abro mis piernas y me observo. Cuando me inclino, siento que es de mi barriga de donde sale el llanto. ¡Cómo me podía yo sentir! Trato de levantarme para salir corriendo, porque a mí se me olvidó que tenía una barriga, y en eso siento que me aguantan, ¡Todavía veo en mi mente esas manos! Eran huesudas, pálidas, como diciendo «Cálmate». Cuando yo sentí esas dos manos ¡Una cosa misteriosa!, me quedé en paz y en tranquilidad total. Después no quería que el niño dejara de llorar. Ahorita digo que ese muchacho, mi hijo Maikel, venía con ese llamado de Dios, pero aquello se me olvidó. Yo no le dije nunca a nadie que el muchacho lloró estando en mi vientre. Ni a su papá, ni a nadie.

Mi hijo era un muchacho hermoso, ¡Todavía está así! pero es que mi mamá también era blanca. Mi mamá era una bachaca de ojos claros. Ella era blanca con el pelo como yo, y el papá de mi papá era hijo de un español, mi abuelo, lo que pasa es que hizo a mi papá con una africana.

A mí no me gustaba el nombre de Maikel. Yo le puse a mi hijo el nombre de Gabriel. Me gustó ese nombre y le puse así, pero cuando estoy recién parida viene mi hermana de Caracas, de vacaciones, y como ella está criando a Maickel Melamed, entonces me dice:

—Ay mi hija que estás parida, ponle Maikel como mi muchacho, el que estoy criando.

Ella es mi hermana Helena Cova Lara, y estuvo casi veinticinco años sirviendo a unos judíos en Caracas, criándoles tres hijos. A Carlos Alberto, que lo encontró de dos años, a Maickel y después vino Marisita. Maickel le dice Nana a mi hermana por mí. Nana no sabía cocinar, pero a ella la contratan como cocinera y me dice «Ay Berta, llegaste a tiempo. Ayúdame a cocinar». La señora Maritza y el señor Alberto me tuvieron mucho cariño. Pasé bastante tiempo con ellos allá en Caracas. En esa época yo vivía en La Vega. Me iba y me venía a pie, porque ella estaba en la quinta “Te Quiero”, cerquita de la redoma La India, en El Paraiso. De allá traía mi comida y tuve años sin comprarle ropa a mis hijos porque el señor Alberto Melamed era empresario, tenía una empresa de cobijas, tenía una fábrica de confecciones de ropa de bebé, y la ropa que dejaban sus hijos me la daban.

Quiero seguir hablando de Maikel, mi hijo, quien ahora está en Argentina, en la Patagonia. Ha sido un pastor

evangélico toda la vida. Quién se imagina que un niño de siete años le diga a su mamá:

—Mamá, estoy en un ayuno. No me de comida —y yo le seguía la corriente.

Ayunaba desde las seis de la mañana hasta las doce del día. Un niño de siete años. Luego de varias horas me decía:

—Mamá, ya entregué el ayuno —sin nadie decirle, sin nadie explicarle.

Entonces yo le daba su juguito de lechosa y ahí lo llevaba. Nunca le discutí nada. Y a los cinco años no le gustaba que dañaran a los animales. Cuando yo iba a viajar le decía:

—Maikel, mi amor, voy a viajar. Yo quiero que tú me reces aquí, para que mi viaje no tenga problemas —y él se agachaba, doblaba la rodilla y oraba. Eso fue entre los cinco y seis años. A los siete se metió a evangélico, y a los doce fue de lleno, y siguió así toda la vida.

Mis hijos tienen mucha confianza en mí. Ellos me comunican todas sus cosas y yo les explico hasta dónde puedo, y Maikel es uno de los que me cuenta todo. Siempre les digo que sigan adelante. Maikel me asegura que él tiene la potestad de hablar tanto con el diablo como con Dios. Cuando él se mete de lleno en el evangelio, me cuenta tantas cosas que quizás no se las ha contado a nadie. De acuerdo a lo que me dice, en una ocasión se sentó en su cama, no sé si fue de día o fue de noche, y vio una luz resplandeciente que jamás había visto, y se le aparece una imagen, como algo, como una especie de persona. No le veía ni cabeza ni pies, pero si observaba que era como un hombre que estaba al frente de él. Dice que salió algo de su cuerpo, su espíritu, y se lo lleva como volando. Así

empezó a ver el evangelio. Cuenta que él salió de su cuerpo y lo que fue ese algo que lo lleva volando, lo obliga a aterrizar en un hospital. Piensa que fue el Espíritu Santo. Ese espíritu le dice:

—Mira tantos niños aquí, enfermos, y yo quiero que tú me ayudes. Tú vas a ser mi discípulo aquí en la tierra—. Escucha esas palabras y siguen volando porque aquella imagen no lo suelta.

Lo llevó a una cárcel y le dijo:

—Mira cómo hay tantos inocentes aquí. Quiero que me ayudes con esto.

Luego de allí lo lleva a un ancianato y le dice:

—Mira cómo hay tanta gente que no lo merece después de esa edad. Metidos aquí, sufriendo. Mueren de soledad, mueren de tristeza. Quiero que me ayudes —y así lo llevan de un lugar a otro, cuenta mi hijo.

Cuando dice que regresó, que lo traen, allí estaba sentado en su cama, solo el caparazón, el cuerpo, pero su espíritu no estaba. Luego se le vuelve a parar al frente aquella luz de un color blanco que no existe en la tierra, y él le pregunta a esa imagen que tiene al frente:

—¿Y cómo hago para mantener a mi esposa y a mi hijo?
—porque ya tenía su bebé.

Esa imagen, esa luz de un color que no existe en la tierra, le dijo:

—No te preocupes que no te faltará nada. Vivirás con la gracia de Dios. Tú vas a ser mi discípulo aquí en la tierra.

Cuando termina de oír esas palabras, aquella imagen se va, se pierde, y él entra en su normalidad. Eso fue cuando

tenía como veinte o veintiún años. Desde ahí, yo puedo decir que mi hijo, hasta ahorita, no le falta nada.

Yo tengo muchos recuerdos desagradables de algunos que dicen ser evangélicos, y para la gloria del Señor, mis ocho hijos son evangélicos, pero hay evangélicos de evangélicos. Hay quienes dicen serlo, pero lo que realmente quieren es limpiarse con la Biblia, es esconderse en la Biblia. Es mi forma de verlo. Como ya dije, todos mis hijos han adoptado el evangelio, ¡Todos! y yo más bien estaba en contra de eso, pero después de lo que he vivido, ya no sé en quién creer. No veo hasta ahora una religión a la que pueda estar atada. Sí creo en Dios, un Dios verdadero que me hace la obra de todos los días, por lo que veo, escalando peldaños. Dios es muy grande.

Yo santiguo, que es lo mismo que ensalmar. En el año 2011 fui a representar a Venezuela en el Sexto Encuentro Mundial de Arte Corporal en el Hotel Alba Caracas. Allí participaron dieciocho países. De uno de esos países llegó Elaine Davidson, la mujer con más piercings en el cuerpo. La tengo fotografiada en la cartera. Bueno, yo fui representando a Venezuela y estuvimos nueve días allá, en Caracas. Ahí estaba una persona representando a Sudáfrica de nombre Sibusiso Nkundlane. Un muchacho alto, con los rasgos muy finos, con el cabello levantado como una chimenea y la barba que le caía en el pecho. Un negrito muy hermoso, y andaba con una traductora. Entonces yo estoy sentada en el lobby del hotel de Alba Caracas. Allí había un gentío. También estaba por Venezuela una mujer wayuu, quien representaba al pueblo indígena, y yo a los afrodescendientes. Bueno, estoy sentada en uno de los muebles del hotel y ese hombre me llegó así, no sé, de

repente. Llegó, se sentó a mi lado y comenzó a hablarme, y su acompañante traducía. Le traducía a él y a mí. Ese hombre me dijo todo lo que yo era en el arte botánico. Quizás es la ciencia oculta, que para mí es una palabra muy extensa. Él me dijo que mi cuerpo era la casa donde mis ancestros llegaban a descansar. Esto yo lo acepté porque hay cosas que digo y hago y de las cuales me quedo sorprendida, en lo que se refiere a las curaciones, a la botánica.

Siempre cargo un cuaderno y un lápiz en la cartera. No me faltan nunca, así como también los pongo al lado de mi cama. No es todo el tiempo, pero sí dos o tres veces al mes, mi cuerpo me obliga a dormir muy temprano, a partir de las ocho o nueve de la noche, a más tardar, porque si no siento que me estoy trasnochando. Yo respeto mis sueños temprano, no me gusta trasnocharme. Hay ocasiones en que me trasnocho, pero no es mi hobby. Sucede que a veces yo me duermo, y cuando me despierto, a la hora que sea, siento, veo en mi mente, pero cuando digo «en mi mente» es como en la tapa de la frente, y aquí dentro, en el cerebelo, veo como un papel escrito y todavía no he podido entender qué es eso. O sea, yo estoy así, pero veo lo que está escrito y tengo que coger mi cuaderno para transcribir lo que estoy viendo. Eso me ocurre en las noches después que he dormido. Me despierto, y pienso «Dios mío ¿me estoy volviendo loca? ¿Qué es esto?». Hay algo que me impulsa a escribirlo, porque si no lo escribo, cuando amanece, no me acuerdo de nada. Cuando escribo, que veo, es una oración, un secreto hermoso, bonito. Luego me vuelvo a dormir o me levanto o me pongo a arreglar la cama. Después que leo lo escrito, yo rompo el papel porque ya eso me queda aquí, en

mi mente. Ocurre a veces hasta en tres oportunidades al mes, a veces dos a la semana, a veces una vez a la semana, pero tengo que tener un cuaderno ahí. Para donde yo vaya tengo que agarrar un cuaderno, una libreta y un lápiz. Eso yo siempre lo he tenido.

Antes estaba criando a mis hijos y dedicada a mí esposo. Después que él se va, que me abandona, es que yo me coordino, siento que estoy liberada, me caigo a puñetazo limpio con la vida y pa'lante es pa' allá. Llegué a la necesidad, a la obligación, de tener carácter de hombre y carácter de madre, porque no es fácil criar sola a ocho hijos. Cinco varones que, en la pubertad, en la adolescencia, son muy rebeldes, y bueno, tuve que afrontarlo. Ahora le doy gracias a Dios de que supe criar a esos hijos, porque no es nada más que parir. En el momento de parir uno pare, o se revienta o se muere o vive, pero la naturaleza es tan sabia, que uno pare y queda tranquila. Siempre que el parto venga bien uno pare y parece que no ha parido. Yo tuve el privilegio que cuando paría ponía a mi muchachito en la cama y seguía. Nunca hice dieta ni reposo. Trabajaba al estilo de los indios que cuando andaba, y me movía, era que me daba cuenta de que estaba recién parida. Nunca tuve derrame, nunca tuve dolor de cabeza, nunca tuve nada. Así me enseñó mi mamá, que cuando se cumplían los ocho días de parida tenía que salir con el niño afuera de la casa, para que me agarrara el sereno, luego de darle la vuelta al lugar donde estaba con el niño cargado. Eran tradiciones. Le daba la vuelta a la casa y me sentaba al frente o al fondo, o al lado de la casa, para que me agarrara el sereno. Eso se llama serenarse junto con el niño.

Yo jugaba mucho a mamá y papá con muñecas de trapo, y cuando no eran de trapo las hacía de tusa, del cuerpo de la mazorca. Yo era muy amante de ellas, ¡Todavía soy amante de las muñecas! Recuerdo que entre las cosas que hacía me ponía a santiguar a las muñecas, a esas muñecas de trapo. Jugaba con mis amigas. Todavía tengo contemporáneas con mi edad y todavía nos respetamos. Mis comadres, las comadres de esa época, nos queremos. Desde aquel tiempo empezaba a santiguar sin saber, pero después es que yo me afincó en el santiguo, y fue cuando el papá de mis hijos me deja, y lo único que yo no hice para levantar a mis hijos fue vender mi cuerpo o vender drogas. Fue lo único que no hice para sacar a mis hijos adelante, y lo digo con mucho orgullo. No es que sea más honrada que otra mujer, porque una mujer hace por sus hijos lo que sea para llevarlos por buen camino, cuando los ama, cuando los quiere de verdad y es responsable, porque no es fácil traer a un hijo al mundo. Con un hijo se debe tener mucha responsabilidad, el hijo no es un animal. Hice de todo cuando mi esposo me deja con esa familia cargada de compromisos. Ahí fue cuando a mí se me abre más la afluencia de santiguar. Me ayudé mucho y todavía me ayudo. Hay personas que yo veo y me provoca ensalmarlas. Me provoca y les pido permiso para ensalmarlas. No sé. Y hay gente que me ruega, van varias veces a mi casa para que los ensalme, pero no me provoca. No quiero. Les doy cualquier excusa. La gente que yo he ayudado, desprendidamente, me recomiendan. A veces yo ni me acuerdo, ni sé quién es ese fulano, como también hay veces que me acuerdo.

Aprendí a dar masajes en Caracas, trabajando con una Gerente muy importante. En ese tiempo ya yo tenía a mis hijos,

y me venía en vacaciones a trabajar en Caracas para ayudar a mi esposo. Siempre iba a Caracas y regresaba a Campoma, y mi hermana era la que me buscaba esos trabajos. Estaba Chávez en su fiebre, en su nueva candidatura a la Presidencia de la República. A veces me daba rabia porque la señora llevaba muchos invitados a su casa y me pedía que bajara a cargar cajas pesadas de whisky. Eso era puro Old Parr, Swing, Etiqueta Negra. A ese apartamento llegaban hasta curas. Como ella era muy adeca, les comentaba:

—¡Esta es una chavista! Esta es chavista —y a mí eso no me gustaba mucho.

Ahí también era ama de llaves. En esa casa hablaba con jefes, ingenieros, doctores, que mandaban en muchas instituciones de Caracas. Aprendí a hacer masajes con una señora de cierta edad que iba expresamente, tres veces a la semana, a darle los masajes a mi jefa. Ella me decía:

—Berta, ven para que veas, para que aprendas. Cuando ella no pueda, tú me los haces.

Allí fue donde vi por primera vez que lo que llaman jacuzzi. Ella se metía en una bañera y eso botaba como un poco de espuma. Dejaba solo la cabeza afuera. No recuerdo bien si era después o antes del jacuzzi que se le daban esos masajes. Entonces yo me metía en el cuarto y me enseñaban. Ahí fue que aprendí, además que siempre me gustó trabajar con el cuerpo humano.

Cuando mi hija Paola tenía dieciséis años, que por cierto ganó el reinado de los carnavales, yo fui a Cuba. Ya Chávez había ganado y tenía con Fidel Castro la Misión Milagro. Me voy de voluntaria porque en Campoma había una mujer que

después de parir once hijos, ninguno se ofrecía a acompañarla para que se operara. Ella estaba ciega y no podía ir a Cuba sola. Entonces, cuando ella me explica eso, a mí me dio mucha rabia, mucha impotencia y le dije:

—Dile al doctor que ya tú tienes acompañante. Soy yo. Yo voy a ir contigo.

Dejé todo, porque un viejo en Campoma me enseñó a desprenderme de la materia antes de morirme. Entonces dejé casa, dejé todo. Dejé a mi hija de apenas dieciséis años con su título de reina recién ganado. Me voy a Cuba para llevar a esa señora a que le operaran la vista. Todas esas son obras que a Dios le gustan. Tres meses estuve en Cuba. Cuando estoy preparándome, el corazón me dio un golpecito, no sé si fue de susto, porque ella agilizó los trámites y me dice un lunes:

—Prepárate que el miércoles nos vamos para Cuba.

Cuando estoy en Cariaco firmando para ir para viajar con ella voluntariamente, viene una señora llamada Flor María, de Río Casanay, quien también necesitaba ir para Cuba, pero igual no tenía acompañante. Yo me le puse la orden y vámonos. Ahí salí con las dos. Dormimos en el hotel Angelópolis en Cumaná y de allí seguimos para Barcelona. Llegamos al Hotel Barcelona en esa ciudad. Ya en el hotel, cuando nos estaban preparando el pasaporte y esas cosas, llega otra mujer llamada Iris García. Ella era una muchacha muy blanca, como de treinta años, que venía de Valencia, y también necesitaba irse para Cuba porque tenía problemas con la piel, pero la estaban devolviendo porque tampoco tenía acompañante. Yo le dije que sería su acompañante, sin conocerla. Cuando me preguntan qué éramos nosotras, les dije que ella era mi sobrina.

Como siempre tienen cosas contra los negros, me preguntan el por qué ella era blanca y yo negra. De inmediato les dije:

—Porque ella es concebida fuera del matrimonio de mi hermano, quien la tuvo con una italiana —y me llevé a Iris García.

Me fui en ese avión para Cuba con esas tres pacientes. Yo me monto en el avión, en uno de los puestos de atrás, y voy tan emocionada porque es la primera vez que iba a viajar a una parte tan lejos. Yo viajaba siempre, pero aquí mismo, en el país. Cuando me siento a ver por la ventanilla las cosas, el mar, las islas, me pongo a contar cuántos pasajeros entran en el avión. Había noventa y cinco pasajeros, aparte de las aeromozas y el piloto. Entonces estaba alegre, contenta, pero yo digo que esto fue patriotismo. Cuando la aeromoza dice por el parlante:

—Señores pasajeros, ajústense sus cinturones que el avión está a dieciséis mil pies de altura —yo pensé que esa mujer no debía decir eso.

Entonces hubo un momento en que yo volteo la cara y veo las nubes abajo, y pienso, «Dios mío, cuando subo la cara veo las nubes arriba, y ahora que la inclino las veo abajo». Luego dice la aeromoza que son tres horas de vuelo desde Barcelona a Cuba. Pasa el tiempo y nuevamente habla la aeromoza:

—Señores pasajeros, ajústense los cinturones que el avión ya va a aterrizar en el aeropuerto José Martí de La Habana.

¡Ay, cuando yo oigo eso me puse a llorar! Lloré durísimo, tan duro que nadie me consolaba, porque pensaba «Ya no estoy en Venezuela, ¡Ay, no, no, no!». Al principio fue puro

llorar, pero después me calmé. Nos recibieron muy bien. Llegué a una provincia que se llama Matanzas. Muy frío eso. El sol ahí, a las siete de la noche era que se estaba metiendo. Con María, la de Campoma, duré tres meses allá porque tenía glaucoma. La tensión del ojo se le alteraba y no la podían operar. Yo le pregunté al doctor Lázaro del por qué no la podían operar así, y me respondió que era porque se le podía presentar un derrame. La pusieron a hacer una dieta, pero ella no colaboraba conmigo. Fumaba tabaco escondido y muchas otras cosas. Yo le decía:

—Chica, yo te lavo, te peino, casi que te meto la comida en la boca, pero tú tienes que colaborar.

Tuve un trato muy bueno en Cuba y por ahí cargo algunos billetes de veinte pesos. Por esos lados me hice tan famosa que puse a Venezuela en alto, porque comencé a dar mis masajes. Allá me especialicé en otros masajes y me buscaban mucho los cubanos, los médicos, las enfermeras. Me metían en sus espacios personales, en sus cuartos, para que yo les diera masajes, pero llegó el momento en que tenía que esconderme. Yo daba mis masajes y también dormía, por esa conexión que uno tiene dándole masajes a alguien en los pies, ¡En los pies está todo!, todas las claves del cuerpo humano están en los pies.

Allá practican mucho la santería, «que si Yemayá, que si no sé qué». Tuve bastantes oportunidades de acercarme a esa religión porque muchos cubanos se pegaron conmigo y me querían enseñar, pero a mi eso no me gusta, porque yo ensalmo de otra manera. Son cinco oraciones las que digo. Son cinco en una. Eso se hace si hay un hueso descompuesto, un

hueso reventado, entonces, además de oraciones yo te doy una sobada. Llevo el hueso a su nivel antes de que pongan un yeso. Yo he evitado muchos yesos porque he dado sobadas que van acompañadas de oraciones. Voy diciendo una oración, mental o calladita, pero mental es más fuerte y llevo el hueso a su nivel, y hasta lo puedo soldar. El masaje es diferente.

No he visto muertos, no he visto espíritus. Sólo a veces, por ejemplo, he ido a curar, pensando que una persona se cura con tal planta. Tomo el machete y me dirijo a cierta mata para quitarle la concha para hacer el depurativo. Cuando llego a la planta que le voy a quitar la corteza, siento como un viento en el oído, como un silbido. Entonces, ya no es la corteza, sino los cogollos de la mata. Cuando he cogido los cogollos, ya no son los cogollos sino la raíz. Es un silbido finito. Como un anuncio a través del silbido.

Tuve una gran amistad con el doctor Ramón Martínez, quien fue gobernador. Me llamaba “mi muñeca” y decía que él me bautizó. Se le escapaba a su equipo de trabajo y se iba para mi casa a tantos kilómetros de distancia. ¡Solito! y se sentaba en cualquier sitio. Yo ni siquiera tenía luz ¿Qué me podía sacar a mí ese hombre? Nunca le pedí nada porque siempre he sido desprendida. Tenía una prima como ochenta y nueve años que siempre me repetía:

—Prima, con la confianza no se abusa —y me quedó grabado, por eso a Ramón Martínez nunca le pedí nada.

A él le gustaba mucho comer sancocho y siempre iba mucho a santiguarse, a que yo lo santiguara. Una vez vine a la gobernación, porque tenía puertas abiertas, y en eso estaba un señor de apellido Paredes, que era su secretario privado

y también lo santigüé. A Ramón le agradezco una casa de vivienda que me regaló, aunque siempre me gustó una casa hecha por mi esfuerzo, pero bueno, me llegó así. Una sola vez vine a ocupar a Ramón Martínez para que me diera unas láminas de zinc. Cuando yo llego a su despacho, me dice:

—Mi muñeca, ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas?

—Ramón, tú sabes que mi esposo se me fue, por el motivo que haya sido, y también sabes que soy una mujer muy solicitada. Necesito unas láminas de zinc para ponerle techo a mi casa.

—Yo no tengo zinc para ti —me dice él.

Entonces pienso «¿Qué no tienes zinc para mí? ¿Sería que me equivoqué?».

Él apretó un botón, se abrió una puerta y salió César Palacios, y él le dijo:

—Anda a inspeccionarle la casa a Berta y me dices lo que le falta.

Mi casa estaba muy sentida desde el terremoto. Bueno, yo fui a la Gobernación, por decir, un día jueves y el señor César Palacios se adelantó y fue a mi casa el día martes, pero yo no estaba. Él le tomó fotos a la casa, la midió y Ramón Martínez da la instrucción de acomodar esta casa porque no sabe cómo está, pero después que le informan me llama para decirme:

—Mira cómo está tu casa, la que te mandé a arreglar con César Palacios, pero yo quiero hacerte una casa nueva, más rápida y más digna.

—Lo que tú digas, Ramón —le respondo.

Llamó otra vez a César Palacios y le dijo:

—Hazle la casa a Berta —y por eso es que tengo esa casa de vivienda, por Ramón Martínez.

Yo tuve tres meses con los indios en el Amazonas, en Venezuela. Viajé muchas horas por el Orinoco en Curiara y de allí cinco horas más caminando montaña adentro. Fui con una traductora y me llevaron para donde están los indios Pemones y los Piaroas. Bueno, estuve tres meses con ellos y mis hijos sin saber dónde yo estaba, porque me he tirado mucho esas aventuras. Fui a intercambiar la cultura nuestra con la de ellos, y me quedé casi en cero porque yo aprendí más de ellos que ellos de mí. Por ejemplo, por allá está un monte, que hay en la plaza de Cariaco, que se machuca, se le saca el zumo, se le echa a una muela y la muela sale sin dolor, y casi sin sangre, pero si se va a una clínica, a lo mejor se le esguaza la boca al paciente, más lo que se tiene que pagar. Yo todo eso lo cargo anotado. Allá, donde viven los indígenas está esa planta, pero en la plaza de Cariaco también está. Yo aprendí mucho de esos indios Piaroas y con los Pemones. Ellos me cambiaron totalmente el modo de vivir porque me di cuenta que ese es otro mundo. No necesitan nada material. Sin luz, desnudos, ellos no están pendientes de gas, ni de aire acondicionado y viven felices, y con respeto. Durmiendo en hamaca, hamacas altas. Debajo de la hamaca donde yo estaba pasó en un momento una tigre con dos tigritos y se movían felices. Tenían la forma de hacer un horno. Metían una carne o un pescado en un hueco y arriba le ponían la candela. Yo no vi aceite, yo no vi arroz, yo no vi harina pan, y la gente aquí en mi pueblo si no tiene la bolsa Clap y el aire acondicionado no quieren vivir, ¡Por favor! Me vine de allá por mis hijos, que no sabían dónde

yo estaba. ¡Tres meses! Y cuando vengo, que llego a Guayana, empecé con el fastidio, «Yo quiero ir a una emisora aquí, yo quiero ir a una emisora para dar a conocer estos remedios que traje de los indios». Me conecto y es cuando me llevan a la emisora que llaman Bandera. Estoy en la emisora en contacto con el locutor, por unos minutos los días sábados. Pasé cuatro sábados yendo para allá. Oía cuando el locutor decía:

—Aquí está la señora Berta Cova y va a dar unos remedios. Busquen lápiz y cuaderno.

Cuando me hacen pasar a la cabina yo pensaba, «Dios mío ¿qué digo, qué voy a hablar yo aquí?», porque siempre hay el miedo, el temor. Después pienso. «¿Qué te pasa Berta Cova? Tú te vas a adaptar a esto». Me hacen pasar y me ponen todas las cosas. La voz iba a salir en todo el estado de Bolívar. En cuanto empecé a hablar, gracias a Dios, todo fluyó y me quedé gratuitamente por cuatro sábados. Allí di muchos remedios.

El depurativo viene de la palabra depurar, y eso se trata de limpieza, de la limpieza de la sangre porque todo está en la sangre. Cualquier tipo de enfermedad llega si tienes la sangre mala, infectada, contaminada, porque cuando uno se baña se lava la piel por fuera, pero por dentro la gente debería depurarse por lo menos dos veces al año. Por ejemplo, hacer una depuración en enero y la otra en julio. Son muy buenos esos depurativos que yo preparo.

Me encanta Carúpano y me encanta Cumaná, porque allí, en el mercado de Cumaná se consiguen todas las plantas que uno busque. Infinitudes, así como también hay infinitudes de plantas que no conozco, pero es como una obsesión mía.

Yo salgo de aquí caminando y jamás levanto la cabeza porque siempre estoy viendo por los botaderos de agua, analizando, «Ahí está el anisillo, esto es verbena, esto es verdolaga, esto es suelda consuelda», y si voy en un carro es viendo las matas del camino. Hay matas que venden en el mercado de San Félix y eso me envuelve porque allá el monte es fresco. A mí nadie me va a engañar con el monte ni con el pescado ni con las verduras. En el mercado de Carúpano también hay partes donde hay mucho monte fresco. Algunos no los conozco, pero la mayoría sí, y el que no conozco, pregunto. Hay una mata que le dicen diente de león. Es buena para lo que salga. Hay otra mata que llaman el guarumo. A mí me envuelven. Estoy a dos kilómetros de Campoma y a tres kilómetros de Cariaco. Estoy tan cerca de la vía principal que cuando la gente pasa se da cuenta si no estoy ahí porque no se ve el humo. La gente no ve la candela, pero Berta llegó y de inmediato está el humo prendido porque yo cocino con leña, y no sé, pero cuando veo el fogón apagado creo que estoy apagada yo también. Me gusta mucho el fuego, la llama, y me divierte la cocina. Me encanta inventar porque la cocina es un arte del que uno nunca acaba de aprender. Yo estoy cocinando y estoy inventando, ¡Invento, pues! y la comida me queda sabrosa, pero eso va en la sazón. Hay gente que cocina, y le echan de todo a la comida y no queda bien. A mí no me fastidia la cocina.

En uno de mis trabajos tenía a diez mujeres a mi cargo y ahí fue que conocí lo que llaman cava cuarto. Eso era una vaina grande donde uno se metía. Era como una nevera para guardar las cosas. Me hice famosa con el machucao. Yo mandaba a esas mujeres a trabajar con dos sacos de auyama, medio saco de

frijol y todas las cosas. El machucao lleva auyama, lleva frijol chiquito criollo, chaco o batata, coco rallado, papelón. Siempre doy mi fórmula, como yo lo preparo, porque hay un refrán que dice “Cada uno tiene su modo de matar pulgas”. No debe faltar el pescado salado, pero no es para agregárselo sino para sancocharlo o asarlo. El machucao se sirve con arepa o con casabe y el pescado asado al lado. Con el agridulce y lo saladito ¡Es exquisito! Esa es comida de negro, eso viene del Congo de África. Es comida de negro y es una herencia autóctona que se quedó en el Municipio Rivero. El machucao es una crema, no es un puré, es como una crema de apio. Voy a dar mi receta. Yo sancocho el frijol y no le boto el agua. Lo cuelo con un colador de espaguetis y dejo el agua asentada ahí. Sancocho la auyama con la batata y esa agua la cuelo también, pero tampoco la boto. Es mi forma de hacer el machucao. Aparto esa agua de la auyama y la batata o chaco. Cuando el chaco, la auyama y el frijol están escurridos, agarro las tres cosas y las mezclo. Y con un mazo de madera las comienzo a triturar para hacerlo al estilo de un puré. Cuando eso está vuelto un puré, se ralla el coco o se licúa y se cuele. Esa agua del coco se le echa a este puré. Luego se vuelve a colar el coco con el agua que quedó, después de colar la auyama y el chaco. Ahí se cuele el coco para extraer todas las vitaminas. El agua de los frijoles, que ya está asentada, se bota sigilosamente y se deja lo que queda asentado, que es el almidón. Eso se le agrega a la mezcla anterior. Los aliños van bien picaditos y se les pone orégano. Todos los aliños, menos tomate. O sea, cebolla, ajo, ají y bastante cilantro, culantro, apio España. Todo bien picadito, todo bien menudito. Y la ralladura de papelón al gusto. Nada de azúcar.

A mi mamá se le murieron ocho hijos. Ella tuvo una enfermedad en el vientre, una infección, y los niños nacían con esa infección, les daba un ataque y morían. Fuimos doce hijos, ocho hembras y cuatro varones. Quedamos tres hermanos, y conmigo cuatro. Las que quedan vivas se llaman: Nérida Felicia Cova Lara. Ella está en Campoma y es la menor y tiene setenta y un años; Noelia Dolores Cova Lara, vive en Margarita. Ella nació en el año 1948; Carmen Alvina, que vive en El Tigrito y tiene ochenta y seis años, y yo que también paso de los setenta. Somos las únicas que quedamos de estos doce hermanos que nacimos vivos.

En Campoma se amarraban una cobija en el cuello para bañarse en la laguna. Se bañaban muy escondidos. A veces desnudos. Yo fui muy perseguida de los hombres y estuve a punto de que un hombre que se mantenía en mi casa me violara. Ahorita eso se llama actos lascivos. Gracias a Dios mi mamá me instruyó mucho. Desde que yo tenía seis años, porque mamé teta hasta los nueve años de edad. Yo iba a la calle, venía y sacaba la teta y me pegaba. Yo mamaba parada. Mi mamá me explicaba mucho de los hombres. Por mi mamá no tengo hijos de hombres diferentes. Ella me explicaba lo qué eran los hombres y fui muy atacada por ellos. Mi maestro me perseguía mucho cuando estaba en cuarto grado, pero gracias a Dios mi mamá me libraba de tantas cosas. Yo lo he vivido.

En los ríos y en la Laguna de Campoma hay también encantamientos. Y más allá. En mi conocimiento, hay tres serpientes en Venezuela. Tres serpientes que son las que salvan a este país. Se llaman María Roncona, María Tongona y María Sonora. Están esas tres serpientes. Venezuela tiene algo que la

guía, algo que la limpia, algo que la salva. Para el que quiera creer, que sepa que hay esas tres serpientes. Una está en el estado Sucre, la otra está en el estado Yaracuy y la otra está en Monagas. María Roncona está en el estado Sucre y vive en la laguna de Buenavista. María Tongona es la que está en Monagas por la parte del Turimiquire, y María Sonora está en el estado Yaracuy. Esas tres culebras, por naturaleza, son las que salvan a Venezuela; quizás de cualquier guerra, de cualquier cosa. Venezuela siempre tiene alguna salida. Ya hemos superado epidemias, ya hemos salido de la crisis, de los temblores. Yo he sentido a la culebra, María Roncona, que está en la laguna de Campoma, especialmente cuando va a llover. Ella echa un pujío que yo lo he sentido, por la parte del bajo, donde yo vivía.

Estamos cerca de la Laguna donde se sienten los ruidos de la culebra, esa que digo. Estoy hablando de lo que yo he vivido, y de cuando los encantamientos se mudan de una parte a la otra. Lo hacen con una música muy sublime, muy triste, que quizás hasta provoca dormir y seguirla. Mi hermana Helena me llamaba, cuando yo tenía como ocho, nueve o diez años, para sentir que se estaban mudando los encantamientos de una parte para otra y sonaban una música. María Roncona, en cambio, hace un ruido que se busca arriba, o se busca abajo, pero se sabe que sale de la tierra. Se siente cuando va a suceder un temblor, cuando va a llover, cuando la laguna se va a llenar de más, ¡Eso es horrible! Hay momentos, hay tiempos, en que viene un autobús de la fábrica de Guaca, que es donde fabrican las sardinas, y pasa a las tres de la madrugada a buscar a la gente, a los trabajadores, a mujeres y a hombres

para ir a la fábrica y, dicho por ellos, ven a la culebra cuando va pasando, pero una enorme culebra del grueso de un pipote. Al chofer le da miedo pasarle por encima y espera que esa culebra se introduzca en la Laguna. Ella viene de los lados de donde yo vivo, con toda su carne. Dicen los choferes que paran sus camiones y esperan que esa culebra pase.

Yo trabajo con la tierra, con el aire, con el fuego y con el agua, y para mí ahí es donde está el mundo. ¿Quién hizo el agua? De tanto que los científicos han inventado, creo que todavía no han podido parar el agua. Suposiciones de que va a llover en tal fecha, pero a veces se equivocan y veces no. El hombre tiene su propia destrucción porque ha querido, quizás, quitarle el poder a Dios y la inteligencia que Dios les ha dado.

Si alguien llega a mi casa y me pregunta «¿Qué tengo?» Yo no le sé decir qué es lo que tiene, pero lo sé al santiguarlo. Yo lo santiguo de espaldas y luego de frente, y después es que le puedo decir qué es lo que siente, qué le puedo dar y qué le puedo hacer. Ahí es que yo voy a ver si le sale curarse con el fuego, si le sale curarse con el agua, si le sale curarse con la tierra o si le sale curarse con el aire. Curarse con el fuego es cuando yo prendo una candela, pongo mis manos sobre ella y la paso por el cuerpo del enfermo. También hago una fogata y lo hago pasar en cruz. Eso es curar con el fuego. Si tengo que curar con el agua, como he hecho varias veces, preparo mis baños de monte. Cogollo macho y hembra, por ejemplo, el mango es macho y la cereza es hembra, el aguacate es macho y la verdolaga es hembra. Y así, macho y hembra. Entonces yo preparo mis montes y eso lo dejo al sereno. Al otro día, entre las doce y las tres de la tarde, yo cuelo esa agua, a veces sale

echarle un coco tierno, a veces sale echarle media botella de ron blanco, a veces sale echarle una caja de fósforos, a veces sale echarle a esa agua un chorrillo mínimo de creolina, a veces sale echarle un puño de sal. Así doy un baño. Esos baños son muy buenos, se llaman baños aromáticos, y le hacen falta al cuerpo humano para quitarle muchas energías negativas, porque, así como estamos nosotros tenemos muchas energías negativas ¿Cuántos no llaman a alguien amigo y desean destruirlo con la vista, con la mirada? No se le puede decir a todo el mundo «Voy a viajar, voy para tal parte, tengo un proyecto, tengo ganas de hacer esto y esto». No debería decirse a nadie lo que se piensa hacer porque con la mente, con la fuerza de la mente, se destruye, se opaca.

Yo recomiendo que tanto hay que limpiarse el cuerpo por encima, como también debe hacerse por dentro. A mi mamá, por ejemplo, yo la veía que apenas se bañaba ya tenía su agua cocida. Ella se bañaba y se tomaba su agua de cariaquillo, su agua de bretónica con papelón. Entonces se limpiaba su cuerpo y se limpiaba su sangre.

Si se trabaja con el aire significa trabajar con los cuatro vientos cardinales. Por ejemplo, hay veces en que yo salgo a las cuatro o a las cinco de la madrugada, antes de salir el sol. Eso se llama acas y es hablar con los cuatro vientos, con el universo, y uno puede curar a cualquiera con el acas, con el aire, abriendo las puertas del universo. Y si se trabaja con la tierra, hay baños que uno hace con la tierra, como echarle un puño de tierra al paciente, o acostarlo en la tierra, quitándole los zapatos y las medias para ponerlos también en la tierra. Pegarse a la tierra, directamente.

Yo ayudo con los cuatro elementos y a las personas que llegan a mi casa les hablo por todo el cañón:

—Yo no soy bruja, yo no soy santera, no tengo nada que ver con eso, no tengo por qué engañar ni meter mentiras.

Trabajo mucho con el aceite de coco, con la miel. Es muy bueno tomar una cucharada en ayunas. El que no se acostumbra puede tomarlo en la noche. Una cucharada de aceite de coco hasta acabar el litro. Eso activa la memoria y evita el mal de Alzheimer. Limpia las arterias, los vasos capilares, las coronarias, mantiene activa a la gente, y se va con facilidad al baño. ¡El aceite de coco es muy bueno en sí para la limpieza del hígado! ¡Demasiado bueno! Si hay algún malestar, la persona se acuesta boca arriba y se echa un poquito de aceite de coco en el ombligo, porque allí es donde se simboliza la vida de un ser humano. Yo tengo la propiedad de ver los ojos y curar. Hago que la gente mire hacia arriba, mire hacia abajo. A mí me gusta más hacer que hablar. Yo sé por la esclerótica cuando alguien no está bien de salud. Si la esclerótica no está bien, los ojos no están bien. Yo sé por la esclerótica si una persona está anémica, si le han restado muchos glóbulos rojos, y le hablo claro a la gente para que se tome un día en el monte, en mi casa, o en otra parte. Yo sé cuándo los ojos no están bien. Cuando el iris no está bien. Evalúo por la vista, y sé si el hígado está graso. Sé lo que pasa con el bazo, con la pleura. Cuando hablo de la pleura es los pulmones. Yo sé cuándo hay que desintoxicar la sangre, cuando no me gusta el color de los ojos, porque allí se refleja lo que siente el cuerpo humano. Tengo esa propiedad de ver los ojos y sé cuándo se necesita la naturaleza, o un baño aromático, o un masaje. Se cuando

se necesita tomar medicinas si hay que limpiar el hígado. Hay que pensar que cuando uno se muere, todo queda igual o mejor. Todo sigue igual. Nadie se para por otro, ¿Entonces? Ya nosotros tenemos una edad de llevar la vida más tranquila. Oír los cantos de las guacharacas, ver las iguanas, las madrugadas. Es muy bueno cuando uno duerme y se despierta con esa tranquilidad de la noche, y escucha un perro ladrando, y uno se levanta en la mañanita y siente la brisa, ve la luna y sus fases, cuando está menguante. ¡Eso es algo hermoso! Uno tiene que dedicarse a uno, y poner los pies en la tierra.

Nací en Campoma el día 20 de octubre del año 1950, y mi mamá, que tenía un apellido de indio, el apellido Lara, se llamó Felipa Lara, por eso yo me llamo Alberta Cova Lara, pero mucha gente me dice “Berta”. El Cova por mi papá y el Lara por ella. Mi vida ha sido un aprendizaje permanente y siempre deseo transmitir mis saberes. Yo vivo silvestremente. No tengo ningún tipo de altares. No estoy prendiendo velas. No tengo ídolos. Trabajo solo con el sol, con la luna, con la tierra, con las plantas y con mis ancestros de raíces africanas. Yo no me pertenezco, no me debo a mí, pero me siento comprometida con mi pueblo y su cultura, esa cultura que la tenía muy adentro, sin saberlo, desde que era una niña.

Nota del autor: Alberta “Berta” Cova Lara actualmente vive en Bojordal, y entre Cumaná y Campoma en el estado Sucre.

CONTENIDO:

PRÓLOGO, POR RAÚL CAZAL	7
RELATAR HISTORIAS VIVAS. UN BREVE COMENTARIO	11
BERTHA VARGAS	13
GUILLERMINA RAMÍREZ	57
ALBERTA “BERTA” COVA	139

La caja de los truenos
Recuerdos de Bertha Vargas, Guillermina Ramírez
y Alberta “Berta” Cova
se imprimió en julio de 2024
en los talleres de la Editorial Arte
estado Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares

La llamada “novela testimonio” es un género específico que tiene sus principales referentes en la literatura latinoamericana a partir de la segunda mitad del siglo XX. En este caso, en entrevistas realizadas por el escritor Benito Yrady décadas atrás, tres voces de mujeres afrodescendientes, originarias del Golfo de Cariaco, expresan sus formas de vida y las costumbres de una época entre el medio rural y barrios urbanizados de Venezuela. Los recuerdos de Bertha Vargas, Guillermina Ramírez y Alberta “Berta” Cova son huella de un país donde el sentido de la palabra “pueblo” cobra un contexto inusual en la historia académica.

Benito Yrady (El Tigre, estado Anzoátegui, 1951). Narrador, periodista, investigador, documentalista. Los libros *Zona de tolerancia* (Talleres gráficos de la Universidad de Los Andes, 1978. Monte Ávila Ediciones Latinoamericana, 2019), *Fabulaciones* (Imprenta de la Universidad Central de Venezuela, 1990), *Jóvenes Narradores Anzoátegui, Sucre, Nueva Esparta* (Fundarte, 1979) y *La Dama de Bellalasonce* (Dirección General de Artesanía, Conac, 1997) dan a conocer parte su obra narrativa, difundida en numerosas antologías. Escritor homenajeado en la Filven 2024, nuestra casa editorial publica, además de esta obra, *Historia del señor Cody, Un siglo con María Magdalena Rodríguez* y *El libro de Cruz Quinal* (Fundarte, 2021). Ha obtenido catorce premios literarios, incluido el Premio Nacional de Cuento Breve (1987) y el Premio Nacional Stefania Mosca (2021). Desde 1969 ha ejercido la gerencia cultural en diversos lugares del país, destacando en el estudio de las tradiciones populares. Actualmente preside la Fundación Centro de la Diversidad Cultural y representa al Estado venezolano ante la Unesco.

